

El hombre
que no sabía
que había muerto

José Manuel Fernández

*Para Isy,
con todo mi afecto.*

Índice

0. <i>Introducción</i>	7
1. <i>El hombre que no sabía que había muerto</i>	11
2. <i>Un triste despertar</i>	19
3. <i>Orígenes de un amor obsesivo</i>	25
4. <i>Diálogo entre un “muerto” y un “recién fallecido”</i>	31
5. <i>Cómo influir sobre los seres de “carne”</i>	37
6. <i>Aprendizaje en el prostíbulo</i>	45
7. <i>Planeando una terrible venganza</i>	53
8. <i>Los afilados peligros de la noche</i>	59
9. <i>Benditos médicos del alma</i>	65
10. <i>Reflexiones en el hospital</i>	73
11. <i>“Rescate” por la comprensión</i>	81
12. <i>Un plan perfecto</i>	89
13. <i>El pasado de un hombre solitario</i>	97
14. <i>Preparación y desarrollo de la reunión espírita</i>	105
15. <i>Sublime encuentro</i>	113
16. <i>Desenlace</i>	119

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

© José Manuel Fernández

Introducción

Esta obra fue concebida a mil metros de altura. Se trataba de un verano sin excesivo calor. Estando de vacaciones en una zona montañosa por un corto período, surgió esa inspiración que solo los buenos espíritus pueden depositar en las entrañas de tu alma. Me dejé llevar, mecido por el viento como el pelo largo de una mujer en alta mar y la figura de un joven, cuyo nombre respondía al de João, impactó en los rincones de mi mente como el sonido seco y contundente de una flecha lanzada que golpea en el centro de una diana. ¿Por qué ese día y en aquel lugar?

Era el momento exacto, el más oportuno. Él dejó en mí la huella indeleble de su pasado, de su historia. No pude ni quise sustraerme a la catarata de datos que su presencia desprendía en las ondas de mi pensamiento. Y es que al estar más “cerca” del cielo, sobre una elevada colina desde la que divisaba un amplio valle, todo se hacía más fácil, la razón se mostraba más receptiva y a veces, tenía la sensación de que el aire puro que respiraba en aquel maravilloso paraje, traía consigo el dulce eco de la asombrosa biografía de este chico, el cual demandaba con educación pero con insistencia, darse a conocer ante todos aquellos que tienen sus orejas abiertas a los mensajes de la otra dimensión. Sí, en efecto, ese plano al que tarde o temprano habremos de viajar, pues no existe verdad más cierta que nacemos para morir, pero que justo cuando morimos volvemos a nacer, eso sí, sin el pesado traje que nos acompaña a lo largo de la existencia física y que tanto placer como dolor, indistintamente, nos provoca.

Sus palabras y sus frases cargadas de emoción pero sobre todo de agradecimiento, manejaron mis dedos. João tenía tantas ganas de hablar que produjo por momentos malestar en mi muñeca derecha, pero bien es cierto que lo que no puede la mano, lo alcanza el pensamiento, pues lo que no podía escribir la tarde anterior, lo trazaba en mi pequeño cuaderno a la mañana siguiente, con lo que nada se perdía. Unas veces, cuando él me notaba más receptivo, se centraba en dictar sus apuntes y otras, cuando me veía flaquear, me anticipaba la esencia de los próximos capítulos al tiempo que me daba libertad, como avisándome para que no perdiera el rumbo de sus memorias,

pues él se encargaría personalmente de actualizarme el relato de su vida sin que yo tuviera que efectuar un titánico esfuerzo por retomar la crónica de sus días. Tal era su ansia por “aprovecharse” de mi pensamiento y de mis brazos para darse a conocer.

No era para menos. Conforme su semblanza tomaba forma, yo me hacía de modo insistente la misma pregunta: ¿acaso no te habría a ti ocurrido lo mismo? ¿No hubieras tú pretendido dar a conocer tu testimonio si hubieras pasado por las circunstancias a las que João debió enfrentarse? Pues claro que sí. Esa era mi respuesta y cuanto más me la repetía a mí mismo, más energía invertía en convertir en letras las ondas amorosas de un ser necesitado de mostrarse, de ofrecer su experiencia como una más del más allá, pero al fin y al cabo reveladora de un episodio, querido lector, que tanto a ti como a mí, nos puede suceder.

Su ímpetu lozano, su chispeante energía de estudiante juvenil, la forma en que cariñosamente me “apretaba” para que no perdiera el ritmo de su potente discurso, se veía atemperado por su experiencia acumulada en el hogar espiritual y por el trato con otros seres más sabios que él. Estos últimos, habían impregnado a nuestro protagonista de un dulce equilibrio entre el recuerdo de unas fuerzas poco desgastadas por su apresurada “desencarnación” a tan pronta edad y la erudición de unas criaturas que le enseñaban tantos conceptos en tan corto espacio de tiempo. Lo que a otras almas les hubiera llevado un largo período aprender, era absorbido como esponja por el espíritu de João, pues su voluntad de aprendizaje y sus deseos de mejorar aceleraron la buena marcha del curso al que fue asignado una vez que tomó conciencia de su nueva situación.

Así son los espíritus buenos, los que conforme aprenden se sienten dichosos al compartir su caudal de conocimientos. A este respecto, los términos en los que se expresó el Maestro Jesús en el Evangelio resultan reveladores: “Nadie enciende una lámpara y la oculta en una vasija o la pone debajo de la cama; la coloca en un candelero para que los que entren vean la luz. Porque nada hay oculto que no sea descubierto, ni secreto que no sea conocido y puesto en claro” (Lc 8, 16-17). A estas cristalinas palabras yo añadiría que hace falta la voluntad de querer ver.

Queridos amigos: esta es la realidad de la época de transición en la que vivimos, aquella en la que no conviene perder el tiempo, pues cuando el convoy arribe a la estación, tan solo se subirán a los vagones los que hayan contraído los suficientes méritos. Son ya muchos los avisos que hemos recibido de la esfera inmaterial; esta es la razón por la que no hay que ignorarlos. Los que se queden en el andén repetirán curso y como estudiantes recreados en el estancamiento, derramarán lágrimas de tristeza al ver alejarse el tren, por no

haber desarrollado los talentos que a su disposición se pusieron. Somos tan dueños de nuestro libre albedrío como prisioneros del mismo.

Han sido cuatro largos meses en grata compañía espiritual y tengo la impresión de que han transcurrido en segundos, lo que me lleva a pensar que en la otra dimensión el tiempo parece comprimirse cual elixir que atesorara la más bella de las esencias, tanto del conocimiento como de una ética tan hermosa que resulta difícil de imaginar en un plano tan tosco como este material en el que nos desenvolvemos.

Como el buen vino que tras largos años de envejecimiento deja un intenso poso en tu paladar al degustarlo, así siento yo la memoria de este improvisado acompañante, que sin invitación previa pero provisto de la más digna de las intenciones, se dispuso a caminar junto a la figura de mis pensamientos y de mis inquietudes, a fin de hacerme partícipe de sus efemérides. Quiera Dios que bien le guarde, estoy seguro de ello y quién sabe si dentro de nada comenzará a respirar de nuevo el aire de nuestra atmósfera, pues todos nosotros nos hallamos felizmente convocados a proseguir con nuestra ruta evolutiva, traspasados por esa ley de la reencarnación a la que nadie escapa. ¡Bendita Doctrina espírita que tanta luz nos aportas!

Gracias, João, por tu sacrificio y por tu ejemplo. Un abrazo inmenso desde la Tierra. Que tu relato nos impulse a continuar creciendo y a tomar nota de lo que a muchos nos aguarda.

1. El hombre que no sabía que había muerto

Un anochecer cualquiera en una ciudad ruidosa. Un denso tráfico recorría la avenida. Eran las horas de un palpitante día que se apagaba y en el que la gente regresaba a casa, buscando el descanso tras una jornada agitada de trabajo. Desde una perspectiva cenital y aunque la calle presentaba transeúntes y vehículos por todas partes, había un sitio donde se acumulaban de forma notoria más personas. Luces de ambulancia y policía emitían destellos de varios colores mientras que un grupo de curiosos se apelotonaba en torno a un cuerpo inerte que yacía en el suelo, allí en medio del asfalto. Aunque el servicio de urgencias no tardó en llegar, nada pudo hacerse por preservar la vida de aquel desdichado de joven aspecto, salvo certificar su defunción.

El cadáver estaba boca abajo, con la cabeza recostada sobre su lado derecho y su oreja apoyada sobre la calzada, como deseando escuchar los últimos latidos del corazón de una bulliciosa urbe que le había dado su adiós. Los ojos de la víctima permanecían abiertos, en mirada perdida que se dirigía hacia las piernas de la muchedumbre que se agolpaba en torno al finado. Un gran charco de sangre rodeaba su testa, señal clara de las graves heridas que determinaron su viaje hacia la otra dimensión. El semblante serio y abatido del equipo sanitario que se desplazó al lugar de la tragedia, revelaba que nada podía hacerse por el infortunado chico. Una gran bolsa de plástico de un blanco tupido esperaba a aquel ser anónimo. Una vez otorgada por la autoridad judicial la conformidad correspondiente, el joven fue levantado del suelo con esmero e introducido en aquel receptáculo, lo que marcaba su despedida y su traslado al centro adecuado donde se le efectuaría la pertinente autopsia.

En unos minutos, los servicios de limpieza recogieron los restos del suceso, vertieron agua sobre la zona y el tráfico se restableció con absoluta normalidad, retornando innumerables coches a cruzar aquella área donde se había producido un siniestro que en unos segundos, sería olvidado con rapidez por todos aquellos que por allí circulaban. El sonido de los autos ruidosos, su perpetuo toque de bocina, los semáforos dando paso al público y la policía regulando el tránsito; todo regresaba a la rutina mientras que la noche,

siguiendo su curso, cubría con un manto oscuro cada vez más espeso los rincones de la metrópoli.

João se alejó con tranquilidad de aquel sitio, como desentendiéndose de la situación, con aparente desapego y desplazándose justo en dirección contraria. Continuó su camino, aquel que pretendía seguir desde hacía más de una hora, pero sucedió que perdió el rastro que perseguía, por lo que aquel recorrido le pareció de pronto carente de sentido. Se notaba cansado, como si no pudiera pensar con lucidez, confuso, por lo que tomó una decisión que a él le pareció de lo más lógica: volver a casa y descansar.

Cuando llegó a su domicilio se extrañó de no ver a nadie, no por sus hermanos mayores que ya habían abandonado la casa hacía tiempo en busca de nuevos rumbos afectivos y laborales, tampoco por su padre hace años fallecido, sino por su madre que no acostumbraba a salir a esas horas avanzadas de la jornada. Sin embargo, era tal el peso que sentía en su cabeza y el aturdimiento para enlazar ideas que optó por retirarse a su habitación para tumbarse en su cama y cerrar sus fatigados ojos.

A la mañana siguiente, João pudo comprobar cómo los rayos del sol penetraban entre las rendijas de la persiana, por lo que pensó que se le había hecho tarde para acudir al instituto. Aunque notaba cómo habían transcurrido las horas, lo cierto es que seguía distinguiendo los mismos efectos de embotamiento en su sesera, por lo que empezó a preocuparse.

—¿Tan mal habré dormido? ¡Qué confuso me siento! —se dijo a sí mismo.

Continuando con la rutina matinal se dispuso a desayunar como siempre, pero al palparse el estómago percibió una extraña sensación de saciedad por lo que desechó la idea de alimentarse. Se dirigió al cuarto de su madre a fin de despertarla, aunque el hecho de no haberla visto levantada ya le resultaba un fenómeno insólito.

Ni el menor rastro de su presencia. A pasos agigantados recorrió todas las estancias de la casa para investigar dónde se hallaría, pero sin resultados. ¿Qué estaba pasando?

—¿Estaría mamá enferma? —se preguntó.

Con dificultad, pudo reflexionar hasta alcanzar una deducción: quizás su progenitora se hallaba ingresada en el hospital que existía junto a su domicilio. Por este motivo, salió de casa con premura y movido por la inquietud, se apresuró hasta llegar a la gran entrada de aquel establecimiento sanitario. El

chico pretendía recabar información acerca de la posible admisión de su madre allí. Las sorpresas que nuestro personaje experimentaría iban a ir aumentando tanto en cantidad como en intensidad.

Tan pronto se personó en el primer mostrador donde se solicitaban datos sobre pacientes, observó a una joven chica vestida de un impecable uniforme blanco a la que se acercó con la intención de pedirle información. Nada más colgar la empleada el teléfono que atendía, João le preguntó sobre si podía proporcionarle noticias de una persona concreta. Al no recibir respuesta alguna a su requerimiento, quedó extrañado, aunque pensó que la mujer no le habría oído. Por tal motivo, insistió con la pregunta. Ni caso. Ante lo que consideraba un gesto de mala educación por parte de la administrativa al ignorarle por segunda vez, en esta ocasión se situó justo enfrente de ella y mirándola a la altura de los ojos repitió en voz alta su demanda de atención. ¡Absoluto desdén!

João recapacitó sobre lo que estaba ocurriendo y sintiéndose muy agobiado por tan grave indiferencia se sentó en un banco que había a tan solo unos metros de la zona de recepción. Quiso poner orden en su mente pero le costaba horrores hilar los argumentos. Ensimismado en tales disquisiciones, debió transcurrir tanto tiempo que se desarrolló el siguiente cambio de turno en la clínica. Cuando levantó su vista, comprobó con sorpresa cómo ahora era una mujer diferente la que prestaba el servicio. Se alegró sobremanera y una luz de esperanza se encendió en su interior, al entender que la nueva trabajadora sí que atendería a sus peticiones.

En esta ocasión tan solo lo intentó una vez. Cuando se cercioró de que tampoco era escuchado, desistió. Sumido en la sensación más deprimente que se pueda imaginar, retornó cavilando a aquel asiento del hospital. Por fin, pudo relacionar algunos datos surgidos en las últimas horas. ¿Por qué caminaba el día anterior por aquella extensa avenida? ¿Por qué no había logrado ver aún a su inseparable Zilda, su mamá? ¿Cómo era posible no sentir hambre o sed después de tantas horas? Y lo que más impresión le había causado, ¿por qué las recepcionistas le habían ignorado cuando en cambio se habían interesado por las otras personas que se habían acercado a aquel punto de información? Demasiados enigmas se alojaban en su aletargada conciencia a la espera de resolución y aunque este mismo hecho constituía para nuestro personaje un primer paso en su esclarecimiento, lo cierto es que no podía traspasar la línea de enormes dudas que le consumían por dentro.

Preso del desconcierto y aunque abatido, tuvo de repente una idea.

—Si no me quieren dar información, la buscaré por mi cuenta. Al final, lograré dar con el paradero de mi adorada progenitora —razonó.

Ya con mejor ánimo, se dispuso a penetrar en el primer y amplio pasillo que vio justo a su derecha. Accedió una a una a todas las habitaciones, fijándose en el rostro de las personas allí convalecientes. Sin señales. Subió al primer piso, rumbo a su diestra y a su siniestra; incluso se permitió leer la hoja de los últimos ingresos que existía en cada puesto de control de planta. Así sucesivamente, hasta completar los ocho niveles de aquella impresionante construcción.

No obstante y cuando más desesperado se hallaba, cayó en la cuenta de que no había registrado los sótanos. Allí desde luego y por otras visitas realizadas en el pasado, no recordaba que hubiera ningún enfermo adscrito, pero quién sabe, tal vez encontrara algún otro tipo de información que le resultara válida. Tras descender vertiginosamente por las escaleras, giró a su derecha para fijarse en el gran letrero de una puerta doble que decía “Cocina y almacén”, por lo que renunció a entrar en aquella dependencia y volvió su atención hacia el otro sentido donde podía leerse “Depósito y sala de autopsias”.

Un gran escalofrío recorrió su silueta, sintiéndose muy vulnerable por esos momentos vividos de forma tan intensa. Una pregunta recorrió como un fogonazo su mente.

—Si no he hallado a mi madre en todo el hospital, ¿sería posible que se encontrara allí tras haber muerto? ¿Y si hubiera sido conducida a aquel lúgubre departamento tras haber caído en una intervención quirúrgica? ¡Dios mío, qué angustia tan espantosa! —se dijo a sí mismo.

¿Estaría en condiciones el joven de soportar una impresión como la que estaba incubándose en su pensamiento?

Conforme fue circulando por la galería se fue fijando en los rótulos que había en cada nicho, los cuales mostraban la identidad de los cadáveres allí guardados. Al completar las cuatro filas a uno y otro lado, suspiró con alivio. En ninguna de las etiquetas figuraba el nombre de su madre. Tan solo restaba un último aposento donde investigar: la sala de autopsias. Armado de un fuerte ímpetu y con el deseo de acabar cuanto antes con sus pesquisas, penetró en aquella estancia, iluminado únicamente por un potente foco que apuntaba a la figura de un cuerpo yacente sobre una plataforma, similar a una mesa de operaciones y que estaba cubierto por una sábana blanca que tapaba incluso su cabeza.

Se aproximó a lo que parecía la figura de un cadáver recién examinado por los doctores, como ocurre cuando tras una muerte violenta que precisa de

aclaración, se exige una evaluación minuciosa para determinar las causas exactas del óbito. El impacto que recibió João fue el mayor de su corta vida. No le hizo falta levantar el lienzo que cubría el rostro de aquel ser para reconocer en aquel sujeto anónimo su propio semblante. “Muerto” de espanto por la impresión, no pudo evitar caer hacia atrás conmocionado por la visión de aquella cara que resultaba idéntica a la suya.

En esos momentos de caos y bajo los efectos de una tremenda ansiedad, se produjo un acontecimiento que no olvidaría jamás. Un grotesco eco, similar a una siniestra carcajada sin fin, se dejó oír en la sala subterránea y solitaria. Turbado por aquel sonido chirriante y tan molesto, giró su cuello intuitivamente hacia atrás, pudiendo advertir la figura imponente de un militar vestido con su uniforme verde de instrucción. Se trataba de un individuo de alta estatura y fuerte naturaleza, de aspecto amenazador y que daba la impresión de ser un sujeto con dotes de mando. Pero ¿qué hacía allí aquel hombre de apariencia marcial y al que solo le restaba portar un sable en su mano o un fusil apoyado sobre su hombro? Representaba unos cincuenta años, tenía un gran mostacho y una mirada fulminante, muy acorde a los personajes que representan el perfil aguerrido que afloran en las historias bélicas.

De nuevo, el vozarrón estruendoso se dejó sentir en la estancia.

—¡Imbécil! —exclamó el militar en tono despectivo—. ¡Al fin empiezas a entender!

—¿Cómo has dicho? —inquirió João.

—No te hagas el sordo. Pareces más estúpido cuando preguntas que cuando andas buscando a tu madre.

—Pero ¿qué sabes tú de mí? ¿Cómo puedes haber leído mis pensamientos?

—¡Ignorante! —proclamó el tosco individuo—. Te he estado observando desde tu accidente. ¿Sabes? Me gusta reclutar gente como tú para mis fines. Esa es mi actividad preferida. Creo que serás un buen candidato para engrosar mis filas.

João no comprendía nada. Por un lado, le repugnaba la figura de aquel valentón, que no perdía ocasión de vejarle con sus insultos o con sus ridículos ademanes, pero en un segundo se dio cuenta de que era la única persona con la que había conseguido hablar en el último día. Tenía tantas preguntas que hacerle que no podía responder a aquel hombre con la rudeza que se hubiera merecido por su estilo tan despótico de comunicarse. Irguiéndose para

contemplar mejor a aquel sujeto tan desafiante, quedó como paralizado ante la mirada inquisitorial del uniformado.

—Sígueme, idiota. Me hace gracia la gente tan analfabeta como tú. Yo te desvelaré los misterios que invaden tu mente. Pero si quieres mi información, tendrás que prometerme algo.

—¿Prometer? —cuestionó João desconfiando del estrambótico personaje.

El joven le dio vueltas a la singular propuesta pero como los interrogantes le apretaban la cabeza, se decidió por seguirle el juego a tan peculiar tipo.

—Sí, será una buena forma de asegurarme que eres de los míos. Chico, te garantizo que si te niegas, perderás mucho y ganarás mi indiferencia. Y créeme que esto último no te conviene.

—De acuerdo, está bien —respondió João—. ¿Qué es lo que tengo que prometerme?

—Tranquilo, chaval. Lo que voy a pedirte no es un imposible. No lo tomes como una humillación. Tan solo quiero que seas uno más en mis filas, es decir, que me jures fidelidad total.

—¿Fidelidad? Pero ¿cómo se puede ser fiel a alguien a quien ni siquiera conozco?

—Está bien, me presentaré. Soy el general Eusebio Gonçalves. Como buen soldado que vas a ser, debes confirmarme tu máxima lealtad y darme el tratamiento de excelencia, correspondiente a mi categoría, por supuesto.

—Un momento, “general”. No soy experto en la materia pero he visto películas de guerra en el cine. Tus distintivos corresponden a los de un sargento. ¿Qué es esa farsa del generalato?

—Ah, las insignias no importan mucho aquí. Me las cambiaré de inmediato. Esos malditos bastardos con sus prejuicios y cortedad de miras. Es cierto que nunca superé el grado de suboficial pero por mi valor y entrega al ejército, bien podría haber llegado a ser general. Creo que hubiera constituido un merecido homenaje a toda una vida de impecables servicios para con la patria. Además, aquí lo que vale es lo que yo sienta y no lo que tú opines. Así que ya sabes lo que hay. ¡No me hagas perder la paciencia, recluta!

Ante la inesperada y ridícula situación surgida nada más y nada menos que en una sala de autopsias, el joven decidió finalmente continuar con aquella pantomima.

—Está bien, “excelencia”, le presento mis respetos y mi inquebrantable adhesión, pero por favor, tengo multitud de preguntas que hacerle. ¿Sería tan amable de contestármelas?

—Así se hace, chico. Esto ya me gusta más. Mucho pides, pero en atención a tu juramento y a que has accedido a mis deseos, te mostraré algo.

El militar asió a João por el brazo y le condujo justo ante el cadáver que reposaba en aquella mesa metálica bajo un intenso haz de luz blanca.

—Concéntrate y mira bien su rostro, estúpido. ¿Es que todavía no te has dado cuenta de que eres tú?

2. Un triste despertar

Un tenso diálogo se mantenía en aquella sala de autopsias, donde João permanecía junto a aquel militar que pretendía demostrarle la autenticidad de lo que el muchacho, aparentemente, se negaba a admitir.

—No, no, no —exclamó con pavor el joven—. Eso es imposible. Yo acabo de venir de mi casa y me encontraba buscando a mi madre que quizás se halle enferma e ingresada aquí.

—Ja, ja, ja... —se mofaba el militar—. Mira que eres terco. Un buen soldado tiene que aceptar la realidad tal y como se presenta. Lo contrario sería cobardía, estúpido. ¡Y tú vas a ser un buen combatiente atento a mis órdenes!

—Le digo que debe tratarse de un error. Sin duda, ese tipo de la plataforma es alguien que se parece mucho a mí. Dicen que todos poseemos un doble, idéntico en parecido físico. A lo mejor este desgraciado chico es...

—De acuerdo; como veo que te comportas de forma obstinada, tendré que usar contigo métodos “expeditivos”.

—¿Expeditivos? —balbuceó João entre sorprendido y asustado.

—No te asustes, recluta —expresó el “general” en términos concluyentes—. Si no quieres conocer la verdad tendré que mostrártela a las claras. Utiliza la memoria. Intenta recordar algo traumático de tu pasado, alguna señal o marca que te distinguiera desde aquel instante.

—Sí, ahora que lo pienso, con diez años, siendo niño, sufrí una caída brutal y debieron operarme la pierna. De aquel episodio me quedó el rastro de una profunda cicatriz en mi rodilla derecha. Pero... ¿qué me estás dando a entender? Perdón, ¿qué me quiere decir con eso, excelencia?

—Compruébalo tú mismo, soldado. ¡Valor, chaval!

Instintivamente, el joven dirigió su mirada hacia la zona del cadáver que él mismo había mencionado unos segundos antes. Cuando se cercioró de que la señal coincidía exactamente con la que él tenía tanto en longitud como en profundidad, se arrodilló delante de aquel cuerpo inerte y un llanto amargo acudió a sus ojos. Tras unos instantes de intensa turbación, logró recuperarse parcialmente y se levantó del suelo con dificultades. Realizando un gran esfuerzo por mantener la mirada directa al militar, le dijo:

—Entonces ¿estoy muerto?

—Desde luego, soldado. ¿No es maravilloso? Gracias a ello, has tenido la gran suerte de conocerme, obteniendo la posibilidad de enrolarte en mi división. ¿No es genial?

—Ya. Es todo un honor, señor —comentó el chico con aspecto meditabundo y agachando la cabeza en dirección a la limpia superficie de aquella fría estancia.

De pronto, la luz pareció brillar en el interior de João y durante unos minutos, el razonamiento y la ilación de argumentos volvieron a hacer acto de presencia en su mente. Recuerdos frescos acudieron a su memoria más reciente y conforme contemplaba el rostro desfigurado de aquel cuerpo desnudo empezó a conectar causas con efectos. Retrocedió hasta la tarde del día anterior. Se hallaba ejecutando labores de vigilancia, pero no porque trabajara de detective o protegiera a alguien sino tan solo para asegurarse de si su amigo Marcelo estaba dando un paseo con Elisa, la chica del instituto que más le gustaba a nuestro personaje y por la que suspiraba desde hacía tiempo.

Cuando estos dos últimos atravesaron la amplia avenida a través de un semáforo, João se dispuso a seguirles a una distancia prudencial pero al cerrarse el paso a los peatones corría el riesgo de perderles de vista. Por eso, tomó aquella maldita decisión, la de cruzar a locas esa calle de tráfico tan intenso como veloz. Se sentía tan ofuscado por lo que estaba advirtiendo que solo miraba a su izquierda para controlar a los vehículos que podían arrollarle y justo, cuando corriendo pasó la línea divisoria de la calzada que daba acceso a los coches que llegaban por la derecha, clavó de nuevo su mirada en la pareja de jóvenes a los que perseguía, a fin de recordar el punto exacto por el que transitaban.

Nuestro protagonista, movido por un impulso involuntario se llevó las manos a la cabeza y al contemplar su propio cadáver en medio de aquella sala subterránea, comprendió por fin lo acontecido. Algún auto que enfilaba la avenida a gran velocidad por el otro sentido debió atropellarle haciéndole saltar por los aires. El lamentable estado que mostraba el parietal izquierdo de aquel

cuerpo inerte, le hizo entender al muchacho la tremenda violencia del choque de su cabeza contra el asfalto, el cual resultó de tal magnitud que fracturó su cráneo provocándole una gran hemorragia y la muerte en el acto.

Ahora comprendía el pase de la película posterior, cómo continuó con la marcha de búsqueda de sus compañeros de instituto como si nada hubiera ocurrido, cómo finalmente les perdió el rastro, cómo se alejó de aquel trágico escenario sin conciencia de lo que había sucedido, cómo perdió el interés por la persecución, por qué no había encontrado a su madre en el hogar, cómo no había sentido hambre ni sed a lo largo de las horas y más recientemente, cómo había sido ignorado de forma reiterada por el personal sanitario de recepción. Todo empezaba a encajar en aquel puzle interminable en el que existían aún multitud de piezas por descubrir. Lo peor de todo el fenómeno por el que se veía desfilarse en túnel es que conforme accedía a más datos del mismo, a más información sobre la crónica del suceso, más triste y deprimido se sentía.

—Pero, no puede ser —se dijo a sí mismo en voz baja—. ¡Si tan solo tengo diecisiete años! Esto no me puede estar ocurriendo. Se trata de un mal sueño, de una infame pesadilla. ¡Tengo que despertar, despertar, despertar...! Cuando más fuerza ejercía sobre sus sienes tanto con el pensamiento como con sus dedos, una fuerte palmada dada sobre su espalda le hizo recobrar la conciencia de la situación.

—¡Venga, recluta, a formar! —profirió en tono imperativo el general Gonçalves al tiempo que le espoleaba entre fuertes carcajadas—. ¡Solo los cobardes se amilanan ante la adversidad! Tienes que prepararte cuanto antes para la instrucción. No perdamos la oportunidad para adiestrarte convenientemente, muchacho.

Aquello fue más de lo que pudo soportar João tras los terribles recuerdos que habían aflorado a su pensamiento. Estos le habían permitido conocer la veracidad de los hechos a los que se había expuesto, pero le habían sumido también en la más desoladora postración.

—¿Qué debo hacer? ¿Cuál va a ser mi futuro? —manifestó el joven con grave preocupación.

Dudando entre golpear a aquel “loco” que le había despertado a la más trágica realidad o huir de aquel macabro escenario a toda prisa, optó por lo segundo, por lo que escapó a toda velocidad de allí y se dirigió a un amplio pasillo, donde sentado sobre el suelo cubrió su rostro con sus manos y brazos, volviendo a verter lágrimas amargas cual manantial del que brotan las primeras aguas.

Sin poder precisar el período que permaneció allí en esa posición de profunda melancolía, ensimismado en amargas meditaciones, escuchó de pronto pasos, por lo que de modo inconsciente, corrió a esconderse tras una columna del edificio. Agazapado, comprobó que se trataba de dos operarios de una funeraria que se encaminaban a la sala de autopsias. Tras unos minutos de tensa espera observó el más triste espectáculo, el de ver cómo sacaban una bolsa blanca, la cual contenía su cuerpo, sobre una camilla con ruedas que lo transportaba hacia otro lugar.

Acuciado por la curiosidad, se dispuso a seguir el rastro de los trabajadores. Sin embargo, transcurridos unos segundos en pos de aquella insólita caravana, uno de ellos se dio la vuelta bruscamente y retornó a la sala de la que había salido, sin duda para recoger algo que habría olvidado. Como la distancia a la que estaba no era mucha, a João no le dio tiempo de reaccionar, por lo que no pudo evitar ser “traspasado” limpiamente por aquel operario. El chico se arrojó al suelo con rapidez para protegerse del “choque” con el hombre, pero comprobó que no hubo ninguna reacción por parte de este último y tampoco por la de su compañero, que dirigiéndose hacia el mismo, le preguntaba el motivo de su variación en el itinerario. Era imposible que ninguno de los dos individuos no se hubiera percatado de su presencia. Fue el crucial momento de anotar el dato intuitivo que arribó entonces a su memoria: al parecer, tan solo los seres que habían “muerto” como él, podían avistarlo y no aquellos que todavía integraban el mundo de los “vivos”. En esos instantes de asombro, llegó a la conclusión de que el militar debía pertenecer también a la nueva dimensión en la que ahora él se movía.

—Pero... ¿Cuántos años llevaría Gonçalves vagando por allí? —se dijo.

Reanudada la comitiva, el cuerpo del joven fue depositado en una plataforma junto a la que esperaba una señora de mediana edad, la cual portaba un maletín entre sus manos. La coyuntura del momento atraía toda la atención de nuestro personaje, al desconocer por completo cuáles eran los pasos que se iban a suceder y que afectaban nada más y nada menos que a su extinto organismo. La mujer extrajo un lote completo de pinturas, cremas y pinceles con los que se disponía a maquillar el rostro mortecino de aquel ser de casi dieciocho años recién desprendido de la vida física. Tras contemplar, ya más relajado, la monumental obra de arte que podía efectuar aquella profesional para mejorar el semblante de alguien que había sentido crujir su cráneo, se decidió por esperar hasta seguir la pista de su antiguo “envoltorio carnal”. Mientras aguardaba, una inquietante pregunta vino a instalarse en su pensamiento. Si su cerebro había resultado destrozado, si su corazón hacía ya horas que no latía y no se apreciaba la más mínima señal de vida en aquel cuerpo ¿cómo era posible que él siguiera pensando y sintiendo a la par? Cuando más vueltas le daba a aquella encrucijada, no se sabe si científica o

filosófica o ambas a la vez, la maquilladora finalizó su tarea y apretó un timbre como señal de haber acabado con su labor.

A los pocos minutos, la camilla con el cuerpo de João se dirigió a la planta baja, siendo su cabeza envuelta en un lienzo blanco que tan solo permitía asomar su frente, ojos, pómulos, nariz, boca y barbilla, tapando el resto, todo ello con la intención de ocultar la tremenda fractura que se dejaba ver en el parietal izquierdo del joven. Con sumo cuidado fue introducido en un ataúd, donde un cristal de forma ovoide que atravesaba la cubierta de madera, era el único medio que dejaba ver el rostro de João. La pequeña superficie acristalada se convirtió en improvisada ventana mediante la cual, la gente podría despedirle tras contemplar sus rasgos por última vez.

Cuando el féretro fue introducido en la sala de duelos, todo era silencio. Al cabo de una hora, se abriría para que familiares, amigos y allegados pudieran expresarle su postrer adiós. El joven permaneció allí a oscuras, en actitud de paciente espera, como si una fuerza invisible de recuerdos le atara a su antiguo vehículo carnal.

—¿Dónde estaría el militar? —se preguntó.

Después de todo, sentía a partes iguales tanto rabia como compasión hacia aquel ser. Furia por cómo le había tratado, pues sin conocerle de nada, le había humillado y ridiculizado a través del insulto continuo y de su grotesco lenguaje, cuando precisamente lo que necesitaba era más cariño y apoyo que nunca. Pero por otro lado, sentía cierta lástima hacia aquel peculiar personaje que al parecer se desenvolvía en un mundo “inventado” por su imaginación, y en donde debía pensar que reclutando jóvenes para sus filas podría acometer misiones con no se sabe qué fin. De todas formas, aquel cincuentón vestido de uniforme se había disipado. ¿Volvería a verle?

Reflexionando sobre estas cuestiones, oyó el ruido de unas llaves y el encender de unas luces. Expectante, se irguió de la moqueta donde había permanecido sentado para observar qué ocurría. Al notar cómo se abría la puerta de lo que constituía una de las salas de aquel tanatorio anexo al hospital, se derrumbó de la emoción y una congoja interna, imposible de controlar se apoderó de él. Su querida mamá, la que le había amamantado, vestido, dado de comer y bañado, estaba allí, inundada de lágrimas, portando con ansiedad entre sus manos una reciente foto de su hijo en el instituto. Vestía un traje oscuro, fiel reflejo de la más honda pena que invadía su quebradiza moral, pues se dice que no existe sufrimiento más atroz en este mundo de pruebas para una mujer que el de la pérdida de su vástago. Con el ánimo ensombrecido por la peor de las amarguras, João contemplaba a su madre que allí en soledad, tan solo tenía ojos para mirar el rostro desdibujado

de su niño preferido, el benjamín de la casa, su tesoro máspreciado, el único que todavía vivía con ella y que le proporcionaba la más dulce compañía ante la falta de su marido.

El chico no sabía cómo consolar a su amada y admirada Zilda. ¡Qué triste situación, ver llorar a tu propia madre, la que te trajo a la vida, la que guió tus pasos y arropaba antes de acostarte, la que te infundía ánimos en los momentos de dudas y te apoyaba ante las dificultades! João era la pura impotencia personificada. Jadeante y desesperado por la más aflictiva angustia, intentó abrazarla, pero ante su estupor, su mamá se le escurría entre las manos. Cuando intentó calmarla con la yema de sus dedos vio asimismo cómo este gesto tan solo le servía para atravesar su silueta. Al fin y tras muchos intentos infructuosos, descubrió que lo mejor era tan solo rozarla levemente con sus palmas, apreciando en esos sublimes instantes una ligera sensación de calor que le reconfortaba en medio de aquel temporal de emociones que amenazaba con ahogarle en la pesadumbre.

3. Orígenes de un amor obsesivo

João también se dio cuenta de un aspecto importante. Su madre respondía muy bien a la calidad de sus “vibraciones” y cuando estas eran de pesar, aquella se sentía como embargada por una tristeza que le contagiaba mientras que cuando él emitía sentimientos de amor, ella se mostraba más relajada, como si pudiera percibir los sonos silenciosos de ternura procedentes de las manos de su hijo.

—¡Tengo tanto que agradecerte! —meditaba nuestro personaje.

¿Cómo podía actuar para hacerle saber que estaba allí, en medio de un escenario tan desolador? ¿Cómo lograr convencerla de su presencia? Sin duda, hacerle llegar tal información constituiría para Zilda la noticia más consoladora de su existencia. Mas el chico no conocía el medio, por lo que cada segundo que transcurría “incomunicado” se transformaba en una desesperante sensación de impotencia, al ser capaz de observar pero no de ser observado. En aquel emotivo momento, recordó un episodio de su infancia, cuando comentaba con otros niños lo fantástico que sería poder actuar como un verdadero “hombre invisible”, para así descubrir los secretos de los adultos pero sin ser visto. Ahora, aquella fantasía del pasado se hacía realidad pero de un modo que no le hubiera gustado imaginar ni en el más remoto de los escenarios, pues la rabia que le producía el aislamiento de su ser más querido le consumía por dentro. Se juró a sí mismo que haría todo lo posible para resolver aquel angustioso enigma que tanto sufrimiento le ocasionaba.

Una vez finalizado aquel tiempo de intimidad entre progenitora e hijo, el acceso a la sala se abrió para que entraran el resto de familiares y visitantes. Sus hermanos fueron los primeros en ver, a través de la ventanilla de cristal del ataúd, el rostro del “pequeño” de la casa, sucumbiendo por ello a los efectos desmoralizadores que implicaba la contemplación de un organismo arrancado de la vida tan prematuramente. Aunque João participaba de su dolor y de la aflicción de otros parientes, toda la peculiar atmósfera que suele acompañar a este tipo de actos fúnebres dio un giro brusco e incontrolable cuando nuestro personaje observó cómo penetraba en aquella estancia su antiguo amigo de instituto, Marcelo.

Sus pensamientos de tristeza se tornaron de pronto en otros de tremenda irritación y la peor de las furias se apoderó de su ser. ¡Allí estaba en persona aquel al que João achacaba la causa de su muerte! Pero para comprender bien esa situación emocionalmente tan desbordante surgida en torno al féretro del joven, tendríamos que remontarnos en el tiempo unos meses o incluso años, para conocer así los orígenes de la relación entre nuestro protagonista, su inseparable compañero Marcelo y Elisa, la chica que había “enfrentado” a los zagales.

Los tres nacieron el mismo año y vivían en el mismo barrio, aunque dada la enorme dimensión de la ciudad sus hogares solo estaban relativamente cerca. Fueron ubicados en la misma aula del colegio y desde los primeros instantes se notó que existía una especial corriente de simpatía entre ellos. En la época de la más tierna infancia, Elisa no se integró tanto en el trío debido a que en ese período las amistades tendían más a establecerse entre miembros del mismo sexo. Sin embargo, conforme la adolescencia emergía del océano de la vida, todo empezó a cambiar sustancialmente. Aquella incipiente devoción se intensificó a partes iguales en el día a día de tantas actividades compartidas. Fue así como las tendencias instintivas de atracción brotaron, igual que la Naturaleza se viste de colores en primavera. La chica era la que más cómoda se sentía, aunque al principio no tenía claras sus preferencias hacia uno u otro amigo, esparcidos sus ímpetus juveniles entre otros componentes de un grupo de relaciones más amplio con el que salía con frecuencia a divertirse.

Un fin de semana, tras un período adecuado y suficiente de incubación, surgieron en João los primeros signos de un sentimiento ardoroso hacia Elisa. Como a pesar de todas las señales que él le enviaba, la muchacha no le correspondía, una tarde en la que coincidieron a solas, se decidió a manifestarle abiertamente las emociones más íntimas provenientes de su corazón. La joven no quiso complicar su relación de amistad, por lo que declinó con amabilidad pero con firmeza la declaración de intenciones del chico. La primera reacción de João fue de una gran decepción, acorde a la intensidad del deseo que experimentaba sobre la adolescente, mas logró transformarla en una simple percepción de primera negativa, eso sí, con la esperanza secreta de que a corto o medio plazo ella cambiaría su visión sobre él y finalmente accedería a sus propósitos de enamoramiento mutuo.

Los meses transcurrieron con aparente normalidad pero el carácter apasionado y efervescente de nuestro amigo le jugaba malas pasadas, pues cada vez le costaba más trabajo esconder sus sentimientos, tanto cuando coincidía de frente con Elisa como cuando la contemplaba por la espalda. Llegó un momento en que la emoción se transformó en obsesión, dedicando todas

las horas que permanecía despierto y alguna más de sus sueños a pensar en la chica, en cómo sería una relación con ella, en las palabras que intercambiarían o en las caricias que se proporcionarían. Fantaseaba con cualquier actividad compartida con la muchacha en su inflamada mente, viéndose pasear, cenar juntos o incluso conviviendo con la misma. Se imaginaba un proyecto de vida en común, una existencia fusionada rebotante de afines determinaciones. Tanta era la intensidad del deseo que João se reconoció a sí mismo como un individuo cada vez más obcecado, vigilando los andares de Elisa, sus movimientos y hasta controlando su respiración.

Un día de clase, al llegar la hora del almuerzo, sucedió algo que alcanzó a nuestro personaje como si una estocada le hubiera atravesado su henchido corazón. Terminada la última clase de la mañana y al transitar por uno de los pasillos del instituto, contempló una imagen que le dejó tan helado como intranquilo. Desde la altura de aquel corredor y con impecable perspectiva visual, pudo observar a Elisa y a su gran amigo del alma, Marcelo, sentados en torno a una mesa para dos y dispuestos a comer en aquella cafetería del establecimiento educativo. Si ya de por sí, aquella escena de ver juntos a los dos seres le inquietó, el contemplar cómo sus manos se entrelazaban y se mantenían agarradas durante breves períodos de tiempo, disparó todas sus alarmas. Desde aquel "otero" elevado en el que podía apreciar a todos los comensales de aquel gran salón pero sin ser visto, se torturó con ácidos pensamientos como nunca lo había hecho antes. El tormento se prolongó durante varios minutos que a él le parecieron eternos. En una escena que rozaba el masoquismo, escudriñaba foto a foto, plano a plano, la película que nunca hubiera querido visionar y que sin embargo y para su sufrimiento más íntimo, estaba proyectándose ante su turbada mirada. El paisaje de aquel triste mediodía se veía alimentado por una voz en su mente que azuzaba su incendio interior al grito desgarrador de: "qué injusto, esto no me puede estar pasando a mí".

Y sin embargo, ocurría, aunque el episodio lesionara gravemente los intereses emocionales de un personaje tan vehemente como João, el cual se tomó a mal aquel cuadro que para él había sido dibujado con los pinceles de la deslealtad y la ingratitud. Aunque el mejor psicólogo del mundo hubiera estado a su lado en aquel instante, para tratar de calmarle y describirle con objetividad lo que estaba pasando y el derecho de sus amigos a disfrutar de un almuerzo en la intimidad, nada ni nadie hubiera disuadido a nuestro personaje de sentirse arrastrado por la más áspera amargura, la que había hecho añicos la cristalina vasija de imaginación romántica que anidaba en su interior. No obstante y como suele suceder en algunos enamorados, nuestro amigo no quiso admitir que detrás de aquella escena podía estar gestándose un bello idilio. Preso del autoengaño y al objeto de no martirizarse más, pretendió no desesperarse, si bien contaba con la férrea voluntad de obtener más datos

sobre aquel incipiente contacto, a fin de confirmar o rechazar la turbadora hipótesis que pululaba sobre su cabeza. ¿Se habrían enamorado realmente Marcelo y Elisa? ¿Sería tan solo una muestra cariñosa de una jornada especial pero sin más repercusión en el futuro? ¿Llegaría aquel lance desarrollado ante sus ojos a convertirse en una posterior relación de pareja?

Se sucedieron varios amaneceres sin grandes novedades pero João desconocía un apunte fundamental. Los dos jóvenes “controlados” por él habían decidido en secreto consolidar un apasionado vínculo, mas por respeto y delicadeza no le habían comentado nada a su compañero de la infancia, sobre todo porque Elisa le había desvelado a Marcelo el interés que João había mostrado abiertamente hacia ella hacía algunas fechas, por lo que ambos estuvieron de acuerdo en tan discreta resolución.

Aquel trágico día amaneció como una jornada cualquiera y nadie, salvo los que gobiernan los destinos de los seres humanos en intrínseca unión con el libre albedrío de estos, podía imaginar cómo las cortinas que dejan paso a la luz de la vida terrenal se cerrarían sobre la silueta de nuestro personaje para que despertara a la incertidumbre de un plano al que no pretendía retornar tan pronto. Y así, se cernió sobre la ciudad la tarde crepuscular ya descrita, cuando cautivo de unos primitivos celos e inflamados sus sentimientos por la sensación de haber perdido algo que le “pertenece”, João se dispuso a seguir el recorrido de la flamante pareja, la cual se aprestó en aquel ocaso a dar un agradable paseo por la avenida cogidos de la mano. Era el modo ideal de disfrutar del entusiasmo del primer amor de dos adolescentes, aunque ello propiciara involuntariamente en el otro joven el encendido de un fuego abrasador que le corroía por dentro como las llamas devoran la hojarasca seca. Fue el momento en que movido por las prisas de la inconsciencia, por la tortura del que sufre en silencio, no quiso perder de vista al dúo y extravió lo más preciado, el control de su propia vida, la cual quedó segada por la guadaña de aquel vehículo de la “muerte”, el que con su embestida le levantó del suelo varios metros con la sangre latiendo por sus venas para depositarlo tras brutal impacto en la anónima superficie, pero ahora con la señal del aciago tránsito en su frente y el plasma ya paralizado en sus arterias.

Pero volvamos ahora a aquella sala de duelos donde João, ya sin hormonas que segregan ni cerebro con estructura nerviosa, sin embargo volvía a experimentar idénticas sensaciones a las del día en el que por primera vez contempló a sus amigos de infancia comer juntos y pasadas las jornadas, caminar por la avenida de memoria tan funesta. Quiso advertirle a su madre para que no le ofreciera ni sus manos ni sus brazos a Marcelo, pues él era quien le había “robado” a su amor, perturbándole de tal forma hasta el punto de atravesar una amplia vía repleta de coches como un loco, lo que en última instancia había supuesto para nuestro personaje su adiós al plano físico.

—Mamá, ¡no lo hagas! —exclamó para sí João—. Por favor, si supieras que él fue quien inició mi calvario de preocupaciones y aceleró mi final, al rasgar mi corazón con sus intrigas para apoderarse a mis espaldas de Elisa.

Cuando, entre la perplejidad y la indignación, contempló la escena en la que el adolescente y Zilda se fundían en un sincero abrazo de reconocimiento mutuo de pesar, nuestro personaje no aguantó más. Apretó sus “dientes” de pura rabia y saltó hacia el cuello de Marcelo con el ánimo de derribarle y apartarle de su “engañada” madre. Sin embargo, el único que se revolcó fue él, al atravesar limpiamente la silueta de su antiguo amigo y la pared de la sala, deteniéndose finalmente en el pasillo central de aquel tanatorio donde se acumulaban las personas que pretendían mostrar su congoja a la familia.

Tal fue la fuerza del impulso de su irritación interior que permaneció aturcido durante unos instantes y sentándose sobre la moqueta de aquel corredor, se mantuvo pensativo sobre el fenómeno que había presenciado. Ya con más calma, llegó a la conclusión de que se movía ahora en una dimensión diferente a la material, y que por más que quisiera, ni iba a poder hablar con su mamá para explicarle su versión de lo sucedido ni tampoco iba a poder “vengarse” de Marcelo como cuando trató de golpearle con toda su intención. ¿Qué podía hacer? Se sentía tan frustrado, tan impotente para reconducir los hechos... Debía existir alguna ruta, algún modo de intervenir en toda aquella pesadilla tan terrorífica como real que se desplegaba implacable ante su vista.

4. Diálogo entre un “muerto” y un “recién fallecido”

—Pero ¡Dios mío! —exclamó el chico—. ¿Cómo es que puedo hablar, escucharme a mí mismo, si estoy muerto? ¿Por qué si ya no tengo cerebro, siento y me emociono incluso más que cuando contemplaba a Elisa caminando por la clase? Veamos, por ahora, la única persona con la que he podido comunicarme ha sido ese sargento o general o lo que fuera. Esto significa que debe estar tan "fiambre" como yo; por eso nos situamos en el mismo nivel, por ese motivo nos oímos el uno al otro. ¡Pero si he fallecido, si he visto mi cabeza rota en la sala de autopsias, si mi cadáver se halla tan solo a unos metros velado por la gente! Esto es una pesadilla, si alguien no me aclara esto creo que me volveré loco, nunca me explicaron esto en la escuela o en casa, ni siquiera leí o estudié sobre el tema en libro alguno. ¡Señor, necesito una solución a mi estado o perderé la razón de un momento a otro!

Cavilando y cavilando, con el pesimismo apoderándose de su voluntad, se levantó del pasillo y se dirigió lentamente con gesto abatido hacia el exterior del edificio, donde pudo comprobar cómo las sombras de la noche habían puesto fin a la jornada más infausta que recordara de su corta vida, incluso peor que aquella en la que fue “rechazado” amablemente por su amada. De forma inesperada y cuando más deprimido estaba, escuchó a sus espaldas el estruendo de una carcajada. Al volverse, reconoció el uniforme ya familiar de aquel hombre con el que se había cruzado hacía ya un tiempo.

—¿Usted de nuevo por aquí? —preguntó asombrado el muchacho.

—“Mi general”, si no te importa —respondió Gonçalves con cierta carga de ironía en su expresión.

—Ah, sí, usted perdone —balbuceó João—, no sabiendo qué le causaba más espanto, si retornar a la sala de duelos o si padecer las peroratas de aquel patético personaje.

Sin embargo y sintiendo su mente más lúcida durante unos segundos, se inclinó por comportarse inteligentemente y seguirle la corriente a aquel fanfarrón de mediana edad. De pronto, cayó en la cuenta de que el militar era el único vínculo al que podía agarrarse para obtener alguna información sobre

lo que le estaba sucediendo. También era el único ser que podía aclararle una multitud de enigmas que se agolpaban en su pensamiento y que le percutían en la conciencia como el martillo choca contra el yunque.

—Esto te pasa por haber escapado de la presencia de tu superior. La jerarquía se constituye en uno de los elementos esenciales en el ejército. Si no se respetan las graduaciones, al final ocurren verdaderas catástrofes como esta que te ha sacudido.

—Pero, señor, ¿cómo sabe usted lo que me ha acontecido?

—Ah, claro, te observaba desde la distancia. En verdad no he estado muy lejos de ti, pero tú te sentías tan ensimismado con tus pensamientos que ni siquiera me percibiste. Te lo repito, chico; al huir de mí, afrontaste una serie de hechos dificultosos en soledad, sin el buen consejo que mi autoridad te aporta.

—Y ¿qué significa eso que está diciendo, excelencia?

—Ya lo has oído, soldado. La instrucción de un novato como tú requiere enfrentarse a los peligros de una misión progresivamente, no de golpe, y tú, al actuar a base de impulsos, no has podido aguantar bien el peso de los eventos que has abordado con precipitación.

—Entiendo, señor.

—Pues claro, chaval. No debes exponerte inútilmente si no quieres sufrir más. El combate implica un buen entrenamiento previo e ir poco a poco, con seguridad. ¿Me entiendes ahora? Ja, ja, ja...

—Comprendo, mi general. En el futuro debo conducirme de forma más precavida y antes de actuar, escuchar sus sabios consejos —afirmó João—, con la secreta esperanza de que aquella estrambótica figura le aclarara toda la serie de puntos oscuros que pedían paso en su mente para ser iluminados.

—Sí, por supuesto. Ya veo que estás aprendiendo a comportarte.

—Mi general ¿me permite una pregunta?

—Claro, recluta. No hay consulta de un mozo a su superior que este no pueda responder —expresó el militar en tono jocoso.

—¿Usted también está muerto como yo?

—Ja, ja, ja... Pero chico, no seas ignorante. ¡Qué ocurrencia! — afirmó el cincuentón mientras reía desafortadamente—. Si estuviera muerto no estaría hablando contigo, idiota. ¿No te parece? ¡Ay, qué gracioso has estado, muchacho! ¿Desde cuándo los muertos conversan entre sí? Pero ¿qué ridiculez es esa?

—Señor, fue usted el que me comunicó en aquella sala mortuoria que yo estaba muerto y que debía asumirlo cuanto antes.

—Ah, claro. Ya lo recuerdo. Pero lo único que pretendía manifestarte es que debías olvidarte de tu anterior etapa.

—¿Olvidarme?

—Sí, chico. Me refería a que tenías que superar tu obsesión por permanecer atado a tus recuerdos.

—Muy bien, excelencia. Entonces, le vuelvo a preguntar. ¿He muerto o no he muerto? Es muy importante para mí saberlo, para afrontar mi situación cuanto antes.

—Bien, te lo diré de otra forma. Si te sirve de explicación, lo que has hecho es simplemente cambiar de escenario.

—Señor, yo no estaba hablando de cine o teatro sino de la vida misma. Por favor ¿puede ser más concreto?

—De acuerdo, soldado. La vida nunca termina porque eres inmortal, al igual que yo. Es un camino sin fin, lo único que hacemos es movernos por diferentes decorados. Ahora, tan solo te sitúas en uno distinto al de hace unas jornadas.

—Entonces, debo confirmar la noticia: estoy muerto.

—Oye, chico, pero qué terco puedes llegar a ser. Si quieres fustigarte con tus expresiones, allá tú. Yo tengo clara mi misión de reclutamiento y mis deberes para con el ejército, al que sirvo.

—Debo entender, mi general, que usted también tiene un pasado.

—Todos tenemos un pasado, pero lo único que existe es el presente y este me dice que he de hacer de ti un combatiente eficaz.

—Y con todos los respetos, señor, ¿podría hablarme sobre sus orígenes?

—Por supuesto que no. Pero ¿qué confianzas son esas? Cuando te hagas merecedor de ello por el cumplimiento de tus deberes, tal vez. Además, un superior no puede intimar hasta ese punto con uno de sus subordinados. ¡Jamás conocí a nadie tan atrevido como tú, chaval!

—Insisto, excelencia. ¿No le apetecería contarme su historia? Quizá me serviría para fijar mejor mis cometidos.

—Eh, soldado, no te pases de listo. Eso lo decido yo y ya te he dicho que no voy a hablar contigo de ese tema. Asunto zanjado.

—Está bien, señor. Me disculpo por mi sarcasmo. La verdad es que me sentía muy mal por dentro; debe entenderme, no es fácil aceptar esto que me ha pasado, tan de pronto, tan joven, con toda mi existencia por delante llena de proyectos e ilusiones —expresó amargamente el joven entre sollozos.

—No eres el primero, muchacho, ni serás el último. ¡Valor! Son coyunturas que vienen dadas por la superioridad y aquí las órdenes no se discuten, simplemente se ejecutan.

—Ya, no me queda otro remedio que aceptarlo de buen grado. Por cierto, ¿cómo debe empezar mi entrenamiento? —preguntó João con fuerte curiosidad y como pretendiendo alejar de su mente tan amarga coyuntura.

—Bien chico, esto ya me gusta más. Las circunstancias mandan y el cambio de actitud ante ellas resultaba perentorio. Te enseñaré cómo atacar al adversario. Te conozco bien. Te he estado observando y he visto cómo tu furia de guerrero afloraba ante uno de los asistentes a tu funeral.

—Es verdad, señor. ¿Quiere decir que podría enseñarme a combatir contra mis enemigos?

—Por supuesto, soldado, siempre y cuando la causa sea justa. No pensarías que aquí íbamos a utilizar fusiles o bayonetas ¿eh? Llevo aquí ya muchos años como para creer que las armas que sirven en el otro plano iban a ser útiles en las condiciones del terreno en las que actualmente te mueves. ¿Lo comprendes? Debes adaptar tu táctica acorde al territorio en el que te desenvuelves. Es un principio de pura lógica en la milicia.

—Qué interesante suena eso, señor. Y ¿en qué ambiente se supone que nos movemos nosotros?

—Buena pregunta, aprendiz. Nuestro espacio es sutil, mucho más ligero que el otro “lado”, y por tanto, pleno de posibilidades para la emboscada o las artimañas. Por eso puedes atravesar paredes o puertas, lo que a “ellos” les resultaría imposible. Nuestra estructura es diferente, está hecha de otra composición, por lo que resulta inútil pretender combatir al enemigo con armas que no se hallan a nuestro alcance sino con las herramientas con las que contamos.

—Mi general ¿y cuáles se suponen que son esas herramientas?

—Me alegro al conocer tu interés por averiguar formas de lucha desconocidas para ti hasta ahora. Te diré una cosa: aquí lo que prima es la astucia.

—¿La astucia? ¿Está usted hablando de maldad?

—No exactamente, muchacho. Me refería a que tus actuaciones deben ser “inteligentes”.

—Bien, señor, creo que voy aprendiendo poco a poco. En otras palabras, la fuerza bruta no sirve aquí para nada, como me ocurrió antes cuando traté por todos los medios de agredir a mi examigo Marcelo.

—Correcto, chico. Vas captando el procedimiento a emplear.

—Entonces, señor, ¿cómo habría podido obrar inteligentemente en el ejemplo que le acabo de comentar? —interrogó João con la clara pretensión de sacar rédito a su intervención.

—Mira, soldado, ellos disparan balas o lanzan bombas, pero considera que aquí no disponemos de armamento de fuego. Sin embargo, poseemos armas cuya potencia destructiva es mayor que la de sus proyectiles.

—Creo que no acabo de entender eso último, excelencia. Deberá usted ser más explícito —expuso el joven con el máximo interés.

—De acuerdo, no me importa repetirme las cosas. Forma parte de mi cometido el velar por tu correcta instrucción. Lo cierto es que cada vez me siento más seguro de tu lealtad. Veamos. ¿Qué tienes en común con todos esos seres de carne y hueso que se aglomeran ante tu cadáver?

—Pues a primera vista, lo más similar que veo es el cuerpo. Yo tengo brazos, piernas, manos, tronco y cabeza. Ellos también.

—Te equivocas muchacho. Entonces ¿a qué se debe el hecho de que no pudieras empujar a tu “amigo” o abrazar a tu madre?

—Bueno, ahora que lo pienso, ¿tiene usted toda la razón! Hay algo que no encaja en esta historia.

João no daba con la clave de todo aquel asunto, trama sobre la que estaba aprendiendo a través del diálogo que mantenía con su peculiar instructor de milicia, pero lo cierto es que sus emociones, aunque lentamente, se iban tornando en más positivas, al intuir que podría extraer algo provechoso de la conversación.

—Es cierto —prosiguió Gonçalves—, que tanto ellos como nosotros tenemos cuerpo, pero estos solo resultan similares en apariencia. El de esas personas que observas allí se compone de células que forman huesos y músculos aptos para su desenvolvimiento en el mundo de la materia, pero no como el nuestro.

—Un momento, señor —interrumpió el chico—. Si mi organismo no está formado por eso que usted ha mencionado, entonces ¿de qué se componen mis brazos o mis piernas?

—Uf, buena cuestión recluta —respondió el militar resoplando—. No podría decirte con total exactitud el nombre del elemento específico, pero para que lo entiendas, te diré que se trata de energía.

—¿Energía? ¡Claro, empiezo a entender! —exclamó el chico como si se le hubiera encendido una luz interna—. Veamos. En ellos, esa energía se halla como condensada y en nosotros se encuentra como menos concentrada. Esa es la razón por la que cuando intento tocarlos se me escabullen entre los dedos, al igual que antes atravesé limpiamente el cuerpo de Marcelo. ¡Caramba, se me han venido a la cabeza de repente múltiples conceptos de física y química que estudiaba en el instituto!

—Bien... digamos que no ha estado nada mal tu explicación. Si te sirve a ti, perfecto. No le demos más vueltas a la cuestión. Ni siquiera un general como yo tiene respuestas para todo. Has de centrarte especialmente en los efectos prácticos que este asunto plantea.

5. Cómo influir sobre los seres de “carne”

—Cierta señor —contestó João—, en esta cuestión lo más práctico sería conocer cómo puedo actuar sobre ellos.

—Desde luego chico, pero para eso tendríamos que volver a la pregunta de antes, es decir ¿qué tienes en común con los seres de “carne”?

—Bien, mi general. Tenemos cuerpos aunque sean diferentes, pero según entiendo, aquí existe otro aspecto...

—Te proporcionaré alguna pista, muchacho. Empiezas a caerme cada vez mejor y no como hace horas, cuando te mostrabas tan rebelde a mis indicaciones. ¿Cómo llegaste hace un momento a la conclusión de que la energía podía ser más o menos densa en unos o en otros?

—Pues, porque se me ocurrió de repente... aunque después de pensar en ello. Claro ¡ya lo tengo! ¡Ambos podemos pensar!

—Por supuesto, soldado. Y algo más. ¿Qué te sucedió anteriormente cuando viste a tu amigo abrazar a tu madre?

—Que me enfadé muchísimo.

—Y te pregunto ¿qué es el enfado?

—Pues una emoción muy fuerte, excelencia, al igual que la alegría o la tristeza. Entonces... ya lo entiendo, el denominador común está en que nosotros, aunque ya no estemos en su dimensión, podemos seguir utilizando la inteligencia y experimentar sentimientos.

—Tu contestación es de sobresaliente. Para ser la primera clase, la calificación resulta óptima. Progresas a toda velocidad, recluta.

—Gracias, señor —agregó João—, muy animado e incluso excitado porque sus planteamientos, alentados por la figura del militar, le estaban llevando a valiosas conclusiones sobre el tema en cuestión. Sin embargo, el

joven, proseguía sin dar con la clave de cómo poder actuar sobre los habitantes del plano material.

—Has comprobado cómo el punto de encuentro entre ellos y nosotros se sitúa en la capacidad para pensar y sentir. No es preciso disfrutar de un soporte físico para apreciar esas sensaciones. Si lo que pretendes es ejercer algún tipo de influjo sobre uno de esos seres que ves al final del pasillo, tendrás que actuar necesariamente sobre sus pensamientos.

—Desde luego señor. Mi ignorancia sobre estos temas va desapareciendo poco a poco. Esa es la llave, hallar algún método para influir sobre lo que piensan o sienten.

—En efecto chaval, pero considera que el pensamiento es siempre más rápido. Antecede a todo, es la fuerza más poderosa de cuantas existen en el Universo. Repara en que incluso entre ellos, resulta fundamental para sus relaciones.

—Es cierto señor. Recuerdo cómo cuando estaba en la vida física había gente habitualmente triste o deprimida que me contagiaba su estado de ánimo y a los que trataba de evitar, mientras que procuraba acercarme a otros aquellos más alegres o divertidos con los que disfrutaba de su presencia.

—Por supuesto; emitían con sus pensamientos ondas negativas o positivas según los casos. Los seres vibramos, da igual el espacio en el que nos desenvolvamos. Dado que nos atraemos por afinidad, esas vibraciones producen unas ondas y aquellas que son similares se acercan ineludiblemente. En otras palabras, lo semejante atrae a lo semejante.

—Entiendo, don Eusebio. La verdad es que no deja usted de sorprenderme. ¿Cómo sabe tanto de estos asuntos?

—Eh, chico. ¡Cualquiera no puede llegar hasta el grado de general! ¿Verdad? Son muchos años de experiencia, muchacho. Ni siquiera podría contarlos. Debes recordar que en el combate, la veteranía es un grado. He visto muchos casos parecidos al tuyo, situaciones incluso aún peores y he sabido manejarlas. Si un superior no sabe reconducir a los subordinados que le son asignados, es que no se halla preparado para la difícil labor del mando.

Curiosamente, conforme transcurría el tiempo y el intercambio de información proseguía, la relación entre Gonçalves y João iba cambiando poco a poco. Lo que en un principio tan solo constituía un trato entre alguien que “arrollaba” con sus expresiones a un chico debilitado y temeroso, se estaba convirtiendo con lentitud pero de modo inevitable en un vínculo de una mayor

simpatía, de una cierta similitud entre habitantes de un mismo plano en el que por momentos, parecía que ambos se necesitaban. Resultaba extraño, pero los dos tenían una sensación de aproximación que se iba acrecentando conforme el lazo que las palabras formaban se intensificaba. El cincuentón seguía mandando, a su estilo, como pretendiendo controlar la situación a través del “adiestramiento” que estaba llevando a cabo sobre el chico. Y João se sentía cada vez más a gusto en presencia del militar, pues las primeras comunicaciones en las que abundaban el insulto y la humillación así como el maltrato psicológico, estaban desapareciendo paulatinamente. Además, el muchacho tenía un “apetito” voraz por adquirir conocimientos, a fin de desenvolverse mejor en una dimensión que le resultaba desconocida. A ello se le unía el deseo ardoroso de interactuar con su madre para consolarla, pero también la intención, no disimulada, de hostigar a Marcelo. Ahora que ya no podía hablarles directamente, deseaba descifrar con todas sus fuerzas el código adecuado para acercarse con el mayor de los cariños a Zilda o para transmitirle su máximo desprecio a su antiguo compañero de aula.

—En resumen, mi general, —afirmó el joven—, si deseo comunicarme con alguna persona en concreto de las que asisten a mi funeral ¿cómo debería hacerlo? Tengo ansiedad por dominar la técnica.

—Claro, te comprendo, chico. Mas por mucho empeño que le pongas no te resultará tan fácil. Tendrás necesariamente que entrenar. El combate es así, un buen soldado no debe introducirse en la batalla sin haber recibido antes la preparación adecuada.

—Muy bien, estoy de acuerdo con ese concepto. Pero por favor, continuemos —manifestó con nerviosismo el muchacho.

—Bien, te diré algo. Imagina que alguien se dirige a ti con un arma de fuego en sus manos. ¿Piensas que podrías hacerle frente con tus puños?

—Sería un completo absurdo, la desigualdad resultaría total. Incluso antes de haberme abalanzado sobre él, ya me habría acribillado a balazos.

—Buena conclusión, chaval. Y ¿a dónde nos lleva esto? Muy sencillo. Si pretendes ejercer algún tipo de influencia sobre las personas que viven en tu antiguo mundo, deberás utilizar “armas” similares. Un puñetazo dado en la dimensión física causa daño en quien lo recibe pero no funciona si eres tú el que lo empleas contra ellos en tu actual estado.

—¡Desde luego! Ya entiendo por qué antes mis golpes no producían ningún efecto sobre Marcelo, ni mis abrazos lograban hacerse notar en mi madre.

—Correcto. Tú mismo te estás dando cuenta de cómo opera el procedimiento. Insisto en la pregunta de antes. ¿Recuerdas lo que tenías en común con los seres de carne y huesos?

—Claro, mi general. Comparto con ellos las emociones y los pensamientos —manifestó João con total convicción.

—Por tanto, para actuar sobre las personas habrás de hacerlo desde tu mente pensante o desde tus sentimientos o ambos a la vez. En otras palabras y aplicado a tu caso, por más que lo desees, puedes permanecer horas y horas golpeando a tu antiguo amigo que no conseguirás nada, salvo agotarte.

—Pero, don Eusebio, si no tengo cuerpo ¿cómo es posible que me canse?

—Porque no estoy hablando de un cansancio físico asociado a un organismo, sino psíquico, correspondiente a un espíritu como tú. Ocurre lo mismo en el plano material. El soldado en la guerra no solo se fatiga físicamente sino que además sufre una extenuación psicológica, en su pensamiento. Esos que están ahí, junto a tu féretro, pueden agotar sus músculos tras un prolongado esfuerzo pero tanto tú como yo podemos sentir nuestro espíritu exhausto ante determinadas situaciones que nos afectan.

—¿Qué circunstancias, señor?

—Por ejemplo, aquella que tú estás viviendo desde hace algunas horas. Desconocer que has cambiado de escenario aunque sigas siendo el mismo, pretender “existir” tal y como eras antes o experimentar de un modo dramático y extremo tanto afectos como odios, cansa al espíritu.

—Sí, lo entiendo, pero no puedo evitarlo. Mi general, no es fácil admitir que por una estupidez como la que me ocurrió a mí haya tenido que abandonar mi antiguo hogar y renunciar de golpe a tantas ilusiones y proyectos que anidaban en mi cabeza.

—Sí, chico, reconozco que tienes razón en lo que comentas. No obstante, son pasos en un proceso necesario que han de producirse. Te aseguro que he visto casos peores que el tuyo, soldados para los que transcurrían muchos años de deambular, apegados a íntimos recuerdos que lo único que le sumían era en la más absoluta desesperanza. Ellos mismos se ataban como lapas a los seres con los que habían compartido su existencia pero tan solo arrastrados por el peso de su memoria, sin ánimo constructivo alguno y sobre todo, sin albergar ningún deseo por reconocer su nueva

coyuntura, una situación en la que ya no podían aplicar sus antiguos parámetros porque estos resultaban inútiles para el nuevo contexto en el que se desenvolvían. Dicho de otra forma, estaban derrotados antes de enfrentar la batalla. ¿Acaso te hallas tú entre estos últimos?

—No lo sé, señor, espero que no. Nunca he sido alguien al que le gustara dilapidar su tiempo. Si le soy sincero, tengo que agradecer enormemente el haberme encontrado con usted. Merced a ello estoy empezando a tener claros algunos conceptos que la verdad, si hubiera estado solo, no habría sido capaz de entrever. Al menos, ya sé que sigo “vivo” aunque en un estado diferente al de hace horas.

—Me alegro por ti, recluta, pero esto es solo el comienzo. Para aprender, ha sido preciso que admitieras primero tu condición de inexperto.

—Mi general, ahora mismo tan solo me preocupan dos cosas. Por un lado, vengarme de quien fue causante directo de mi tremenda desgracia, de que me halle en este lamentable estado, aquel que se atrevió a “robarme” un porvenir afectivo “secuestrando” el pensamiento de mi querida Elisa.

—Mal asunto son los despechos —confirmó el militar—. Un combatiente no debe dejarse cegar por las pasiones o corre el riesgo de verse arrastrado por sus arrebatos y perder eficacia en sus actuaciones.

—Me da igual. No puedo consentir que Marcelo escape sin represalias por mi parte. Desde aquí y con usted de testigo, le acuso de dos delitos, a cuál de ellos más atroz. Primero, traición, al haber conquistado a mi chica a mis espaldas y con malas artes, tras haberse aprovechado de nuestra sincera amistad en común para arrancármela de mis brazos. ¡Qué extraña brujería utilizaría para embelesarla, el muy miserable! Segundo, le achaco directamente ser el causante de mi muerte. ¡Asesino! De no haber sido por el “rapto” de Elisa, yo no me hubiera visto en la necesidad de vigilarles, no tendría que haberles perseguido y ya ve, excelencia, el accidente tan absurdo por el que acabé aquí, a una edad en la que uno está a punto de empezar a saborear el mundo, de abrirse a él, de disfrutarlo. ¿Le parecen suficientes argumentos como para no reclamar mi derecho a la venganza?

—Bien, chico, admito lo trágico de tu desaparición física pero te daré un consejo: no es bueno dejarse llevar por las emociones de esa forma que a ti te ocurre. Normalmente, este tipo de fenómenos acaba por turbarte tanto la razón como el conocimiento y no te conduce a nada bueno. Es muy posible que exacerbe en ti la radicalidad y créeme que te lo digo por experiencia: los extremos no te convienen.

—Señor, con todos los respetos, tengo claros mis objetivos más inmediatos aunque a usted no le parezcan del todo razonables. Por otra parte, hay otra misión que he de cumplir y que es tan importante como la anterior.

—¿Puede saberse de qué se trata? —preguntó Gonçalves como cediendo la iniciativa del discurso al muchacho.

—Sí, por supuesto. Tengo que contactar por todos los medios con mi madre para hablar con ella y comentarle mi situación. No hacerlo constituiría la peor de las crueldades. Sería un desalmado si no intentara consolarla, si no pretendiera aclararle lo que realmente sucedió con su hijo más pequeño. Le ruego por favor me indique qué método debo seguir para conseguir mis dos objetivos prioritarios.

—Bien, te ayudaré, mas te diré una cosa. Te enseñaré varias formas para “tratar” con ellos pero la responsabilidad de lo que hagas con ese aprendizaje será enteramente tuya.

—¿Responsabilidad? —exclamó el chico con gesto de sorpresa.

—Sí, existen aspectos en nuestra dimensión que no son buenos o malos en sí mismos sino que dependen de la intención con que se apliquen. En otros términos, el saber es esencial pero más importante es aún el objetivo para el que lo usas. Si aprendes a comunicarte con los seres de “carne”, tuyo será el compromiso de lo que hagas con esos intercambios.

—Sí, no me importa, excelencia. Ya soy lo suficientemente mayor como para discernir lo que hago. Asumo las consecuencias de mis actos pero es que necesito cumplir esos cometidos con urgencia.

—De acuerdo, soldado. ¿Por dónde quieres que empecemos? ¿Cuál es la primera empresa para la que quieres entrenamiento?

—Sin lugar a dudas, lo primero a lo que aspiro es a vengarme. Es un sentimiento que albergo en mis "entrañas". No puedo soportar ni un minuto más esta sensación de injusticia que guardo en mis adentros. Quiero escarmentar a Marcelo, que sepa acerca de mi indignación, que sufra cuando menos una mínima parte de lo que me ha tocado padecer a mí. No sé si me he explicado claramente.

—Te he entendido a la perfección, chico. Si estás listo, comenzamos. ¿Lo estás?

—Totalmente —asintió João con plena convicción.

—Bien, entonces tendremos que desplazarnos a un lugar adecuado para comprender determinados detalles. ¡Sígueme!

6. Aprendizaje en el prostíbulo

Los dos hombres se alejaron de aquel lúgubre tanatorio en el que se daba el último adiós a nuestro personaje y se encaminaron calle arriba hacia un escenario totalmente distinto al anterior. El joven andaba junto al militar, intrigado por la identidad del sitio hacia el que se dirigían y ansioso por adquirir la táctica más certera que le permitiera alcanzar sus objetivos de comunicación con aquellos seres que vivían en la dimensión de la “carne”. Pasado un buen rato y en mitad de la noche, alcanzaron un punto exacto en una de las avenidas que atravesaban la metrópoli. En dicho emplazamiento, se apreciaba a simple vista la existencia de un local donde en su entrada, había un rótulo luminoso en forma de corazón de grandes dimensiones, el cual se apagaba y encendía de modo intermitente. Su color verde y rojo en las diferentes letras dejaba ver el nombre del mismo: “*Contact*”. Antes de penetrar allí, Gonçalves advirtió al muchacho:

—Debes seguir al pie de la letra mis instrucciones. Se trata de una zona peligrosa ante la que conviene ser cauteloso. Mantén tus ojos bien abiertos. No hagas nada, no trates de influir ni hablar con las personas que vas a contemplar. Es posible que así no perciban tu presencia ya que seguirán embebidos en sus asuntos, pero si intentas intervenir, tendrás que enfrentarte a ellos y te aseguró que no te resultará agradable. ¿Me has entendido?

—De acuerdo, señor. Usted tiene el mando de la operación. Yo me limitaré a cumplir sus órdenes.

Ambos ingresaron en el establecimiento a paso lento, aunque con algo de inquietud por lo que pudiera suceder, especialmente João, que desconocía la naturaleza de lo que se encontraría. Una cierta neblina se notaba conforme iban avanzando por el pasillo central. Se adentraron en aquel lugar cuyas amplias dimensiones internas no se correspondían con la modesta entrada que le precedía. A pesar de la escasa luz existente, nuestros dos personajes podían visionar bastante bien el interior de aquel antro. Al frente, había una barra semicircular con numerosos taburetes de confortable aspecto donde la clientela podía solicitar directamente cualquier tipo de bebida. Muchos de ellos estaban ocupados por hombres que tomaban diversas clases de consumiciones alcohólicas. A ambos lados del mostrador central existían varias

divisiones, con paredes en forma de curva que permitían a sus usuarios mantener la intimidad, acomodándose estos en mullidos sofás a los que se añadía la presencia de una mesa baja de apoyo. Algunas camareras se encargaban de atender las demandas de los clientes exclusivamente masculinos que allí podían observarse.

Justo detrás de cada sofá, existía un pulsador alojado en la pared que permitía al caballero de turno llamar a una asistente sin necesidad de usar la voz, a fin de servirle una copa o bien para requerir el servicio de alguna de las “chicas” que trabajaban en el local. Al terminar el lugar acotado para el público, existían unos reservados donde los usuarios podían disfrutar, ya en completa confidencialidad, de cualquiera de los servicios que “*Contact*” ponía a disposición de su clientela.

—Pero, don Eusebio —interrumpió João—, no me acabo de sentir cómodo aquí. ¿Me ha traído usted a un burdel para entrenarme en el arte de contactar con los “vivos”?

—Sí, exacto, pero no porque se trate de un prostíbulo sino simplemente porque te hallas en uno de los sitios donde se hace sentir con más fuerza la influencia de los “desencarnados” sobre los encarnados.

—¿“Desencarnados”?

—En efecto, joven, me refiero a aquellos seres que como tú o como yo, ya no pertenecen al mundo material. Pero, shhh... calla y observa.

Un hombre de unos cuarenta años penetró entonces en el local. Al punto, una mujer de mediana edad y vestida elegantemente le dio la bienvenida con un “buenas noches, don Antonio, ¿lo de siempre?” El individuo ni siquiera movió sus labios. Tan solo expresó un “sí” inclinando su cabeza hacia abajo al tiempo que sonreía a aquella dama.

—¡Qué maleducada! —exclamó el chico—. Ni siquiera se ha dignado a saludar al acompañante que ha entrado junto a él.

—A eso quería llegar, chaval. No sé si te has fijado pero su amigo o lo que sea, tiene un aspecto diferente. ¿No ves que se trata de un espíritu como nosotros?

—Anda, pues es verdad. Es que con esta niebla tan extraña... pero sí, es cierto. Camina de una forma muy extraña, como si no acompasara sus piernas con los pasos y además su silueta es menos densa que la del sujeto que accedió en primer lugar.

—Así es, chico. Quedémonos aquí. Estamos bien situados para poder observar, pero sin molestar a las otras “entidades” presentes. No debemos aproximarnos mucho a ellos para no delatarnos.

João permaneció en silencio e intrigado. Su gran curiosidad y su necesidad de aprendizaje podían más que su nerviosismo y desagrado ante la situación que desfilaba ante sus ojos. El nuevo cliente se acomodó sin más en uno de los sofás del salón, en concreto en el número cuatro. Su “acompañante” optó por permanecer de pie pero muy cerca de él. A los pocos segundos, una mujer algo mayor que la que le había recibido acudió a la mesa donde se hallaba don Antonio para preguntarle a quién “prefería” aquella noche, mientras le servía un cóctel que debía ser la bebida habitual del personaje. Aunque el cliente mostró alguna duda, su “acólito” efectuó un movimiento fulgurante e inclinándose sobre su oreja le espetó claramente: “Doménica”. Aquel señor, como si fuera un mero receptor de órdenes, pronunció seguidamente el mismo nombre obedeciendo al instante la sugerencia que le había deslizado en su oído el “desencarnado”.

No transcurrió mucho tiempo hasta que una hermosa joven de color negro y alta estatura se presentó en el lugar y haciendo uso de su mejor sonrisa se dispuso a hacerle compañía a su cliente. Mientras tanto, su “cómplice” de la otra dimensión permanecía inactivo, aunque observante. Conforme la pareja se fue dejando llevar por los efectos euforizantes del alcohol y las sensaciones lujuriosas se incrementaron, el espíritu comenzó a toquetear a la chica de modo compulsivo por todas partes, llegando incluso a frotarse con ella en numerosas ocasiones. Cuando ambos concluyeron la consumición, el “desencarnado” volvió a situarse en actitud muy nerviosa junto a la cabeza de don Antonio para decirle: “ya, ya, llévala al reservado”. Con prontitud, el caballero y la chica se levantaron y se retiraron por una puerta hacia una habitación trasera del local. Al momento, la entidad que había permanecido entre ellos, bien rozándose con la chica o bien recreándose en la conversación que habían mantenido, también se dirigió junto a la pareja hacia el reservado.

—Bien, recluta, salgamos y tomemos "aire", porque aquí el ambiente no puede estar más viciado pero antes de irnos, quiero que te fijes en una cosa. Mira atentamente a los clientes de este local pero procurando diferenciar entre unos y otros.

—Tiene razón, excelencia —afirmó con asombro el joven—. Estaba tan absorto con la pareja de antes que... no me había fijado en la multitud de “desencarnados” que hay pululando por aquí. Se mueven a sus anchas, van de

un lugar a otro, cambian de persona. Pero ¿qué es aquello? ¡Pelea, pelea, pelea...!

En efecto, un señor cincuentón que estaba sentado junto a la barra semicircular se hallaba “escoltado” por dos entidades que discutían entre sí. Mientras que una de ellas se empeñaba en que el hombre pidiera una nueva consumición, la otra se afanaba por convencerle para que cuanto antes, solicitara la atención de una de las chicas del local. La disputa fue en aumento hasta llegar incluso los dos espíritus a gritarse, pero sorprendentemente, uno de los dos abrió su boca desmesuradamente hasta un punto en el que pareció asemejarse a una figura monstruosa llena de dientes afilados que se apiñaban en completo desorden y que amenazaba con morder al otro en su cuello. Este último huyó con premura y con aspecto temeroso hasta retirarse de la barra, ante el estímulo tan peligroso que había supuesto el gesto de la otra criatura con la que había polemizado. Finalmente, el encarnado, ignorante de la “batalla” que junto a sus hombros se había desarrollado, optó por seguir allí pegado junto al taburete y requirió una nueva bebida, escuchando los “consejos” de la entidad victoriosa.

Todavía preso por la fuerte impresión que le había causado la riña, João y el militar salieron de aquel antro, sintiéndose muy aliviados de la pesada carga que les había supuesto el “respirar” la atmósfera tan contaminada de aquel sitio.

—¡Vaya lugar! —exclamó ya más recuperado el muchacho—. Y pensar que en la ciudad habrá cientos de estos.

—¡O miles! —respondió con contundencia el general—. En esta urbe vive mucha gente y estos rincones proliferan donde existe una gran acumulación de almas. No olvides lo que estudiamos: las vibraciones similares atraen a otras afines hasta formar grandes cadenas de eslabones que no son sino las continuas interacciones que se establecen entre encarnados y “desencarnados”. Así funciona. Pero vayamos a lo práctico. Ten en cuenta que te hallas en mitad de un proceso de aprendizaje. Anda, dile a tu supervisor qué conclusiones has sacado de esta agitada visita.

—Bien, excelencia. Lo primero que he pensado es que este tipo de locales no es muy recomendable para mí. He estado muy nervioso todo el tiempo y la verdad, lo que he visto me ha resultado bastante desagradable. En vida física, conocía de la existencia de estos lugares porque algún amigo mayor me había hablado acerca de lo que aquí se hacía. Pero lo que ha constituido una absoluta sorpresa para mí es observar la presencia de tantas y tantas entidades en este local. En mi opinión, creo que había más espíritus que personas de carne y hueso. ¿Cómo puede explicarse esto?

—Es muy sencillo, chaval. Todos esos “desencarnados” que has visto moverse, disfrutar, observar y hasta pelearse, vienen aquí porque se encuentran muy bien en este tipo de ambientes. Tan solo se entregan a sus instintos, se dejan guiar por ellos, o si lo quieres expresar de otro modo, continúan haciendo lo que ya realizaban habitualmente en vida, eso sí, ahora sin vehículo físico. El alcoholizado acude a sus tabernas favoritas, el libidinoso a los prostíbulos y el antisocial a los barrios donde abundan la delincuencia y las drogas. Mas considera, que aunque ahora no posean cuerpo, conservan plenamente toda su capacidad para pensar y experimentar impresiones como la lascivia o la dependencia a las sustancias tóxicas, tal y como has comprobado aquí esta noche.

—Pero, don Eusebio, esto me resulta un poco absurdo. Si ellos ya no pueden beber o mantener relaciones sexuales ¿para qué acuden aquí?

—Simplemente, porque se recrean en las sensaciones. Al observar cómo otros consumen alcohol hasta la saciedad o fornican en los reservados, disfrutan como si fueran ellos mismos los actores principales del espectáculo. El que no tengan órganos físicos no les impide por ejemplo regocijarse con los vapores que emiten los borrachos o con las “emanaciones” propias del sexo.

—Es curioso —respondió el chico—. Parece natural el hecho de que haya seres que no puedan dejar de hacer lo que normalmente realizaban antes.

—Sí, así es. No te extrañe. Es tal y como te sucedió a ti. ¿No lo recuerdas? Durante las horas posteriores a tu accidente, te dedicaste a proseguir con tu rutina habitual. Incluso si haces memoria, te enfadaste con Marcelo, pero este sentimiento ya te venía de antes cuando caíste en la cuenta de que se había “llevado” a Elisa. Pero esto es normal, estabas confuso, no eras consciente de lo que te había ocurrido. Por fortuna para ti, aparecí yo, para aclararte las ideas y explicarte la realidad de tu “nueva” situación.

—Ya —confirmó João en tono irónico—. Me acuerdo de eso tanto como de lo “otro”, es decir, de los insultos y vejaciones con los que usted me recibió, “excelencia”.

—Bueno, soldado, ahora que llevamos más tiempo juntos te diría que hasta te he cogido cariño. Eres un alumno receptivo y atento a mis instrucciones. En fin, te pido disculpas por los primeros momentos. ¡No más rencores, muchacho! Forma parte del “protocolo” de bienvenida. Es la rutina, es mejor recibir a los “novatos” en esta dimensión con cierta rudeza al principio

para que luego, se vayan acomodando a unas circunstancias algo más “suaves”.

—Disculpas aceptadas, mi general. Creo que ya sé por dónde va. Pero hay algo que no entiendo. ¿Acaso otros espíritus no han gozado de la oportunidad de ser recibidos por un personaje como usted?

—Buena pregunta, chico. La verdad es que lo ignoro, ya bastante tengo con mi trabajo contigo. Te diré una cosa, he conocido a otros instructores pero nadie tan bueno como yo. ¿A que sí, verdad? Ja, ja, ja... Pero volvamos al tema principal; a pesar de lo que has podido ver, ellos no pierden jamás su capacidad para decidir. Me explico, hay muchos de esos seres como los que has observado ahí dentro que optan libremente por continuar haciendo lo que hacían, perpetuándose en una especie de espiral interminable que nunca acaba. En cualquier caso, conservan su libre albedrío y nadie les obliga a ello.

—Pero, señor, ¿siguen así por mucho tiempo? ¿No tienen posibilidad alguna de escapar a ese ciclo reiterativo?

—Claro que sí, pero se hallan tan ensimismados en sus antiguos hábitos que persisten una y otra vez en lo mismo. No obstante, existe un aspecto fundamental en esta cuestión. ¿Quieres saber cuál es? El hartazgo. Llega un momento en que hasta la entidad más perturbada, la más afín a ese tipo de rituales, se cansa, se aburre y es tanta la desesperación que acumulan tras infinitas jornadas haciendo una y otra vez lo de siempre que al final acaban por pedir ayuda a otros seres como yo, a los que no nos importa darles la bienvenida y explicarles con todo “cariño” la nueva coyuntura a la que han de adaptarse.

—Sí, ahora comprendo. Pero debe ser muy triste para ellos reincidir en un cuadro tan obsesivo.

—Desde luego, pero es que en ese período su conciencia se halla turbada, no pueden pensar con nitidez y en esas circunstancias, es fácil caer en lo más cómodo, es decir, en la repetición de sus viejos hábitos. Mira, João, esas personas a las que has visto en el local ya se daban a la bebida y al exceso sexual en vida, por lo que es muy común que vuelvan a caer en sus antiguos esquemas mantenidos durante años y años. Como ahora ya no tienen cuerpo material que satisfacer, se dedican a complacer a su espíritu, que como bien sabes es capaz de pensar y emocionarse.

—Sí, ya recuerdo. Y ¿a dónde nos conduce todo esto?

—Pues nos lleva a la lección que pretendía mostrarte. O sea, a enseñarte cómo funcionan muchas relaciones entre los encarnados y los espíritus.

—Claro, ya lo entiendo, señor. Me trajo aquí para decirme qué método debía usar para vengarme de Marcelo.

—Te advierto que declino toda responsabilidad, chaval. Yo te he enseñado una vía para contactar pero luego, lo que tú hagas con ese aprendizaje es cuestión tuya.

—Sí, sí, por supuesto.

—Entonces, reflexiona. Si lo que pretendes es relacionarte con tu antiguo amigo, aquí tienes un medio bastante seguro de comunicación.

—¿Me está queriendo indicar que debo esperar a que Marcelo vaya a un club de alterne para tratar de entrar en contacto con él?

—No has entendido nada, recluta. No creo que él vaya a acudir a ese tipo de locales. ¿Sabes una cosa? Por la experiencia que acumulo, te diré que no he observado en ese chico vibraciones malas o negativas.

—Ah ¿no? Entonces ¿cómo explicar lo sucedido? Su traición con Elisa me llevó a obsesionarme hasta perder mi vida de forma tan absurda. ¿Hay justificación para un proceder tan mezquino?

—Bien, no pretendo entrometerme, soldado, pero tal vez estés errando en la interpretación de los hechos y sacando las cosas de su contexto.

—Pero ¿qué sabe usted de nuestra historia común, de nuestro pasado? ¿Acaso pretende amparar su actuación?

7. Planeando una terrible venganza

—Mira João, no deseo inmiscuirme en asuntos ajenos a mi jurisdicción. En cualquier caso, el único aspecto que me preocupa de tu antiguo compañero es que tiene una cierta propensión a beber más de la cuenta. Lo cierto es que no lo hace de forma regular pero le basta una simple fiesta aunque sea pequeña, cualquier tipo de celebración, para ingerir mucho más alcohol del recomendable.

—Sí, es verdad. Siempre fue un buen amante de las diversiones y a la menor ocasión de juerga, parecía que el vaso le “calentaba” en las manos. Pero, mi general, no entiendo qué tiene que ver esto con el prostíbulo.

—Te lo explicaré, muchacho. Esos espíritus que has visto ahí dentro tan aplicados a sus “labores” de absorber los vapores del alcohol o los efluvios sexuales de sus acompañantes, lo hacen de esa manera exitosa y acceden a esos lugares porque se les abre una puerta.

—¿Una "puerta"?

—Claro, así es, una abertura de paso. ¿Qué dijimos antes? Los “desencarnados”, para comunicarse con los seres de carne, han de tener una entrada despejada que les permita ese contacto.

—Ya entiendo, don Eusebio. Yo mismo lo he comprobado cuando observé a la entidad que se hallaba junto a ese sujeto al que llamaban don Antonio. En verdad, era el espíritu el que le dictaba al hombre lo que tenía que hacer, incluso la chica a la que elegir.

—En efecto y si recuerdas, incluso se produjo una disputa entre “desencarnados” por hacerse con el control, para ver quién de ellos ejercía más influencia sobre uno de los clientes que bebía en la barra.

—Un momento señor, creo que ya he conectado los argumentos dentro de mi pensamiento —discurrió João—. Empiezo a vislumbrar el proceder de mi futura actuación y me parece que ya sé exactamente lo que tengo que hacer. He de aprovechar uno de esos momentos en los que Marcelo se halle bajo los

efectos del alcohol para ponerme en contacto con él y decirle a la cara todo cuanto deseo expresarle. Esa será la ocasión idónea para que me escuche. Quiero que se sienta tan mal como yo, que pase por lo mismo que yo estoy pasando, que experimente mi pesar y mi rabia, que...

—Alto, chico —expresó el militar en tono convincente—. Ya te comenté antes que no era bueno dejarse llevar por pasiones tan extremas. Reflexiona, chaval ¿qué vas a conseguir haciéndole sentir tan angustiado? ¿Hasta dónde pretendes llegar?

—Con sinceridad, señor, me da igual. El placer de la venganza es plato de buen gusto y ahora mismo es lo que más deseo.

—Bien, allá tú —dijo el militar—. No seré yo el que participe de tu malicioso plan. Insisto en lo que te enseñé al principio: en el arte del combate, no es recomendable dejarse arrastrar por las emociones. Hay que conservar la calma y tener la mente fría.

—Eso no me importa ahora, lo prioritario para mí es tener la posibilidad de ejercer el “derecho” al desquite que todos, tarde o temprano, alcanzamos.

—Vale, pero ten en cuenta —observó Gonçalves—, que todo lo que siembres después dará su fruto correspondiente. En este sentido, no hay diferencias entre el plano físico y el espiritual. Se trata de una antigua ley que siempre y en todas las circunstancias funciona. Al menos, debes saberlo. Por eso no voy a acompañarte en “tu” misión. Tan solo recuerda que nunca de semillas amargas brotaron frutos dulces.

—Ya sé hasta dónde quiere llegar usted. Pero el maravilloso deleite por la revancha no me lo quitará nadie. ¿Sabe lo que voy a hacer? Perseguir a Marcelo aunque tenga que ir hasta el fin del mundo, seguirle hasta que llegue el instante en que abuse de la bebida. Tarde o temprano, surgirá la ocasión deseada. Además, sé dónde vive, ya he estado en su casa muchas veces en el pasado. Cuando se emborrache, será el momento propicio para acosarle tal y como lo realizaban esos espíritus presentes en el club de alterne. Le incordiaré hasta la extenuación y ajustaré deudas pendientes con él. Después de eso, su vida ya no será igual, ya que conocerá la verdad de todo este asunto que me ha costado tan “caro”.

—Entiendo —declaró con pesadumbre el general—. Es tu libertad y tu decisión. Solo pretendía aclararte que a cada acción que emprendes le sigue una reacción equivalente. Pero creo que es inútil disuadirte de tus propósitos. Te veo tan ofuscado que no seré yo el que te impida ejecutar lo que quieres.

Espero que al menos extraigas una buena lección de todo eso que ansías realizar.

—Me voy, don Eusebio. Gracias por todo lo que me ha enseñado. Ahora dispongo de una excelente oportunidad para aplicar esos conocimientos que de su mano he aprendido. Volveremos a vernos en el futuro. ¡Ya le contaré! ¡Adiós!

—Sé prudente, chico —exclamó el militar con un triste presentimiento—. ¡Estas cosas se saben cómo empiezan pero no cómo acaban!

Con celeridad, ambos se despidieron amigablemente, aunque el rostro del general no expresaba precisamente muecas de entusiasmo o alegría; ni siquiera se escucharon sus típicas carcajadas como en otras ocasiones cuando conoció a su nuevo “recluta”. João se aprestó en plena madrugada a recorrer el largo trecho que separaba aquel lugar, junto a la sala “*Contact*”, del hogar de Marcelo. Después de todo, tenía todo el tiempo del mundo y no albergaba en su mente otra cosa que prepararse para aquello que más deseaba: buscar el momento apropiado para “reconducir” la relación con su examigo.

Pasadas las horas, llegó al amplio portal que servía de entrada al grupo de viviendas en el que se situaba el domicilio de la familia del otro joven. Un murmullo de emociones encontradas emergió en su pensamiento, al recordar tantas y tantas vivencias experimentadas no hace mucho en aquel escenario tan bien cuidado por la belleza del edificio y las plantas que lo adornaban. Los recuerdos afluían en cascada a su mente, pero en vez de ayudarlo a mitigar sus ansias de venganza, le sirvieron para reafirmarse en sus siniestras intenciones de dañar a su próxima víctima.

Atravesó la gran puerta de forja y cristal de la imponente construcción. Aguardando futuras novedades y entre cavilaciones intrigantes, se sentó sobre el suelo del vestíbulo y situando su cabeza sobre sus rodillas dobladas se quedó como aletargado.

Cuando despertó, no tenía ni la menor idea del tiempo que había transcurrido. ¿Fueron horas, días o quizá semanas? ¿Más aún? Jamás lo supo. Para acabar con la incertidumbre que de pronto le dominó, salió a la calle y mirando al cielo pudo calcular aproximadamente por la posición del sol, qué hora sería.

—Debe estar mediada la tarde pero ¿de qué fecha? —se preguntó João con ánimo preocupado.

Despotricó contra sí mismo por su despiste, lamentando con amargura el hecho de no haber estado más atento a los eventos sucedidos. Al sentirse bastante perplejo y desorientado acerca de lo ocurrido durante su “ausencia”, se inclinó por subir directamente a la vivienda de Marcelo para investigar por su cuenta los últimos movimientos de su antiguo compañero de andanzas.

Alguien debía haber en el piso porque se escuchaban pasos y conversaciones entre sus moradores. Nuestro protagonista se dispuso a entrar por la puerta valiéndose de su “invisibilidad”, pero cuál no sería su sorpresa cuando al aproximarse a la entrada fue como empujado hacia atrás por una fuerza desconocida.

—Pero ¡qué extraño! —balbuceó el chico.

Volvió a intentarlo y de nuevo sintió como si una insólita resistencia le impeliera hacia el pasillo de la planta en la que se encontraba.

—¡Quién sabe! ¿Será posible que la madera resulte impenetrable a mi sustancia espiritual? —se preguntó el muchacho—. Bueno, da igual, ya antes me introduje por paredes, así que penetraré por el tabique.

Ejecutó idéntica acción pero por el muro. Análogo resultado. Era como si se diera de bruces con una superficie de goma y esta misma a través de un rebote, le expeliera hacia fuera. Alejándose y tomando carrera, con la clara intención de adentrarse en la casa al precio que fuera, se armó con todas sus fuerzas para conseguir un redoblado impulso y lanzarse a toda velocidad contra la estructura. Esta vez, fue repelido aún con mayor energía. Tumbado en el suelo y con cara de decepción, se quedó entre pensativo y meditabundo, pues desconocía por completo cuál era la causa exacta por la que no podía introducirse en aquel lugar. Incluso llegó a molestarse desde la distancia con su “instructor militar”, el general Gonçalves, ya que nunca le había hablado acerca de que existieran zonas que seres como él no podían cruzar. Por fin, al no hallar respuesta a tal dilema, se dirigió hacia abajo a la espera de acontecimientos.

Pasaron unas horas y cuando más aburrido se encontraba, escuchó el sonido de unas llaves abriendo el enorme portón del hall. Entonces, João dio gracias a no se sabe quién mirando hacia arriba. ¡Era el mismísimo Marcelo en persona! Aunque su primera motivación fuera la de empujarle, por la negatividad que de pronto se apoderó de nuestro personaje, lo cierto es que desistió al recordar lo que le había acaecido en el tanatorio. Además, ahora contaba con la ventaja de poder actuar de modo inteligente, al conocer cómo podía penetrar en su mente. Debía ser más astuto y andar con parsimonia, esperar el momento justo para pasar al ataque. Al observar a Marcelo y evaluar

el volumen de su mochila, cayó en la cuenta de que debía ser viernes, pues ese era el día en que la mayoría de los estudiantes llegaba a casa con una gran cantidad de libros y apuntes a sus espaldas para empollar durante el fin de semana.

—¡Dios mío! —se dijo João—. Con lo que me hubiera gustado seguir asistiendo a clase en el instituto y mirar más de cerca a Elisa. Sin embargo, ahora que lo pienso, he de admitir que este último asunto afectivo me estaba creando más quebraderos de cabeza que el propio estudio.

Al acordarse de que no tenía acceso a la casa de su antiguo amigo, se decidió por esperar los próximos movimientos de este en el vestíbulo del edificio. En esta ocasión, optó por salir de allí y dar un pequeño paseo por aquellas calles que le evocaban tantas imágenes de su existencia física. Sin embargo, el intenso trasiego de vehículos de un lado a otro unido al ruido de los motores y las bocinas, le trajo muy malos recuerdos al joven al vincularlos rápidamente con su mortal accidente. Por este motivo y tras unos minutos caminando, escogió regresar al interior de la construcción.

Al día siguiente, había urdido el plan perfecto para cuando estuviera a solas con su viejo amigo. Tantas horas de soledad allí esperando, le habían permitido maquinarse qué tipo de frases o mensajes emplearía con aquel ser al que João atribuía todas sus desgracias. Un poco antes del crepúsculo que anunciaba el anochecer sabatino, Marcelo cerró la puerta de su domicilio. Bien arreglado e impecablemente vestido se encaminó hacia la salida del edificio. Tras recorrer una distancia de unos quinientos metros, tomó un autobús que le llevara a su punto de destino. Nuestro personaje iba detrás, sin perderle de vista, algo a lo que curiosamente ya estaba acostumbrado en sus últimas jornadas por el periplo terrenal, cuando le seguía para comprobar su relación con Elisa. Pero en esta ocasión sería diferente, pues pensaba que el resultado final de tal aventura compensaría tan dilatada espera y que su venganza resultaría perfecta.

Al cabo del rato, el vehículo arribó a una gran plaza circular, lugar donde el muchacho se apeó seguido de cerca por nuestro protagonista. El primero se quedó esperando junto a un portón doble que daba acceso a un amplio local donde se escuchaba música de fondo. Al poco, numerosos jóvenes comenzaron a congregarse en aquella entrada. Nuestro protagonista permanecía allí de pie, parapetado junto a un árbol de considerables dimensiones, pues aunque sabía que no podían verle, prefería resguardarse a la espera de acontecimientos. Conforme pasaban los minutos, más y más chicos de ambos sexos y similares edades se reunían en aquel sitio tan concreto de la plaza, a fin de celebrar una fiesta estudiantil que ya estaba programada desde unas semanas antes.

No pasó mucho tiempo cuando un taxi se detuvo en las inmediaciones, descendiendo del mismo una hermosa joven con un vestido precioso y que no era otra que Elisa. Cuando João, desde la distancia, pudo contemplar aquella figura femenina a la que seguía profundamente vinculado por las emociones y los recuerdos, se le hizo un pesado nudo en la garganta y espesas lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. ¡Sentía tanto apego hacia ese ser que a su vista se mostraba tan atractivo y sugerente! Una profunda impresión asaltó su mente, golpeada a la par por la impotencia de no pertenecer ya al mundo de la carne y por la imposibilidad de hacer algo para remediar tan difícil tesitura. Cuando se recuperó del impacto sufrido, se dio cuenta de cómo ella miraba a Marcelo, el cual la esperaba junto a la entrada del local, acercándose ambos progresivamente hasta estrecharse en un cálido abrazo y regalarse un dulce beso de bienvenida.

El joven permaneció con la mirada clavada en la escena, agobiado por su incapacidad para actuar y porque no estaba en su mano desatar lo que se había unido en el plano físico. Por más que lo pensara y se concentrara en ello, no lograba atraer la atención de Elisa ni tampoco podía separar los dos cuerpos del apretón en el que la pareja se extasiaba con el ardor propio de tan juvenil enamoramiento. Su amargura le desgarraba la piel como una daga bien afilada y le partía el corazón ante una secuencia que no podía dejar de mirar. Su rabia por no querer aceptar lo que se desarrollaba ante sus pupilas era tan evidente como el cariño que sus antiguos amigos se profesaban. El castigo al que se sometía le resultaba doblemente cruel, pues por un lado, percibía a la chica como profundamente enamorada de su examigo, mientras que por otra parte, se desesperaba porque era consciente que desde su situación actual poco o nada podía hacer para desbaratar aquel nexo tan apasionado que se había mostrado ante su rostro.

8. Los afilados peligros de la noche

Se sintió tan paralizado, tan descorazonado, que bajó sus ojos lentamente hasta mirar al suelo, sumiéndose en el peor de los desalientos al tiempo que se lanzaba a sí mismo mensajes cargados de tristeza. La expresión “qué desgraciado soy” se clavó entre los pliegues de su mente, martilleándole como el repicar de una campana. Cuando levantó su vista, ya no observó a los dos jóvenes, por lo que dedujo que ya habían empezado a disfrutar de la fiesta que en aquel concurrido local se realizaba. Sin ánimo alguno y muy afectado por lo presenciado, se decidió a entrar en la celebración para seguir expuesto a aquella escena que lo único que hacía era incrementar su angustia y su pesar. Sin embargo, desistió al momento, pues nada más traspasar el umbral de la entrada contempló numerosas siluetas a las que rápidamente reconoció como “inmateriales” y que de forma alocada bailaban, saltaban y “atravesaban” a los participantes de aquella intensa juerga. En lo más profundo de su conciencia latía la aflicción, simplemente porque no se identificaba ni quería parecerse a aquellos seres espirituales de su misma naturaleza que por allí deambulaban.

Estaba claro que el recuerdo fresco de las vivencias experimentadas no hacía mucho en el prostíbulo, le disuadieron de seguir con sus intenciones de mantenerse en el interior de aquel recinto, pues le traía a la memoria sensaciones bastante negativas de su visita a “*Contact*” junto al general Gonçalves. Aunque João se dio cuenta de que ambos lugares no tenían nada que ver el uno con el otro, al final optó por esperar fuera alejándose de aquel bullicio de diversión con el que no se encontraba en sintonía, dada la pesadumbre que le embargaba.

Merced a un gran reloj que existía en una de las torres de la gran plaza, nuestro protagonista percibió cómo a eso de las cinco de la madrugada, la música bajó de volumen y algunos jóvenes empezaron a salir de la fiesta, despidiéndose y tomando cada uno de ellos caminos diferentes para regresar a sus respectivos domicilios. Cuando observó cierta acumulación de personas junto a la entrada, se aproximó a ella con el objeto de no perder de vista a su excompañero y asegurarse así de cuándo Marcelo abandonara el local.

Y así sucedió; al poco, la pareja de enamorados salió de allí. Muchas entidades del otro plano se arremolinaban alrededor de aquel variopinto grupo

de personas que daban sus últimas carcajadas en tono festivo y que afectados por la ingesta de alcohol y la desinhibición, se abrazaban con chispa antes de decirse adiós. En esta ocasión, las caricias que se propinaron Marcelo y Elisa antes de marcharse no tuvieron ningún efecto sobre João, pues este tan solo se hallaba obsesionado por el poco tiempo que restaba para poner en práctica su siniestro plan con respecto a su antiguo amigo.

Elisa tomó un taxi y desapareció de aquel escenario. Marcelo, entre los vapores propios de ese tipo de jolgorios, permaneció unos segundos como confuso, pues no sabía exactamente qué hacer. A esa hora de la noche, no había autobuses que efectuaran el recorrido hasta su casa por lo que se inclinó por dirigirse a una parada de taxis cercana para hacer uso de sus servicios. Curiosamente, no se desplazaba en soledad sino que una sombra más o menos densa le acompañaba revoloteando en torno al muchacho, al tiempo que de vez en cuando, aspiraba el aliento del chico y se recreaba en la sensación. Se trataba de la imagen de un mendigo de baja estatura con ojos saltones que asustaban y entrado en edad, con ropas harapientas pero semidesnudo y con un mísero aspecto que denotaba su abandono total. Asombrado por aquel decorado, João concluyó en que no podía distinguir quién de los dos seres que caminaban juntos se hallaba más aturdido por las emanaciones de la bebida.

De pronto, el recuerdo de Elisa con su proverbial belleza y su tierna sonrisa afloró a la mente de nuestro amigo, lo que provocó que la furia se apoderara de él y que recobrarla la conciencia del plan que había urdido para esa jornada tan decisiva. Armándose de valor y con todo su ímpetu, dio un brinco tremendo de varios metros de longitud, consiguiendo con ello caer encima de la figura de aquel indigente. Con los dos espíritus tirados en el suelo por el efecto del brutal revolcón, el chico se incorporó de inmediato y mirando agresivamente al viejo le espetó en voz alta y gritando:

—¡Maldita sea! ¡Este hombre me pertenece, es mío! ¡Vete de aquí si no quieres que te destroce!

El pordiosero, con los ojos desorbitados tanto por la sorpresa del impacto como por las belicosas palabras del muchacho, resultó preso de un súbito pánico, por lo que se alejó de la zona a trompicones, no sin mirar de vez en cuando por la espalda a su agresor. João, “envalentonado” y con una mayor seguridad tras el éxito de la acción llevada a cabo, tomó renovadas fuerzas y se dispuso a marchar justo al lado de Marcelo para ver si lo que pretendía hacer tenía algún efecto. De este modo, se aproximó a la oreja de su excompañero y le dijo:

—“Has bebido mucho, no puedes presentarte en tu hogar en este estado. ¿Y si mamá se levanta en ese instante y se da cuenta de cómo estás? Sería una situación embarazosa. Tendrías que dar explicaciones por tu lamentable estado. Tranquilo, te diré lo que tienes que hacer. Ve a casa paseando, no te importe la hora. Es mejor tardar algo más y despejarte con el frescor de la noche que entrar en casa dando tumbos. Así también se te irá pasando la borrachera y cuando llegues, te hallarás más lúcido”.

Estas frases le fueron repetidas al joven en su oído varias veces y de forma machacona hasta que calaron su juicio. Al comprobar que Marcelo daba media vuelta tocándose la cabeza con sus manos y observar que cambiaba de trayecto en sentido opuesto a la parada de taxis, se dio cuenta de cómo la acción que había emprendido había concluido en éxito. En pocos minutos, había expulsado a aquel espíritu incómodo del mendigo y logrado que su viejo camarada alterara diametralmente su intención original.

Aunque la distancia a pie entre la plaza circular y el domicilio de Marcelo fuera de más o menos una hora, este se dispuso en plena madrugada a emprender la caminata convencido del sentido común de las palabras que había escuchado en sus adentros. Sin embargo, a los diez minutos de empezar el recorrido y pese a que lo conocía de memoria, notó que se hallaba muy cansado, por lo que deteniéndose en mitad de la calle permaneció de pie y pensativo. Ese fue el momento en el que João se decidió con prontitud a lanzar su segundo ataque, al “silbarle” al muchacho lo siguiente:

—“Es cierto, qué fatigado estás, es que ha sido mucha la juerga. Pero ¿y lo bien que te lo has pasado? Lo de ir andando no es mala idea pero es conveniente abreviar la ruta. Ya sabes que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Por tanto, ya conoces lo que tienes que hacer. ¡Vamos, Marcelo, te ahorrarás tiempo y sobre todo, metros!”.

Nuestro personaje era perfectamente consciente de las consecuencias que podía acarrear el mensaje que había deslizado en la mente de su “rival”. Se deleitaba con aquella diversión, especie de juego malicioso similar al que efectúa el gato con el ratón. Era como si pudiera conocer con anticipación las reacciones de su oponente, adelantándose a cualquiera de sus actos. Al seguir aún muy enturbiado por los efectos del alcohol, el chico se convertía en presa fácil para él, por lo que podía manejar con facilidad y a su antojo el curso de los pensamientos del novio de Elisa. Asimismo y acorde a su plan maquiavélico, sabía que recorrer la zona de atajo que le había propuesto constituía un peligro seguro, pues se trataba de una barriada del centro de la urbe donde abundaban tanto la delincuencia como la gente poco recomendable.

Marcelo, moviéndose como un autómatas y dirigido por la voz interna, cumplió escrupulosamente los consejos “amistosos” de su improvisado guía. Cuando ya se había adentrado lo suficiente en aquella insegura zona, un vehículo ocupado por tres chavales de unos veinte años se detuvo justo a la altura del muchacho cuyo único objetivo en mente era llegar cuanto antes a su hogar. Descendiendo del coche y con cara de pocos amigos, dos de ellos le abordaron inmediatamente mientras que el tercero se quedó en el interior en la posición de conductor. Las intenciones de los asaltantes no podían ser muy positivas, al esgrimir uno de ellos una navaja y el otro un revólver.

—¡La cartera, rápido! —indicó con gran nerviosismo el primero.

—¡Venga, date prisa! —continuó el otro—. Hay que ser imbécil para pasear por aquí y a estas horas. No te conozco la cara ¿se ha perdido el “nene” o es que el pobre no sabe volver a casa? ¡Vamos!

Marcelo, entre asustado y confuso obedeció a los atracadores, pero estos, al comprobar el escaso dinero que contenía la billetera se pusieron más agresivos. Fue así como el que portaba el arma de fuego, apuntando directamente al pecho de su víctima le dijo:

—¿No llevas nada de dinero encima, desgraciado? ¿Para esto hemos bajado del auto? Ah, un momento, veo algo mucho más interesante. ¡Caramba con el nene! ¡Si llevas una cazadora de piel de las buenas, de las caras...! ¿Sabes qué? Me la quedo. Es un buen trato después de todo. Dispararte me hubiera salido gratis. Tu vida por la cazadora ¿vale? ¿No me negarás que se trata de un acuerdo justo? ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Quítatela ya y entrégamela!

El joven, ante la amenaza tan seria, se despojó con premura de la valiosa prenda al tiempo que el otro ladrón la examinaba con sus dedos.

—¡Eh, amigo, parece auténtica, pero qué bien me va a quedar! Tus viejos no sufren penurias ¿verdad? Bien, esto servirá de pago al peaje por atreverte a circular por nuestra “zona”. ¿No creerías que ibas a pasear por aquí tan tranquilo y además sin coste alguno?

João observaba la violenta escena asombrado pero también atemorizado. En esos instantes, escuchó una voz extraña que provenía del coche y que no le resultaba normal. Era como un sonido seco, metálico y sin eco. Cuando en medio de aquel tenebroso decorado nocturno se fijó bien en el interior del vehículo, se dio cuenta de la presencia de un ser negruzco al que apreció en su cabeza la señal sangrienta de haber recibido un tiro con orificio de entrada pero no de salida. Permanecía sentado detrás solo, observando con

interés lo que sucedía fuera a través de la ventanilla. Una extraña línea gris salía de su testa y se conectaba directamente en forma de hilos brillantes con la del chico que llevaba la navaja en su mano. Fue entonces cuando escuchó lo que parecía un mensaje en forma de bramido procedente de aquel ente y cuyo destinatario era el muchacho que blandía el cuchillo.

—¡Pínchale! —le espetó—. ¡Que escarmiente el idiota! Todos aquellos que osen cruzar por nuestro barrio deben llevarse un bonito recuerdo. ¡Ja, ja, ja...! ¡Venga, Souza, pínchale ya!

Nuestro protagonista quedó repugnantemente impresionado cuando comprobó cómo cada vez que aquella negra silueta exclamaba la expresión “¡Pínchale!”, unos vómitos sanguinolentos salían de su boca y se esparcían lentamente por su pecho. Así, en cuanto la despiadada orden se transmitió por el canal abierto entre la siniestra figura y su “subordinado”, el joven de la navaja clavó su objeto punzante con saña y de modo inesperado en la pierna derecha de Marcelo, justo por encima de la rodilla, el cual nada pudo hacer por evitar la desgarradora puñalada. Con prontitud, los dos delincuentes se introdujeron con la prenda robada en el vehículo que les esperaba y dando el conductor un brutal acelerón que hizo rechinar a la mismísima noche, desaparecieron por ensalmo a través de la sinuosa calle.

La escena era dantesca. Marcelo, chillando ahogadamente de dolor por la poca voz que le quedaba, cayó al suelo herido por el golpe asestado con el arma blanca, mientras que llevaba su mano al lugar del tajo. La sangre brotaba con profusión procedente de la hendidura y por el corte que también había rasgado su pantalón. Sus fuerzas resultaban tan exiguas que no tenía energías ni siquiera para solicitar auxilio. Allí se quedó, tumbado en el sucio pavimento, hasta que exhausto, desangrándose por la cuchillada que le quemaba y abandonado a su suerte, perdió la conciencia mientras que sus ojos se cerraban despidiéndose de un firmamento estrellado ajeno a lo que sucedía sobre el suelo de la gran metrópoli.

João quedó paralizado por el terror. No sabía qué hacer, si permanecer allí o si salir huyendo de aquel tétrico lugar. Parecía claro que la contemplación de aquel escenario había superado sus previsiones, incluso las más favorables a sus intereses. Su impotencia y su falta de argumentos para realizar algo provocaron en él un efecto inaudito: comenzó a llorar con gran desconsuelo, para a continuación, acercarse a su antiguo compañero de batallas y acariciarle la cara.

—Yo no quería esto, yo no quería —mascullaba repetidamente entre sollozos.

Con absoluta claridad, percibió en sus adentros cómo aquel inesperado suceso, provocado indirectamente por su intervención, había cambiado por completo su visión de la coyuntura.

De pronto, ya no le deseaba ningún mal al novio de Elisa sino que tan solo pretendía hacer cualquier cosa, la que fuera, para aliviar la comprometida situación de su compañero de infancia. Sus sentimientos giraron con brusquedad hacia la culpabilidad, al mirarse como responsable de lo que le había ocurrido al otro chico, pues él era el que le había incitado a través de las técnicas que había aprendido con el general, a atravesar aquella zona tan peligrosa de la ciudad. ¡Cómo reconocía ahora el haberse aprovechado de la “debilidad” de conciencia de Marcelo, mermada por los deprimentes efectos del alcohol! Agachado sobre el cuerpo tendido en el asfalto de quien ahora ya no consideraba como enemigo, pedía ayuda al espacio infinito, con la última esperanza de que alguien auxiliara a su camarada a superar la urgencia vital en la que se hallaba envuelto.

9. Benditos médicos del alma

Fue entonces cuando el sonido chirriante correspondiente al frenazo de las ruedas de un auto, se dejó oír con brusquedad en el final de la madrugada de una noche tan inquietante como accidentada. Del coche subido en la acera, descendió un hombre de mediana edad y estatura que vestía traje. Este se acercó con rapidez a la figura tendida de Marcelo y tras examinar la zona afectada del chico y medir su pulso, extrajo un teléfono de su chaqueta y marcó un número.

—Buenas noches —saludó el desconocido—. Soy el doctor Santos: tengo una urgencia en la calle Central. En cuanto puedan, envíen una ambulancia a la altura del número 220. Permanezco a la espera en el lugar de los hechos. Gracias.

Aquel individuo que se identificó como médico se dirigió a su vehículo y sacó de su interior un maletín con utensilios sanitarios para atender en primera instancia al joven que permanecía inconsciente sobre el pavimento. En breve, dispuso un vendaje compresivo que detuvo la hemorragia que afectaba a Marcelo.

—¡Eh, chico! ¿Qué fue lo que te ocurrió? —preguntó el sujeto.

João que estaba a escasa distancia del suceso, entendió que el doctor intentaba reanimar a su compañero, al pretender entablar conversación con el mismo, de modo que recuperara la conciencia.

—Pero muchacho, ¿no me oíste? Te lo pregunto a ti. ¿Qué te sucedió en la cabeza? Menudo golpetazo, debió ser terrible. ¿No es así?

Cuando nuestro protagonista comprobó que era a él a quien le hablaba el hombre, se quedó como paralizado tanto por el temor como por la sorpresa total que aquel fenómeno extraño le supuso. No podía entender cómo un ser de “carne” podía haberle reconocido allí en la oscuridad de la calle. Sin embargo, la larga sonrisa que le dirigió el médico le ayudó a tranquilizarse para lograr balbucear entre titubeos:

—¿Está usted hablando conmigo, señor?

—Pues claro, chaval. No hay nadie más aquí que nos pueda escuchar ahora. No creerás que he perdido la razón ¿verdad? Simplemente te hablo porque puedo verte y escucharte.

—Pero, pero... ¿cómo es esto? El general Gonçalves no me comentó nada al respecto. ¿Será posible? —se dijo a sí mismo en voz baja el joven.

—¿El general? ¿Qué general? ¿A quién te refieres? Por cierto ¿cómo es tu nombre?

—Me llamo João, señor. Y... bueno, me acordaba de un amigo al que conocí no hace mucho y que está muerto, quiero decir tan muerto como yo. ¡Uf, qué lío, lo siento, estoy muy nervioso!

—Tranquilo, João. No te sorprendas. Me presentaré: soy el doctor Humberto Santos, a tu servicio. Trabajo en el departamento de urgencias del Hospital Central que está por esta zona. Estoy acostumbrado a tratar con seres como tú. Por supuesto que ya sé que no estás muerto. Tan solo te desprendiste de tu envoltura carnal. Entiendo tu situación. Te lo repito: puedes sincerarte conmigo y estar tranquilo. Para mí, tu dimensión es tan familiar como la mía. Nunca he vivido en uno solo de los planos sino en ambos, el físico y el espiritual. Eso me permite actuar en los dos frentes, como por ejemplo sobre este chico herido pero también sobre gente como tú. Pero, respóndeme ¿qué te pasó en la cabeza?

—Ah, sí, doctor, disculpe por no haberme explicado. Al parecer, fui atropellado y el impacto debió ser tan terrible que al caer al suelo me golpeé y me hice esta herida. Creo que eso fue lo que causó mi muerte.

—Pues sí, seguro. A ver, es muy profunda y está todavía abierta. Caramba, vaya choque que te diste con el asfalto —comentó el galeno mientras miraba con atención la testa de nuestro personaje.

—La verdad es que yo no me enteré y continué haciendo lo que habitualmente realizaba. No sentí dolor ni me di cuenta de que me moría.

—Ya, es muy frecuente —aseveró Humberto—. En trances tan sorprendidos y violentos es muy típico que el sujeto no asuma su nueva situación hasta pasado un tiempo, o mucho, según las circunstancias. En tu caso ¿cómo tomaste conciencia de lo ocurrido?

—Pues verás, señor, un militar se me apareció y me explicó mi “nueva” situación. Gracias a él, supe que había fallecido, quiero decir que seguía vivo, pero de una forma diferente.

—Ah, sí. Ese personaje que mencionaste antes. ¿No es así?

—Así es, señor. El general Gonçalves.

—Ya, entiendo. Una cosa chico, va a llegar la ambulancia de un momento a otro para trasladar a este joven al hospital. ¿Le conoces?

—Sí, por supuesto, se llama Marcelo. Unos desalmados le robaron y al escapar, uno de ellos le clavó su navaja en la pierna. Pero dígame, por favor, ¿se morirá? ¿Sobrevivirá? No podría soportar que terminara como yo.

—Ah, tranquilo, saldrá de esta. Lo que ocurre es que ha perdido bastante sangre. Uf, huele mucho a alcohol. Debía estar bastante borracho. Oye, hablas de él con gran preocupación ¿sientes mucho afecto por él? ¿Era tu amigo en vida?

—Ah, don Humberto, sería una larga historia de contar pero sí, era mi amigo y compañero de infancia y lo sigue siendo, por supuesto. El que yo esté en esta situación no puede destruir los lazos de amistad ¿no es cierto, doctor?

—Desde luego, João. Hay aspectos que ni siquiera la muerte física puede romper. Cálmate, tu amigo se recuperará; ahora tan solo necesita cerrar la herida, reposar y olvidar esta experiencia tan traumática. Podría haber sido peor si el tajo le hubiera alcanzado la arteria femoral. Con esta gente tan violenta nunca se sabe. ¡Dios mío, qué ciudad esta!

—¡Mire, señor! Allí viene la ambulancia.

Humberto habló unos segundos con la doctora Silvia, la cual mandaba el equipo sanitario que había acudido a evacuar a Marcelo. Le dio las novedades del caso y le indicó que ya se preocuparía por el estado del chico cuando retornara a su puesto de trabajo. Una vez introducido el herido en el vehículo, este giró en sentido contrario para dirigirse al hospital. Humberto y João quedaron a solas.

—Bueno, chaval, tengo que irme a descansar. Estaba de camino a casa. Mi turno de guardia acaba de terminar y lo mejor ahora es dormir. Ya ves que las urgencias no solo se producen en los hospitales; bien sea en la calle o en cualquier otro lugar, puedes toparte con este tipo de coyunturas difíciles que exigen una rápida respuesta.

—Pero señor —expuso el joven en tono de alarma—, usted no me puede abandonar. Todo lo que ha sucedido hoy me ha llenado de confusión, me hallo desorientado, no sé dónde ir ni qué hacer. Necesito tantas explicaciones, tantos buenos consejos. Le suplico que me ayude, por favor.

—Chico, tengo por costumbre no recibir a espíritus en mi casa. Mi domicilio debe permanecer al margen de ciertas interferencias. Es por respeto a mi mujer y mis hijos. ¿Lo comprendes? Es tan solo una medida de prevención. De todas formas y atendiendo a tus necesidades, aprovecharemos el viaje de regreso hasta mi hogar para charlar. Eso sí, en cuanto lleguemos allí no podrás entrar ni aunque lo intentes. La casa está “protegida”.

—Lo sé, don Humberto. Una vez quise penetrar en un lugar como el suyo y no pude. ¿Fue por la misma razón?

—Sí, claro, probablemente. Existen barreras que ciertos espíritus no pueden traspasar. Es de lógica, su presencia perturbaría a los moradores que habitan dentro.

—Entiendo señor. Entonces ¿puedo subir en el auto con usted?

—Tienes mi permiso. Recuerda, tan solo te atenderé durante el desplazamiento.

—De acuerdo, doctor, no sabe lo que se lo agradezco.

Una vez acomodados los dos seres en el interior del vehículo, este arrancó y se puso en marcha a ritmo tranquilo. El joven no pudo resistir la tentación de realizarle una pregunta al médico.

—Perdóneme si le resulto un entrometido pero desde el momento en que le conocí, he deseado plantearle una cuestión.

—Adelante, muchacho.

—¿Cómo es posible que usted pueda comunicarse conmigo, verme o escucharme? Todas las personas con las que me he cruzado hasta ahora del plano físico me ignoraban por ese motivo. No sabe lo que he sufrido por mi forzado aislamiento.

—Te comprendo perfectamente. La incomunicación y por tanto, la soledad, son causas que generan tristeza, da igual la dimensión en la que te muevas. Contestando al asunto que planteas, desde pequeño tengo esa

cualidad. Era un niño con apenas uso de razón cuando ya podía contemplar a gente como tú y charlar con ellos.

—Pero eso debe ser maravilloso —interrumpió João—, poder contactar con las dos “caras” de la realidad. Supongo que el poseer esa virtud debe aportarle una gran ventaja sobre los demás.

—Perdóname João, pero creo que desconoces en buena parte la esencia de lo que estás comentando. ¿Ventaja? ¿Virtud? Mira chico, esto, como sucede con otros aspectos de la vida no es bueno o malo en sí mismo sino que depende del uso que se haga. Ser un “medianero” como me ocurre a mí, implica una gran carga de responsabilidad. Te diré algo aunque te asombres. Conozco a compañeros que han desarrollado esa misma facultad y sin embargo, la maldicen.

—¿Y cómo es eso?

—Muy sencillo: por lo que te acabo de decir. No todos están preparados en la existencia para asumir determinado tipo de compromisos. Ni te imaginas la ingente labor que supone atender a tantos y tantos espíritus que tan pronto como comprenden que puedes verlos o entenderlos, te inundan con peticiones para que les ayudes, la mayoría de ellas irracionales o que no se pueden cumplir. Ignoran tu trabajo, tu familia, tu tiempo libre, incluso tu intimidad. Después de todo, hay que ponerse en sus puntos de vista pero te lo reitero, la gran cantidad de amparo que precisan puede que supere tu paciencia para tratarlos. No es fácil, te lo aseguro, requiere perfeccionar una gran disciplina interior para dar a cada cuestión su tiempo y su lugar. De no ser así, uno estaría en grave riesgo de enloquecer. No hay que ir muy lejos, amigo, tu caso es un perfecto ejemplo de ello.

—Sí, sí, es cierto, me hago cargo. Pero don Humberto, si usted no hubiera hablado conmigo yo ni siquiera me hubiera dado cuenta de ello.

—Ah, ya. No te preocupes. Estoy habituado a estos escenarios, forman parte de mi vida cotidiana desde hace muchos años. Es parte de mi misión. He aprendido a consolidar mi temple y a distribuir convenientemente mi tiempo de “trabajo”.

—¿Misión, señor?

—Claro, todos tenemos un mismo objetivo en la vida: progresar y progresar, aunque bien es cierto que existen múltiples caminos que te conducen a esa evolución.

—¿Progresar? Caramba, entonces ese trayecto se interrumpió bruscamente en mi existencia, porque morir tan joven te quita las ganas de vivir y te sume en la mayor de las depresiones.

—Ah ¿hablas de tu situación? No te confundas muchacho ¿acaso no sigues viviendo, es decir, pensando y sintiendo como antes?

—Si esto es vivir, doctor, entonces prefiero no existir ni sentir.

—Venga, João, no seas tan pesimista y catastrófico. No puedes analizar estas cuestiones desde el estómago de tus emociones. Queramos o no, la existencia prosigue en todas sus líneas y tú no puedes impedirla o cortarla porque está sometida a las leyes divinas.

—Pues, con todos los respetos, señor, esas disposiciones a mí me han fastidiado. Por un lado, me han impedido seguir estudiando y disfrutar de los mejores años de mi juventud. Por otro, me han separado de mis dos mayores tesoros: Zilda, mi madre y mi querida Elisa, por la que suspiraba.

—Sí, debe ser duro para ti. Entiendo lo de tu mamá pero no acabo de descifrar bien tu obsesión por esa chica. Has de tener en cuenta un aspecto: para que una relación funcione, debe haber mutuo amor entre las partes. ¿No crees?

—Sí, claro, por supuesto... pero... un momento ¿cómo sabe usted algo sobre Elisa o nuestra relación? ¿Acaso la conoce, la ha visto, ha podido hablar con ella?

—Ah, no. No la conozco de nada. Pero se me olvidaba. Te presento al hermano José, honorable doctor en su último paso por este planeta, eminencia médica y mi tutor. Me acompaña desde mi más tierna infancia. Es el mejor amigo que tengo y mantengo con él unos lazos afectivos difíciles de explicar. Por resumirlo: sin él, sin su presencia y sus enseñanzas, mi vida no tendría sentido.

—Oiga, un momento, no pretendo desmentir su afirmación pero es que no veo a nadie por ninguna parte —exclamó el joven entre sorprendido y asustado.

—Ah, sí, qué descuido por mi parte. Viaja en el asiento de atrás. Normalmente se sitúa a mi derecha pero esta vez ha tenido la gentileza de cederte el sitio para que hablaras conmigo con mayor comodidad. Discúlpame, pero no puedes verle porque no te hallas preparado aún, tus órganos no están todavía dispuestos para distinguir a un ser tan luminoso...

—¡Ay, Dios mío! Algo me ha rozado la cabeza —gritó João con inquietud.

—¡Venga chico, no te alarmes! —proclamó Humberto—, tan solo te ha acariciado para darte la bienvenida amistosamente.

—Uf, qué alivio, señor. Ya entiendo, este ser es el que le ha dicho antes algo sobre Elisa.

—Muy bien, chaval, compruebo que te das cuenta de las cosas con prontitud.

—Y el hermano José ¿puede saber tanto sobre mí?

—Ja, ja, ja... has estado gracioso, amigo. La verdad es que resultas transparente para él porque tus pensamientos se proyectan como si fueran imágenes en una pantalla y él puede verlas. Es solo eso.

—Caramba, pero eso no está muy bien que digamos... es como si no pudiera guardar mis secretos a salvo, como permanecer desnudo...

—Sí, desde luego, pero no debes intranquilizarte. La altura moral de José es tan evidente que nunca haría un uso perverso de toda la información a la que puede acceder. Siempre la emplea con vistas al bien, para auxiliar, nunca para entorpecer o sacar beneficio propio.

—¿Tan bueno es ese hombre?

—Sin duda; para que lo entiendas, cumple las funciones de maestro espiritual. No creas que todos los espíritus pueden ejercer tan alta labor en tu dimensión. Hacen falta muchos méritos, un gran caudal de conocimientos y un nivel ético muy por encima de la media correspondiente a este mundo en el que nos desenvolvemos.

—Pero ¿cómo puede él desempeñar su labor en lo físico si pertenece a mi mismo plano?

—Claro que sí. Todos podemos trabajar nos hallemos donde nos hallemos. Él por supuesto lo hace en su dimensión y me utiliza a mí como instrumento para operar en el mundo material.

—Creo que empiezo a situarme en su perspectiva, don Humberto. Hace unos segundos no lograba distinguir su enorme responsabilidad en el día a día.

Usted debe atender a su familia, a sus asuntos en el hospital, a sus pacientes y por si fuera poco, a todos los espíritus con los que contacta.

—Pues sí, João. Reconozco que no es labor fácil. Pero hace ya bastante tiempo que definí mi propósito en esta existencia. No te niego que a veces resulta agotador pero tengo una perfecta conciencia de que mi doctorado no se limita tan solo a las paredes que encierran la estructura del hospital o del quirófano, sino también a otros aspectos más amplios como es el caso de todos los espíritus desorientados que precisan de asistencia.

10. Reflexiones en el hospital

En aquellos momentos tan decisivos para João y una vez establecido un vínculo emocional con la figura del doctor, el coche se detuvo frente a una bella casa erigida en las afueras de la urbe y que resultaba aún más hermosa conforme los rayos del sol del amanecer se erguían sobre su parte posterior, proporcionándole un aspecto de lo más acogedor.

—Bien, hemos llegado —comentó el galeno—. Ahora me acostaré. Me siento muy fatigado. Sin duda que mi esposa ya estará levantada. Ella es profesora y lleva a nuestros dos hijos al mismo colegio en el que también imparte clases.

—¡Qué bien, cuánto me alegro! Tan solo una cuestión si me lo permite. Cuando hablaba con mi amigo el militar, le expuse que mis dos objetivos prioritarios, una vez terminado mi viaje por la dimensión material, eran por un lado, vengarme de Marcelo, aquel chico al que usted atendió sobre el pavimento de la calle y por otro, contactar con mi madre, a fin de explicarle lo que me había ocurrido.

—Ya, me hago cargo. Con respecto a lo primero que expones, creo que ese asunto ya se halla en vías de resolución. ¿No lo ves tú así, João?

—La verdad, señor, es que todo lo que ha sucedido esta noche ha cambiado mi percepción de las cosas hasta un punto que ni yo podía imaginar. La visión de mi amigo en tan lamentable estado, herido y tumbado sobre la acera de aquel barrio de tan malas vibraciones ha trastocado mi perspectiva de un tema que me consumía por dentro. A pesar de que pretendía hacerle pagar por lo que yo consideraba a todas luces una traición, lo cierto es que noto en mi interior como si algo hubiese variado, quizá sea el nuevo aspecto con el que ahora lo enfoco. Ese nudo de odio que había asociado a su silueta...no sé, me siento tan confuso don Humberto... no sé a qué atenerme.

—Tranquilo chaval, sé optimista. El mismo hecho de haber alterado tus sensaciones ya augura cambios positivos de cara al futuro. Mas no te anticipes a los tiempos, no seas impaciente... todo a su justo momento. Y en cuanto a lo

de comunicarte con tu madre, deberás esperar algo más. No desesperes; con buena voluntad y disposición, todas las cosas de esta vida pueden arreglarse.

La emoción del joven era tal que no le cabía en su pecho y llevándose las manos a su rostro por la impresión, se sintió muy afectado al escuchar el mensaje del médico. Sin duda, pensaba que haberse encontrado con aquel protagonista de carne y hueso y de unos cuarenta años de edad, había resultado una completa bendición para él. Aunque fuera facultativo de profesión, sobre todo y por encima de todo, era una bella persona. El culmen de su ilusión fue prestar oídos a las hermosas palabras de Humberto cuando le abrió a nuestro amigo la posibilidad de conectar con la adorable Zilda, su mamá.

—No encuentro el modo de agradecérselo, señor. No imagina lo que supone para mí lo que acaba de expresar. Doy alabanzas al cielo por haberle hallado en ese instante tan dramático.

—Calma, João. Todo en esta vida tiene sus causas, nada sucede por la buena o mala suerte. Reflexiona sobre ello. Las leyes divinas nos liberan de la tiranía del azar, a pesar de que muchos intenten situar al acaso como el auténtico regidor de sus destinos. Todo posee un porqué. No albergues la menor duda: nuestro encuentro no ha sido fortuito. Insisto, no te dejes arrastrar por las prisas. ¿No has visto cómo todo en el día a día tiene un orden y unos tiempos? ¿No ha ocurrido así en el período transcurrido desde tu despedida de la esfera física? Resultaba primordial que en un principio, te costara tanto aceptar la realidad de tu “muerte”, para conocer así a ese militar con el que no descarto que vuelvas a cruzarte. Por último, lo acaecido hace unas horas te ha servido para abrirte a una nueva visión de los hechos. Era necesario que se produjera de esa manera y no de otra, bastante violenta pero a la vez conmovedora, de modo que tocara tu fibra más sensible. ¿Te das cuenta, querido amigo? ¿No crees que los buenos espíritus no velan por ti, por mí y por todos nosotros? Ese mundo en el que ahora te sitúas y que tanto esfuerzo te ha llevado admitir se halla en perpetua interacción con este en el que yo me desenvuelvo. No puedes separarlos, forman parte de un todo unido e indivisible donde incluso el acto más liviano afecta a la otra parte y a la inversa. Hablando de tus próximos pasos te diré una cosa: no puedes acceder a un curso superior si previamente no has superado los anteriores. Intuyo que en breve surgirán nuevas oportunidades para ti. Permanece receptivo y eleva tus pensamientos hacia Dios, quien todo lo puede. Él se vale de sus infinitos instrumentos que no son otros que los espíritus para cumplir sus designios, siempre bajo el criterio de la más excelsa justicia.

Los dos seres descendieron del vehículo y tras darse un efusivo “abrazo” se despidieron. Mientras tanto, el semblante del joven irradiaba una sonrisa de

agradecimiento y esperanza como nunca antes había experimentado, en mitad de un crepúsculo que anunciaba uno de los más bellos amaneceres en la existencia de João.

Pasaron unas horas y cuando el sol se hallaba en lo más alto, el muchacho, que no se había despegado de aquella casa más de un metro, se inquietó al detectar una extraña silueta que provenía del interior de la mansión de Humberto. Lo cierto es que el chaval no se había atrevido a separarse de ese lugar por si ocurría algo novedoso, tal y como le había dado a entender su nuevo amigo. Al principio y dada la distancia, no distinguía bien de quién podía tratarse; lo que sí era seguro es que el nivel de alerta del chico subió hasta límites insospechados. Conforme se acercaba hacia él, pudo identificar mejor la figura de un hombre ya entrado en edad, con un uniforme blanco y reluciente similar al que porta el personal sanitario en los hospitales. Se cercioró de inmediato que se trataba de un habitante del plano espiritual pues sin necesidad de que el otro abriera su boca, escuchó su presentación en el interior de su mente.

—Buenos días, João y que Dios ilumine tu senda. Soy el doctor José, amigo y tutor de Humberto, al que ya conoces.

El joven se quedó estupefacto al observar cómo la imagen de alguien que hacía tan solo unas horas se le había mostrado como invisible, ahora se le aparecía con toda naturalidad en aquel escenario relajante y alejado del bullicio del centro de la metrópoli. Pese a la inesperada sorpresa, se repuso y acertó a preguntarle:

—Un saludo para usted, doctor. La verdad es que no entiendo nada pero si viajaba esta noche en el auto con nosotros y no pude verle aunque sí sentirle ¿cómo es posible que ahora pueda contemplarle con tanta claridad e incluso oírle?

—Ah, sí. No te asustes. He creído que resultaría mucho más conveniente para ti el poder observarme directamente. Tan solo se trata de una cuestión de fluidos, es decir, de una mayor o menor densidad de los mismos. Como ahora quería que me percibieras, a través de un acto de mi voluntad, densifico mis fluidos y ya está.

—¡Caramba, qué dominio! Es increíble, pero me pregunto que si es el “consejero” de Humberto, usted entonces debe estar a un nivel más que elevado en todos los aspectos.

—Gracias por tu gentil interpretación, João. Ha resultado divertida a esta hora del mediodía. Pero no es tiempo en estos momentos de juicios o

evaluaciones. Dejemos que sean los de “arriba” los que nos califiquen en virtud de nuestros actos. Entretanto, sigamos desarrollando todo el bien que podamos y continuemos con la labor de auxiliar al que lo necesite.

—Me parece adecuado, don José. ¿Y cómo podría yo contribuir a ese bien del que habla? Creo que es un magnífico planteamiento el que ha expuesto. Estoy empezando a comprender que aunque ahora me halle en otro lugar, bien distinto del mundo de la “carne”, puedo seguir pensando. Eso me ha hecho recapacitar hasta el punto de convencerme para realizar algo que sea productivo.

—Loable propósito el tuyo —contestó el médico espiritual—. Está claro que cuando uno empieza a cambiar por dentro, las cosas de fuera también comienzan a renovarse.

—¿Qué ha querido decir con eso, señor? —preguntó el muchacho con fuerte curiosidad.

—Ven conmigo y te lo mostraré.

Tras indicarle a João que confiara en él y responderle este con un movimiento afirmativo de su cabeza, el doctor hizo cerrar los ojos a nuestro protagonista y asiéndolo de la mano puso gesto de concentración. En un segundo, ambos aparecieron al pie de la escalinata que daba acceso al Hospital Central, situado en pleno corazón de la urbe y no muy alejado del sitio donde Marcelo había sido asaltado la anterior madrugada.

—Uf, qué mareo siento, doctor. ¿Qué ha ocurrido exactamente? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí tan de repente?

—Bueno, no te preocupes mucho por ello. Tu sensación es debida tan solo a tu falta de costumbre. El desplazamiento en esta dimensión se debe a un acto de voluntad, pero en primer lugar hay que tenerla y luego, saber manejarla. No es fácil para un inexperto como tú, pero desde luego que aprenderás con el tiempo. Por ese motivo te he ayudado a hacerlo. En cualquier caso, querido amigo, quería abreviar un largo paseo por los barrios de la ciudad. Te conduciré a un sitio muy especial. ¡Acompáñame!

Las dos entidades ascendieron por la entrada para subir luego hasta la cuarta planta del edificio. Situados en mitad de un ancho pasillo, caminaron hasta una puerta con un rótulo pegado en el que se leía “Habitación 436”. Cuando penetraron en la estancia, la sorpresa de João fue total. Pudo contemplar tumbado en una cama a su compañero de toda la vida, Marcelo, el cual se estaba recuperando del suceso acaecido hacía tan solo unas horas. Allí

estaban en actitud de grave preocupación los padres del chico, a los que nuestro joven conocía de sobra desde la niñez, y cómo no, su novia Elisa.

—¡Hijo mío, esto ha sido terrible! —comentó con mirada seria la madre.

—No te angusties mamá —respondió el chico—. Ya sabes que en pocos días estaré en casa de nuevo. Tan solo quieren retenerme aquí hasta que vean que todo va evolucionando bien.

—Ya lo sé, cariño —contestó la progenitora—. Hemos tenido un gran susto, no sabes el salto que dimos cuando nos avisaron por teléfono. La alarma no se ha encendido solo por lo sucedido sino por lo que podría haber pasado. Es un temor que no me puedo quitar de encima. Quiero que lo entiendas. De verdad, todavía no puedo saber cómo se te ocurrió atravesar esa zona de la ciudad y a esa hora. Vaya pérdida de razón que tuviste. Esto no puede volver a repetirse en el futuro o la ansiedad se apoderará de nosotros. No hay necesidad de sufrir gratuitamente. Ya la vida trae consigo sus problemas como para aumentarlos sin necesidad.

—Lo sé, mamá. Ya lo hemos hablado hoy varias veces y os he pedido a ambos disculpas. Yo tampoco puedo comprenderlo, pero pienso que no hay que darle más vueltas. Lo pasado, pasado está. Lo mejor de los errores es aprender de ellos. Te prometo que seré mucho más prudente a partir de este momento.

—Eso espero Marcelo, eso espero. Bueno, voy a bajar con tu padre a tomar algo en el restaurante y en un rato estamos aquí. Te dejamos con Elisa para que converséis de vuestros temas.

Los padres del muchacho, tras dirigirle una cálida sonrisa, salieron a continuación de la habitación mientras que en aquel aposento se congregaban cuatro seres, dos de ellos dispuestos a hablar y los otros dos a escuchar. Elisa se sentó en el borde de la cama tomando suavemente la mano de su enamorado.

—Y pensar que a esa hora —explicó la chica—, yo estaba dormida y tan tranquila, cariño. Si lo llego a imaginar, te hubieras venido conmigo en el taxi y nada de esto habría sucedido.

—Sí, tienes toda la razón, pero hablar sobre algo al día siguiente y haberlo querido evitar no es posible. Hay muchas cosas inesperadas con las que te enfrentas en la vida y esta es una de ellas. Te digo como a mi madre. Sucedió porque tuvo que ocurrir y no hay que pensar mucho más en ello ni tampoco obsesionarse con la cuestión. De todas formas, no soy tonto. Siempre

he creído que los sucesos no se producen así por así sino que la inmensa mayoría de ellos constituyen un serio aviso para el que los sufre, sobre todo cuando se trata de circunstancias importantes y pienso que esta la ha sido.

—Aciertas de pleno, cariño, pero he de añadir algo a tu reflexión. Aunque hay aspectos que escapan a nuestro control, te lo aclaro por tu bien y por el nuestro. ¿Hasta qué punto no has sido tú mismo el responsable de haber desencadenado la agresión de anoche?

—¿Yo?

—Mira —aseveró la chica—, no podemos eliminar a la mala gente de esta ciudad pero lo que no puedes hacer es ir precisamente a buscarla. Te expusiste inútilmente y con grave riesgo. Sé por qué sucedió y no vale engañarte a ti mismo de nuevo. Ya hemos tratado otras veces este tema. Tu manía por propasarte con la bebida en las fiestas a las que vas te dará un día un disgusto muy serio, incluso más peligroso que el de ayer. Te estoy comentando esto desde el amor que te tengo y estoy llamando directamente a las puertas de tu conocimiento. Tienes que introducir algún cambio en esta cuestión, Marcelo. Te pregunto, ¿acaso has sacado alguna conclusión ya sobre lo ocurrido en la madrugada?

—La verdad es que me siento avergonzado —expresó en tono circunspecto el chico—. Siento en mi interior la fuerza de tus palabras como un puñal que ahora se me clava en la conciencia. No estoy del todo seguro pero sí noto que hay datos evidentes que están a la luz, Elisa. Como tú bien expresas, no podemos alterar la naturaleza de las personas, sobre todo las ajenas a nuestro círculo. Lo cierto es que andar como yo lo hice, de madrugada y por esas calles, no podía conducir a nada bueno. Uno acapara todos los boletos para ser ganador de un “premio” cruel. No obstante, mi intuición me dice que existe algo más de lo manifestado.

—¿Sí? ¿Y qué puede ser? —intervino la joven con extrañeza.

—¿Sabes una cosa, cariño? Aunque me lo pasé fenomenal en la fiesta y más estando contigo, ya al salir del local me sentí como aturdido, como confuso.

—Pues claro, Marcelo. Supongo que no irás a descubrir ahora que el consumo de alcohol te deja como atontado y en estado de desorientación.

—Ya, desde luego, pero en mi opinión había algo más. Cuando terminó el jolgorio y ya en la plaza, noté un tremendo cansancio pero no ya en lo físico sino sobre todo en lo psíquico. Casi me arrastraba, era como si no pudiese

pensar, como si no pudiese tomar las decisiones correctas. Créeme, amor mío, que nunca antes tuve esa sensación de pesadez, de estar tan atolondrado en mi mente... Fue curioso, aunque lamentable. Reconozco que cuando me introduzco en una celebración, me meto tan de lleno en ella que suelo abusar de la bebida... pero ayer por la noche... resultó especial, diferente a otras. En cuanto a lo que me preguntaste acerca de las conclusiones, admito que he de hallar esa vía intermedia en la que pueda disfrutar de un festejo pero sin tener por ello que forzar o traspasar ciertos límites que la razón te impone. Es la frontera que separa la prudencia del riesgo, como ayer. Mira, Elisa: voy a contarte algo para mí sorprenderte que a nadie he dicho. Solo tú lo sabrás. Me sucedió anoche justo antes de perder el conocimiento en aquella miserable calle.

—¿El qué? —preguntó la muchacha abriendo sus encantadores ojos al máximo y con toda sus sentidos depositados en las palabras que iba a escuchar de su enamorado.

11. Rescate por la “comprensión”

En aquella estancia del hospital, donde Marcelo se recuperaba de su herida, este iba a revelar a su amada Elisa una vivencia única que nadie conocía y que había experimentado la pasada noche.

—Cuando caí en el suelo acuchillado y retorciéndome de dolor —expuso el joven—, de pronto, me vino a la mente y de forma muy intensa la imagen de João. Fue como traer a la memoria el recuerdo fresco del terrible instante de su muerte, como verme a mí mismo en la misma situación por la que él pasó. Después de todo, a él lo atropellaron y terminó sus días en el asfalto. Yo también estaba tirado en mitad de la calle, con un corte profundo en mi pierna y desangrándome. Te puedo asegurar que era como si él estuviera allí. No sabría explicarlo, cariño, pero estoy convencido de que justo antes de perder el conocimiento vi su silueta arrodillada junto a mí e incluso llegué a sentir su mano acariciando mi frente. En ese instante crítico, cuando yo ni siquiera sabía si iba a salir con vida de aquel siniestro escenario, intenté levantar mi cabeza para observarle mejor y le tendí la mano para tocar su cuerpo, pero no noté nada y después de esos segundos perdí la conciencia y ya me desperté en esta cama.

El relato de su amado provocó que se inundaran de lágrimas las pupilas de la joven, a la cual cada vez le costaba más esfuerzo mantener controladas sus emociones. No obstante, continuó escuchando con toda atención la descripción de su novio.

—Fue una experiencia increíblemente bella —prosiguió Marcelo—. Mi mejor amigo apoyándome, asistiéndome en el momento más dramático de mi existencia. No sé qué pensar pero estoy convencido de que los buenos compañeros no te dejan nunca solo ante las dificultades ni en las peores circunstancias, incluso después de muertos. Todo resultó un lance extrañísimo pero insisto en que le vi como te estoy observando a ti ahora mismo en la habitación. ¿Tú me crees, verdad?

—Por supuesto, mi amor. He oído hablar de esas cuestiones. Una vez llegué a escuchar que cuando te expones a situaciones de riesgo vital, espíritus familiares o que te quieren bien, se te acercan para ayudarte. Recuerda

asimismo la teoría de los ángeles guardianes, esos seres que velan por ti durante toda la vida.

—Sí, Elisa. Yo también leí algo sobre esos temas del más allá. Debe ser maravilloso ¿no lo crees? Enfrentarte a un trance peligroso y saber que tienes a alguien que se preocupa por ti, que está dispuesto a auxiliarte siempre en caso de dificultad. ¡Dios mío! El amor está exento de barreras, escapa a ellas, estoy seguro que es indiferente el plano en el que te muevas. Es igual donde te toque vivir pero nadie me puede robar la idea de que el afecto se extiende más allá de la tumba. ¡Cuánto daría por saber si esta experiencia que te he contado resultó auténtica! Por más que lo pienso, cada vez tengo más claro que se trataba realmente de él, de nuestro amigo João. Si supieras lo que me gustaría entender más de estos asuntos espirituales, de lo que hay más allá del túmulo.

—Y a mí —contestó la chica—. Era tan bueno, tan leal a nuestros lazos de amistad, tan noble, tan apasionado en todo lo que emprendía y tan cariñoso... Nunca olvidaré el día en el que me propuso salir con él, ser su compañera. Si vieras lo mal que lo pasé, después de tantos años juntos como amigos, compartiendo tantas vivencias y de pronto, tener que negarle lo que me pedía. Era tan recto, que no sabía cómo decirle que no; por eso no quise contarle que yo ya había puestos mis ojos en ti. No pretendía herirle, pero si notó algo, espero que se lo tomara a bien, que lo comprendiera. Resultaba imposible que nuestros sentimientos, consolidados desde niños, se estropearan por ese asunto. ¡Dios mío! Han pasado ya varios meses desde que nos dejó y es como si estuviera tan cerca... Cuando pienso en que tú también pudiste pasar por la misma situación, me echo a llorar. Perder a los dos seres con los que has compartido tantas horas, tantas vivencias, habría sido el colmo de la desgracia.

—Te entiendo perfectamente, Elisa. Yo, como tú, cada vez que pienso en él, se me viene abajo el ánimo. Tan joven como nosotros, tan ilusionado con su deporte, con todo lo que hacía, tan cargado de proyectos... Confieso que no existe jornada en la que al levantarme o al acostarme no me acuerde de él. Debe ser que su partida aún está muy reciente en la memoria. Es como si su figura estuviera tan cerca de nosotros... como si pretendiera advertirnos o aconsejarnos, o tan solo acompañarnos por lo que para él significaba nuestra maravillosa amistad. Jamás le olvidaremos ¿verdad?

Los dos enamorados se fundieron entre sollozos en un abrazo inmortal que removi6 sus emociones más profundas. Mientras tanto, nuestro protagonista, no sabía cómo enjugar todas las lágrimas que había vertido durante los minutos en los que había sido testigo de una vibrante conversación en la que el recuerdo hacia su persona había aparecido como si continuara más “vivo” que nunca en la mente de sus amigos.

—Perdón, perdón, perdón... —se lamentaba João en voz baja mientras seguía llorando—. No sé cómo he podido degradarme tanto como persona. ¡Con la de experiencias que hemos compartido unidos! ¿Qué he hecho, Dios mío? Me he dejado arrastrar por los sentimientos más egoístas, estaba ciego, obcecado, atrapado por unos estúpidos celos, queriendo intervenir en un mundo del que ya había salido, simplemente negando la veracidad de unos hechos ante los cuales no cabía oponerse sino aceptarlos.

En medio de tan serias cavilaciones, la puerta sonó y los padres de Marcelo, con la intención de seguir acompañando a su hijo, retornaron a aquel lugar en el que tantas cosas se habían aclarado y tantas impresiones se habían acumulado en tan corto espacio de tiempo. Fue el instante en el que José tomó de la mano a un afectado João a fin de expresarle con su mirada que debían salir de la estancia.

—Mis buenos amigos —susurraba nuestro personaje—, jamás os olvidaré. He estado tan sordo a los sonos de vuestro amor que solo veía mi orgullo herido, sin pararme a contemplar que vuestro lazo estaba siendo bendecido por la vida y que no podía quebrar la voluntad de dos almas que libremente habían decidido quererse. Desde lo más recóndito de mi corazón, os pido disculpas por mis mezquinos pensamientos y por el daño que os haya podido provocar.

João, muy conmovido, fue ayudado por el médico espiritual hasta retirarse y llegar de nuevo a la amplia escalinata que daba acceso al hospital, donde un sol radiante en medio de un azulado cielo, lucía con todo su esplendor haciendo de aquella jornada un escenario incomparable.

—Don José —acertó a decir el joven—, me siento tan abatido. Con solo pensar en la cantidad de energía y tiempo que empleé en intentar dañar a Marcelo... He estado tan indigno. Mire usted, yo no soy así ni tampoco me he comportado de ese modo en mi pasado. Debió resultar algo coyuntural, pues un impulso se apoderó de mí y me estrechó entre sus garras. Esas emociones que me dominaron en este último período no son propias de mí. Después de contemplar esta escena, de haber conocido a Humberto y de haberme topado con usted, quiero cuanto antes reparar mi error. Pienso que es la única manera de compensar el mal que hice, ese sufrimiento inútil que pretendía causar a alguien que tan solo tenía bellas palabras hacia mí, que tan solo conservaba gratos recuerdos de mi compañía.

—Está bien, chico. No debes torturarte ahora por esas cuestiones. Muchas veces es fácil pasar del extremo de una torcida intención a una culpabilidad que tan solo destruye al que la siente en sus adentros. Es poco

práctico, amén de que aumenta tu amargura de forma preocupante paralizándolo cualquier atisbo de renovación interior. Ya tendrás tiempo en el futuro, como tú dices, de reponer tus equivocaciones que no son sino fuente inagotable de aprendizaje. Dios otorga a todos sus hijos nuevas oportunidades de progreso y las tuyas llegarán también, por supuesto. El mismo hecho de haber permanecido junto a tu amigo Marcelo, allí tendido sobre la calle, asistiéndole en tan lamentable suceso indica en ti un paso hacia adelante que no debes despreciar. Si te das cuenta, ya has comenzado con tu proceso de reparación tan pronto como te has decidido por hacer el bien al prójimo.

En cuanto dejaron atrás los muros del edificio hospitalario, el proceso de vuelta a la casa del doctor Humberto se efectuó tan rápido como el viaje de ida. En una centella, los dos espíritus regresaron a aquel paisaje tan relajante que constituía la entrada a la hermosa mansión. João permanecía cabizbajo, meditando sobre el significado de la trascendente charla a la que había asistido entre los dos jóvenes y que había terminado por demostrarle la buena fe de la relación amorosa que entre aquella pareja se había establecido. Asimismo, no podía evitar reflexionar sobre su tremendo fallo de apreciación, agrandado sin duda al principio por la ofuscación de no admitir su propia muerte física, lo que le hizo confundir gravemente un desengaño, al no sentirse correspondido por Elisa, con una alta traición perpetrada por Marcelo para “arrebatarle” a su amada.

Ahora, liberado de ese sentimiento de odio que a nada bueno podía conducirle, se sentía exento de acumular más resquemor en sus adentros, rescatado de un gran peso soportado sobre sus hombros que le impedía vivir en armonía y aceptar su presente. Rotos los vínculos con la incompreensión y la falta de empatía, ahora notaba en lo más íntimo de su ser cómo se iniciaba una nueva etapa, un flamante ciclo que habría de depararle inéditas aventuras que contribuirían a su progreso. Tan absorto se hallaba en dichas reflexiones que José hubo de insistirle varias veces con el gesto de su mano, indicándole así que entrara junto a él en el hogar de Humberto.

—Ah, sí, discúlpeme —reaccionó João—. Estaba muy pensativo, han sido tantos los hechos esenciales que han sucedido en tan breve plazo que debía procesarlos por dentro. La verdad es que me siento mucho mejor ahora. Yo mismo me había introducido en la mazmorra de una prisión donde reinaban el egoísmo y el orgullo del despecho y ha tenido que ocurrir el accidente de Marcelo y también el diálogo entre él y Elisa, para que se me abrieran los ojos. Era como si las ventanas de mi alma permanecieran cerradas a cualquier otra visión que no fuera la del rencor y la de los celos. No podía seguir por más tiempo preso de mis pensamientos destructivos. En cuanto he podido contemplar la luz que se apreciaba tras la puerta de la celda, he decidido dar por cumplida mi condena y traspasar el umbral que me lleva a la claridad.

¡Gracias, doctor! Hasta el cielo de hoy me parece más inmaculado y cristalino que en toda mi vida pasada.

—¡Caramba, qué bien te has expresado, amigo! Era como si lo que has dicho lo tuvieras anotado por escrito en un papel y lo hubieras arreglado previamente. Ha sido un bello discurso que describía el paso desde la esclavitud de las malas pasiones a una liberación elegida y trabajada por ti mismo. ¡Cómo se nota que la literatura era tu materia favorita en el estudio! Fíjate cómo esa tendencia no la has olvidado ni siquiera desprendiéndote de tu vestimenta carnal y es que habitaba en lo más esencial de ti, tu espíritu. ¡Amigo João, me has contagiado con tus emociones! ¡Dejémonos por ahora de tan hermosos alegatos y sigamos con nuestro trabajo! Te estaba invitando a entrar en la casa de mi protegido para hablar entre nosotros. ¿Qué te parece la idea?

—Magnífico, don José, pero no olvide que el doctor no admitía espíritus en su domicilio.

—Es cierto, mas se refería a todos los que se hallan muy perturbados, a aquellos que pueden dejar aquí un poso de vibraciones inestables que afecten al resto de la familia. Te aseguro que él no tendrá ningún inconveniente en recibirte ahora en tu actual estado.

—No sabe cómo me alegro, señor, está usted en todo —apreció el muchacho.

—¡Venga, adelante!

Las dos entidades inateriales traspasaron la puerta principal y hallaron a Humberto, ya levantado, terminando de almorzar en la cocina. Este les recibió con una cálida sonrisa, producto de la confianza que se había generado entre el hasta ahora desconocido joven y los dos galenos.

—Señores —añadió el chaval—, yo me encuentro muy a gusto aquí en su presencia. Pero me pregunto qué ocurriría si los niños o su madre aparecen de repente. ¿Cómo debo reaccionar?

—No debes preocuparte por eso ni lo más mínimo —expuso Humberto—. En primer lugar, todavía tardarán un par de horas en regresar del colegio los tres. Y lo más importante, João: mi esposa es espírita, al igual que yo, es decir, entiende perfectamente mi trabajo y a lo que me dedico, pues para mí todo es medicina, da igual que sea la del cuerpo que la del alma. Lo importante, como te dije, es cumplir con la misión encomendada y en este sentido lo fundamental es atender a cualquier tipo de ser, con independencia de que tenga soporte material o no. Marcelo sí posee un organismo físico y tú

no. Y sin embargo, los dos habéis sido auxiliados. ¿Te das cuenta? En cuanto a los críos, no pasa nada. Aunque todavía son pequeños, ya están familiarizados con estos asuntos, por lo que no les extrañará nada si detectan que hablo con alguien al que ellos no pueden observar.

—Pues eso me da tranquilidad, don Humberto. Pero creo no haber entendido bien lo referido a su mujer, cuando comentó que era “espírita”.

—Sí, desde luego —explicó el dueño de la casa—. Trataré de aclarártelo con brevedad y sencillez. Espírita es toda aquella persona que cree y practica la doctrina filosófica del Espiritismo, aquella que estudia la naturaleza, origen y destino de los espíritus. ¡Seres como tú, sin ir más lejos! O como José, o como yo, sencillamente.

—Pero un momento —interrumpió João—. Usted tiene un cuerpo, por tanto, hasta que no muera no podrá ser un espíritu como yo.

—No es así, querido amigo —afirmó Humberto—. Aunque yo me halle en la dimensión de la “carne” y por tanto precise de un cuerpo para existir, lo cierto es que soy también un espíritu. Por expresarlo mejor, mi alma está ahora vestida con el ropaje de esta silueta material que puedes contemplar y que no son más que células perfectamente organizadas. Sin embargo, la parte inmaterial no está sometida a las contingencias de la destrucción como le ocurre al organismo, sino que resulta inmortal y por tanto sobrevive al óbito. Puedes aplicarlo a tu propio caso. Aunque te costó aceptarlo, ahora ya sabes que incluso desprovisto de tu indumentaria física puedes seguir pensando y sintiendo, algo propio a la especie humana.

—¡Entonces, señor, usted y su esposa se dedican al estudio de los seres como yo! La verdad es que nunca oí hablar de esa profesión si bien sí conocía que había personas que podían comunicarse con los “muertos”.

—Demasiado simple eso que comentas, chico. La verdad es que sería muy largo de explicar pero sin pretender sermonearte, no quiero olvidar un factor esencial en toda esta doctrina que ha guiado mi vida y que le aporta un sentido a la misma.

—¿Y cuál es ese aspecto? —preguntó João con intensa curiosidad.

—Con lo que te dije antes, podrías concluir en que los que nos dedicamos al Espiritismo tan solo pretendemos cultivar su estudio. Y sin embargo, hay algo mucho más profundo en este tema.

—Pero, doctor, ¿acaso el aprendizaje de una doctrina filosófica puede resultar negativo?

—En absoluto, muchacho, pero no puede limitarse tan solo a la mera acumulación teórica de conocimientos. Esa comprensión, aunque resulte indispensable, debe verse traducida en hechos.

—¿Hechos? —exclamó en voz alta el joven.

—Pues claro, João. Imagina a un eminente médico que hubiera introducido en su cabeza tomos y tomos de textos sobre cirugía, sus bases y sus métodos y no obstante, a la hora de la verdad, fuera incapaz de aplicar todo ese caudal de conocimientos en el quirófano. ¿Qué opinarías al respecto?

—Si le soy sincero, preferiría a un doctor con menos conceptos en su mente pero más resolutivo a la hora de operar a sus pacientes.

—Muy bien, tú mismo te has respondido de manera eficaz. Quiero decir con esto, que el verdadero espírita no solo cuida por su aprendizaje acerca de los espíritus, o sea, por su parte intelectual, sino que trata por todos los medios de traducirlo a través de una serie de conductas y actitudes que mantiene en su quehacer diario.

—¿Y qué tipo de comportamientos son esos, doctor?

—No hay que alejarse mucho de los principios generales del cristianismo para que intuyas a qué me refiero. Recuerda la máxima de Jesús durante su paso por la Tierra.

—“Amar a Dios y al prójimo como a ti mismo” —concluyó el joven con seguridad.

—Lo has resumido a la perfección, querido amigo. El espírita conoce pero también actúa y en su tarea diaria, aplica la enseñanza de Jesús que tú tan bien has condensado en esa famosa frase. Esa es la verdadera herramienta del progreso: saber y actuar en consecuencia.

—Estoy impresionado —admitió el muchacho—. Ojalá hubiera accedido a este tipo de sabiduría en mi existencia física. Seguro que me habría sido muy útil después de mi fatal accidente.

—No lo dudes. Probablemente, tu turbación hubiera resultado algo menos pesada pero no por ello inexistente, pues se trata de un proceso que

nos afecta a todos en mayor o menor medida, aunque las diferencias pueden ser muy acusadas en función de cada espíritu.

—¿Cree usted que algún día tendré oportunidad de estudiar esa doctrina a la que usted y su mujer se dedican y que me ha resultado tan atractiva a primera vista?

—Por supuesto, João. Todo llegará en su momento justo. Si de verdad tienes interés en conocerlo, ten por seguro que gozarás de ocasiones en el futuro. Es cuestión de voluntad, nada más.

—Qué agradecido les estoy a ambos —afirmó el chaval desde sus adentros—. Ustedes han sido los auténticos impulsores para despejar mi presente, romper los lazos que me ataban al pasado y vislumbrar un futuro pleno de momentos positivos en los que estoy seguro avanzaré en mi camino.

—Nosotros nos congratulamos con tus palabras —intervino José—. No olvides que trabajamos para ello. Y para que veas que una vez que decides libremente dirigirte por la senda del bien, las oportunidades se suceden y son motivo para que aprendas y evoluciones, te daré una magnífica noticia que mañana se producirá.

—Doctor, de ustedes solo puedo esperar novedades maravillosas e ilusionantes —expresó João en tono emotivo—. Pero ¿de qué se trata?

12. Un plan perfecto

—Los espíritas que formamos el grupo aquí en la ciudad —tomó la palabra Humberto—, solemos reunirnos varios días a la semana y en una de esas sesiones, tratamos con espíritus que por una u otra razón precisan de ayuda, aquella que nosotros podemos proporcionarles aunque pertenezcamos al mundo material. Para ello, contamos con un local no muy lejano a esta casa y en el que realizamos los encuentros. La buena noticia, como comentaba mi mentor, es que estás invitado a asistir mañana por la tarde.

—Te explicaré un aspecto —intervino José—. Yo acudo a esas reuniones acompañando al doctor Santos, por lo que estaré también contigo en todo momento por si necesitas mi apoyo. Si tu deseo final es venir con nosotros, cuentas con nuestro amparo. Además, tu presencia allí te servirá como aprendizaje, para que veas cómo se desarrollan las relaciones entre encarnados y “desencarnados” y muy especialmente para que observes cómo funcionan los grupos que siguen la doctrina del Espiritismo.

—Me parece una idea magnífica —estableció el joven—, aunque siento cierto temor por dentro, como si lo que pudiera ver o escuchar me fuera a impresionar.

—No tengas la menor duda sobre eso —aclaró el médico espiritual—. La verdad es que una vez superada la escena del incidente con Marcelo y el modo en que reaccionaste frente a ese hecho, mi opinión es que ya te hallas preparado para enfrentarte a esta nueva coyuntura, que como la de tu amigo, marcará un antes y un después en tu trayecto como espíritu.

—Caramba, doctor —interrumpió João—, ya se me está haciendo demasiado largo el período de espera hasta mañana, debido a la expectación que ustedes han creado en mí.

—No es para menos, amigo —dijo el dueño de la casa—. Veamos, ya dialogué con el hermano José y está de acuerdo con la idea que te voy a proponer.

—¿De qué se trata, señores médicos?

—Necesito tu colaboración —prosiguió Humberto—, pues lo que voy a pedirte es sumamente importante. Hace poco me hablabas de los dos objetivos más valiosos para ti en esta etapa que estabas viviendo. El primero de ellos, como ha quedado demostrado, no solo ha sido abortado sino reconducido, pues has pasado de una situación preocupante en la que el rencor y el odio se habían apoderado de ti, a otra fase en la que has sabido intuir los entresijos de la historia que se desarrollaba y la de sus personajes. Has superado ese sentimiento negativo que te embargaba a través de la comprensión y del arrepentimiento, pero también por la liberación de esa carga maliciosa que te consumía en lo más recóndito de tu ser.

—Está usted en lo cierto, doctor. Nunca en mi vida me he sentido tan libre como cuando acepté la realidad del amor entre Marcelo y Elisa y le di mis bendiciones. Una vez dejada atrás la tremenda confusión que me atenazaba y gracias a su ayuda, todo ha resultado más sencillo.

—¿Recuerdas tu otro gran objetivo, querido hermano? —preguntó José.

Emociones intensas recorrieron de abajo a arriba la silueta del muchacho, cuando vino a su mente el recuerdo fresco y tierno de su dulce madre. Rápidamente arribó a su memoria su intención de comunicarse con su querida Zilda, para aclararle los detalles de su accidente pero sobre todo, para expresarle que seguía viviendo a pesar de todo, aunque ella no pudiera ver ni tocar al benjamín de la casa. Su gesto cambió hacia el extremo de la máxima expectación, atreviéndose a decir:

—Perdón, por momentos me he sentido conmovido, pero creo que lo que ustedes pretenden decirme es que existe una posibilidad de contactar con mi mamá. ¿Me equivoco o estoy en lo cierto?

—No te equivocas, João, —afirmó José—. Como tú bien has dicho, hay una probabilidad, pero ni siquiera nosotros podemos alterar el libre albedrío de las personas. La idea es que tu madre acuda a la reunión de mañana para hablar contigo por su propia voluntad, por lo que debemos estar preparados para una negativa por su parte. Estudiemos una cuestión que puede resultar crucial. ¿Cómo es tu madre con respecto a estos temas? ¿Tiene ella creencias espirituales?

—Sí, por supuesto, doctor. Ella es una mujer muy creyente, reza mucho a diario, seguro que lo ha hecho muchas veces para que me ayudaran. Cree en Dios y en Jesús, siempre fue muy católica.

—Bien, es algo, aunque no suficiente —determinó José.

—Perdone, doctor, pero no le entiendo bien.

—Querido hermano —explicó José—, en ocasiones, unas ideas firmemente establecidas, aunque sean espirituales, pueden interferir en nuestros propósitos. João, hay ocasiones en las que el aferramiento a unas convicciones puede impedir la apertura a otras perspectivas, a otras visiones de la realidad. Has de considerar que para ella puede resultar un impacto brutal la simple idea de ofrecerle una comunicación con su hijo, fallecido varios meses atrás. Al no concebirlo y no entrar en sus esquemas de análisis, puede que lo rechace por coherencia con su credo.

—Comprendo, señor. Mi madre podría llegar a pensar que ustedes pretenden gastarle una broma de lo más amarga o incluso reírse de su dolor. No obstante y por lo que la conozco, se trata de una mujer bastante receptiva. Es posible que al principio pueda tener dudas, pero la posibilidad de poder relacionarse conmigo tendrá mucho peso frente a cualquier otro impedimento, por lo que estoy convencido de que se arriesgará. De todas formas, será fundamental cómo ustedes se lo hagan saber, cómo se lo propongan. Un mensaje tan trascendente y de ese tipo expresado con seriedad puede ser efectivo. Intuyo que es esencial el que mi madre tenga confianza en la persona que le va a transmitir un ofrecimiento tan “especial”.

—En ese sentido —intervino Humberto—, no debes preocuparte por ello. Tengo bastante experiencia en estos temas, como comprenderás. Llevo años manejando estos asuntos. Mi condición de espírita resulta inseparable de esa delgada línea que separa la unión entre uno y otro plano. Yo seré el encargado de entrevistarme mañana con tu mamá para realizarle la propuesta. Necesitaré tu ayuda, que me hables de ella y de la relación contigo, su hijo. En otras palabras, tendrás que acudir conmigo para aportar una total credibilidad a mi mensaje.

—Por supuesto, querido doctor. Cuento con ello. Hay mucho en juego. No sé si podré controlar mis emociones cuando la vea. Para mí, es un trance crítico. Tiene que imaginarlo.

—Pues tendrás que gobernar tus sentimientos en esos momentos —añadió el médico—. Aunque resulte muy emotivo para ti, te necesito fresco y con la mente despierta. Piensa que constituirá la mejor oportunidad para convencer a Zilda a fin de que venga con nosotros a la reunión de mañana.

—Yo, por mi parte, estoy a su completa disposición. ¿Qué más puedo decir después de tan maravillosa sugerencia? Esto me recuerda a cuando era niño y de pronto te sentías inmensamente feliz con algo que ocurría a tu

alrededor aunque se tratara de efectuar una simple excursión o de celebrar un cumpleaños con los amigos del barrio. En esos instantes, me sentía como la persona más dichosa de la Tierra, como me ocurre ahora. No sé cómo manifestarles mi alegría. Es una sensación increíble... pero potenciada al máximo en todos los sentidos.

—Por supuesto, muchacho —añadió José—. Con tan solo apartar un poco el velo misterioso del mundo espiritual, ya empiezas a apreciar por dentro una satisfacción inconmensurable que te invade y se apodera de ti. Es algo que no tiene parangón con lo que sucede en el mundo de la “carne”, aunque a veces dispongas de esos chispazos intuitivos, como tú has comentado, de lo que es el Reino de los Cielos, como gustaba a Jesús de hablar.

—Hay un detalle interesante que debo anticiparte —intervino Humberto—. Además de nosotros tres y tu madre, si acude, irán otras personas a la reunión. Hay algunos seres habituales que no podrán estar por diversos motivos, pero mañana contarás con la presencia de Nelson, uno de nuestros adoctrinadores y de Cintia, una persona maravillosa en el trato con los demás, incluidos los "desencarnados" y cuya asistencia nos llena siempre de luz. Por último, tendrás la oportunidad de conocer a un ser único, la hermana Angélica, un espíritu rebosante de claridad y de conocimientos. Ella es la maestra y dirigente de nuestro grupo y sin la cual, nada de esto podría llevarse a cabo.

—Un momento, señores —señaló el joven—. ¿Qué es un adoctrinador y qué papel exacto tiene en todo esto Angélica?

—Te lo explicaré con brevedad —expuso José—. Como la mayoría de almas que acuden a estas reuniones procedentes del plano inmaterial se sienten desorientadas, atormentadas o simplemente turbadas ante lo que les está ocurriendo, es labor que corresponde al adoctrinador el guiarlas, aportándoles la información suficiente que contribuya tanto a su consuelo como a la comprensión de su nueva situación, una vez que por diversas razones ya no pertenecen al mundo físico. Por decirlo de otra forma, Nelson cumple con la función de instruir y aclarar a los espíritus que están presos de la confusión, de darles la noticia de su renovada etapa en la dimensión incorpórea, tal y como te ocurrió a ti nada más partir de la vida física. En cambio, Cintia presta todo su apoyo emocional ejerciendo más bien un trabajo de sustento reparador en el aspecto psicológico. Has de considerar que las almas que acuden a nosotros no solo lo hacen buscando nuevos datos sobre sí mismas, sino que también imploran comprensión y auxilio anímico. Puede parecer una coyuntura complicada pero estamos preparados para afrontarla. De no ser así, no nos dedicaríamos a este tipo de tareas tan delicadas. Por último, nuestra querida Angélica dirige el grupo en todas las facetas. Ella, con su portentosa

inteligencia y sublime moral, es la coordinadora de nuestros trabajos desde el plano inmaterial, se encarga de “filtrar” qué espíritus pueden o no asistir a las reuniones y en definitiva y como sabia mentora, nos marca los objetivos y nos asigna los cometidos a cada miembro.

—¡Dios mío, qué perfecta armonía de papeles tienen ustedes distribuidos! El conjunto debe funcionar muy bien, supongo.

—Gracias por tus palabras, João —indicó Humberto con una franca sonrisa—. La labor que efectúa todo grupo espírita es esencial. Fíjate que somos un medio de conexión entre ambas dimensiones y que esa actividad de esclarecimiento hacia esos espíritus que tanto sufren por la ignorancia de lo que les sucede tras la muerte física, es para ellos fundamental. Resulta un modo beneficioso de mantener vivos los lazos entre los habitantes de ambos planos. Por cierto, nuestra dirigente ya fue advertida por José de nuestros propósitos y mostró su apoyo a la iniciativa. De no ser así, no te hubiéramos ofrecido la posibilidad de asistir a la reunión espírita. Esto funciona de este modo, querido amigo, cada uno de nosotros tenemos asignado un rol y debemos cumplir con el mismo. No está de más comentarte que estamos aquí y hacemos lo que hacemos porque somos espíritas, que lo realizamos libremente pues somos dueños de nuestro destino y que todos en su día decidimos iniciarnos en esta misión, animados siempre por una voluntad propia y por el afán de progreso.

—La verdad es que no tengo palabras —aclaró João—. Resulta increíble la cantidad de aspectos que se suceden en una gran ciudad como esta sin que tengamos conciencia de ello. ¡Uf! Me encuentro un poco cansado después de tantas aventuras en las últimas horas. Si a ustedes no les importa, me gustaría salir a dar una vuelta por los alrededores y descansar mi mente un poco de tanto trasiego. Intuyo que debo prepararme en mis adentros para el vital encuentro de mañana con mi madre. Para mí, será algo tan singular como extraordinario.

—Tienes toda la razón, muchacho —respondió elevando sus manos el médico de urgencias—. Si me lo permites, te recomiendo un lugar muy cercano a la casa: la playa. Te beneficiará enormemente andar o permanecer junto al mar, escuchar su sonido o percibir su olor. Para eso sigues conservando tus sentidos espirituales. Verás cómo tus energías se recuperan. Recuerda que tan pronto como amanezca y a primera hora, te quiero aquí. Estate presto, pues tendremos que dirigirnos a tu antiguo hogar para mantener una trascendental conversación con tu madre.

—Por supuesto. Aquí estaré sin falta. Ahora iré a despejarme.

Ambos galenos se despidieron amigablemente estrechando sus manos con nuestro protagonista, el cual esgrimió una afable sonrisa en su rostro que le retrataba como un ser esperanzado y feliz, a la expectativa de nuevos acontecimientos que habrían de imprimirle un renovado impulso a su trayecto imperecedero. Salió de aquella casa asociada ya a imborrables recuerdos que permanecerían en sus retinas y se dirigió en dirección al océano que le esperaba con susurros incesantes de olas que se acercaban y alejaban.

Transcurrió el tiempo mientras el astro rey descendía a la vista de nuestro personaje y su mirada, clavada en el perfil horizontal del mar, desataba una serena y profunda reflexión sobre los últimos acontecimientos desde que se encaminó confuso hacia su hogar tras su mortal accidente, hasta la recepción de sus primeras nociones sobre filosofía espírita. Sentado sobre la arena, con sus piernas recogidas y sus rodillas acomodadas sobre su barbilla, “acariciado” su semblante por la brisa del atardecer, escuchó a su diestra un tremendo grito que rompió la tranquilidad del crepúsculo que avanzaba.

—¡Soldado João, soldado João! —se dejó oír en medio del rumor de las olas.

Nuestro amigo no podía dar crédito a lo que sus ojos contemplaban. Ante él y a la carrera, la figura del conocido general Eusebio Gonçalves se aproximaba al muchacho en gesto que daba a entender su desesperación pero también la alegría por haber hallado a aquel chico. Al momento de reconocerlo, este se incorporó y en un segundo, ambos se fundieron en un emotivo abrazo.

—¡Mi general! ¡Pero qué sorpresa, encontrarle aquí junto al mar en esta apacible tarde!

—¡Ah, sí, chaval! Menos mal que te he localizado. Al fin alguien conocido y de confianza. Estaba agobiado y exhausto ante tanta soledad.

—¡Pero, cálmese, señor! Por favor, le invito a sentarse en este remanso de paz que constituye el paisaje de la playa. Así me podrá contar usted las últimas novedades.

—Sí, recluta, acepto gentilmente tu ofrecimiento —respondió el militar con un aire algo más tranquilo—. Aunque te parezca increíble, un superior precisa a veces desahogarse con un subordinado. Supongo que tú también querrás hablarme de tus asuntos pero no puedo esperar más. Debes disculparme pero, o hablo o reviento.

—Pues adelante, señor, soy todo “oídos”.

—Gracias. La verdad es que después de dejarte, las cosas se complicaron. Y no precisamente porque ocurriera algo especial sino más sencillo aún... ¡porque no sucedía nada! Mira, llevo años alistando gente para instruirles adecuadamente, para que se acostumbren al ritmo y a los hábitos de la milicia, en fin, para que se adapten cuanto antes a su nueva etapa pero con disciplina, de modo que sepan afrontar los nuevos retos a los que se exponen.

—Tal y como pasó conmigo.

—Sí, exacto —continuó el uniformado—. El problema es que, tras tu marcha, aunque he buscado desesperadamente nuevos reclutas por doquier a los que formar, me ha sido imposible descubrir alguno más. Todo se ha paralizado, pues aquellos jóvenes que se parecían a ti y que daban el perfil oportuno para ser adiestrados, huían despavoridos de mí en cuanto les dirigía la primera palabra o les llamaba. No puedo entenderlo, antes no me resultaba tan dificultoso encontrar nuevos candidatos para cumplir con mi misión. Lo cierto es que desconozco completamente las causas de tanta deserción en masa. ¡Eso me exaspera! ¿Es que no lo entiendes? La situación se ha tornado muy grave para mí. Sin reclutas a los que instruir, mi vida carece de sentido, abandonada y sin rumbo, no sé a lo que dedicarme ni qué hacer, en qué emplear mi tiempo.

—Pues sí que es un problema serio. Si las personas pierden sus objetivos, lo cierto es que se aburren y la apatía no suele llevar a fines positivos, si le soy sincero.

—Tienes toda la razón, muchacho. Estoy abatido, es que no hallo explicación a este fenómeno, a esta falta de trabajo. Después de tantos años... ¡un militar en el paro! ¿Te imaginas? Resulta tan ridículo y tan preocupante a la vez. Definitivamente, te confieso que me siento en crisis.

13. El pasado de un hombre solitario

—Creo comprenderle, don Eusebio. Me pongo en su lugar y debe ser una situación muy angustiada. De todas formas y si me permite la opinión, siempre he tenido la sensación de que todas las cosas suceden por algún motivo. Este pensamiento se ha intensificado en mí desde hace unas jornadas, dadas las experiencias a las que me he visto sometido desde que le dejé. Y digo yo que esto que le está ocurriendo ¿no será porque usted necesita nuevos objetivos?

—¡Eh, no te pases de listo! —afirmó el militar—. Además, no te entiendo bien ¿cómo es posible que tú me hables de algo que yo no alcanzo a comprender?

—Señor, con todos los respetos, pero esto que le he dicho se lo he expresado desde el corazón, ha sido como un golpe repentino de intuición. Lo único que pretendía comunicarle es que a veces en la vida es conveniente cambiar de misión o de proyectos, se lo digo por propia experiencia.

—Reconozco que me da rabia eso que has comentado. Debes disculpar mis modales, para mí no deja de ser duro que un chico tan joven como tú me dé lecciones, pero lo cierto es que lo que acabas de exponer me ha dejado bastante desconcertado.

—Don Eusebio, yo tengo mucho que agradecerle. Aunque usted me trató con rudeza al principio, he de reconocer que la instrucción posterior que me proporcionó me vino bien. Además, acertó completamente cuando me advirtió al despedirnos sobre mi futura actuación. Jamás olvidaré sus buenos consejos. Tal vez ha llegado el momento de que yo pueda hacer algo por usted. ¿Por qué no? Se lo manifiesto desde la más absoluta humildad.

—Bien soldado, aprecio tu visión y valoro tu lealtad hacia el mando. Después de todo y aunque suene triste, tú eres el único ser con el que puedo hablar ahora. Por desgracia, no encuentro a nadie más con el que relacionarme. Esto es desesperanzador para un viejo guerrero como yo, carente ahora de objetivos que cumplir. Recluta, me siento cansado, apesadumbrado, no me avergüenza admitirlo aunque sea delante de ti.

—No debe usted bajar los ojos por nada, señor, son simplemente contingencias a las que nos enfrentamos. Mire, yo confío mucho en las señales que recibimos y que la misma vida nos ofrece. Están ahí por algo, puede que para indicarnos que debemos cambiar el paso o la dirección de nuestros propósitos. Mi general, busco en el silencio, escucho mi voz interior y esta me dice que ha llegado el instante adecuado para que usted cambie de escenario. Quiero decir que a lo mejor su tiempo como instructor ha terminado y que quizá deba empezar a trazar otro plan alternativo.

—¿Cómo? —respondió con cierto ímpetu el uniformado—. Toda mi existencia ha venido marcada por la milicia. No me veo en otro contexto que no sea el habitual, el de siempre. ¿Es que no lo comprendes? Soy incapaz de imaginarme fuera del ámbito castrense.

—Señor, insisto. Si usted abre un negocio que le permite vender y subsistir pero llega una época en la que por mucho que haga ya no le llegan clientes, pierde los que tiene y se va a la ruina, tendrá que clausurar esa actividad y dedicarse a otros asuntos que le posibiliten sobrevivir.

—¡Caramba, recluta! ¡Pero qué adelantado has salido con tus planteamientos! ¿Qué te ha ocurrido en mi ausencia que parece que has estado estudiando en la academia militar? Un mocoso e inexperto como tú aconsejándole a todo un veterano en mil batallas.

De pronto e inesperadamente, el cincuentón se giró hasta situar su vista en el mar, quedando como extasiado ante la contemplación del bello horizonte. Unas lágrimas, incomprensibles de entender en un personaje de su talla, comenzaron a distinguirse entre sus pupilas, claro signo de que las palabras de nuestro protagonista, a pesar de su juventud, habían calado hondo en el ánimo del recio general. Con una ligera sonrisa, João dio unas palmadas cariñosas en los hombros de aquel hombre que permanecía como ensimismado en sus cavilaciones, evaluando con ansiedad el triste trayecto por el que su discurrir había caminado en los últimos tiempos.

—Señor, ahora que usted se ha desahogado conmigo, quiero contarle una experiencia que me ha sucedido a raíz de dejarle y que me ha marcado enormemente. Pienso con todo respeto, que mi relato le puede venir muy bien en sus actuales circunstancias.

—En fin, está bien, te atiende muchacho —expresó Gonçalves en un tono de mayor serenidad.

Rodeados por un crepúsculo que encendía el cielo de naranja, João expuso con detalle todo lo que le había acontecido en la última etapa. Desde su infructuoso intento por penetrar en la casa de Marcelo hasta las consecuencias de aquella fiesta en la plaza, el episodio del violento asalto a su amigo, su providencial encuentro con el doctor Santos y con su tutor espiritual José, así como todo lo relacionado con el grupo espírita al que había sido invitado a participar.

El militar permanecía pasmado, como cautivado ante el torrente de eventos a los que se había tenido que enfrentar el joven. De todos los lances abordados, parecía que el chico había extraído una sabia enseñanza que le había permitido reconducir su presente y planificar unos renovados objetivos vitales, justos lo que precisaba en esos turbios momentos el espíritu de Eusebio Gonçalves.

—¡Ánimo, excelencia! —exclamó nuestro protagonista con tono decidido y optimista—. Usted tuvo la gentileza de mostrarme una de las caras de esta dimensión en la que nos movemos. Lo que hizo por mí me sirvió para despertar de la pesadilla en la que me encontraba sumido y que era tan real como que me negaba a aceptarla. Se trataba del peor de los sueños: seguir obsesionado con vivir en un mundo al que ya no pertenecía. Ahora pretendo devolverle su gran favor. Por favor, déjeme que hable con estos amigos que le he indicado antes. Son bellas personas y no creo que se nieguen a ayudarle. Lo hicieron de todo corazón conmigo y usted no va a ser menos que yo. Su asistencia le vendrá muy bien; piense en que al menos le aclararán el porqué de su situación, qué hacer o adonde ir.

—Está bien, chico. Eres un buen soldado, fiel a quien tanto te enseñó, aunque eso formara parte de mis obligaciones castrenses. No obstante, te digo una cosa. Si observo en esa gente algo que no me guste, me retiraré. Me noto bastante agobiado, pero como militar, la dignidad es lo último que se puede perder. No me rebajaré ni toleraré ser humillado.

—Señor, de verdad, no creo que haya que pensar en esos extremos. Su afirmación hay que atribuirla al desconocimiento. ¡Si supiera cómo son ellos! Ese tipo de actuación no entra en sus planes, se lo aseguro.

—Muy bien, entonces permaneceré alerta.

Las dos entidades se levantaron de la arena y durante el resto de la noche se dedicaron a pasear por aquella bella y relajante zona, en la que la claridad de una luna creciente iluminaba sus livianos pasos, al tiempo que continuaron hablando de asuntos tan espirituales...

Justo cuando los primeros rayos del astro rey apuntaban con su luz desde el Este de la metrópoli, irguiéndose por la línea plana y amarillenta que se perfilaba en el océano, el militar y nuestro joven protagonista arribaron al acceso que daba a la casa del médico de urgencias, el doctor Santos. No transcurrió mucho tiempo cuando la silueta de José, siempre reconocible por su impecable uniforme blanco, se aproximó a los dos personajes que allí aguardaban acontecimientos.

—Buenos días, señor —saludó João—. Como ve, vengo acompañado de un antiguo amigo. Espero que no le moleste, pero le vi tan preocupado que le he convencido para que se entrevistara con ustedes cuanto antes. Sinceramente y en su actual situación, pienso que le podría servir de gran ayuda.

—Estimado João —respondió el galeno—, el bien al prójimo jamás puede importunar a las buenas almas. En efecto, hace mucho que estamos estudiando el rastro del sargento¹ de artillería don Eusebio Gonçalves, fallecido hace unos cincuenta años en acto de servicio.

—¿Cómo dice usted, señor? —exclamó el joven sorprendido por los datos que había aportado José.

—No te extrañes —contestó con una ligera sonrisa el doctor—. Forma parte de nuestros cometidos el seguimiento de muchos espíritus que como el de este amigo que has traído contigo, permanecen durante un período considerable en estado de desorientación. Pero por si acaso, permíteme que ponga en antecedentes a este hermano.

El doctor extrajo de debajo de su bata lo que parecían unos apuntes que contenían una serie de anotaciones. Allí mismo, se dispuso a leerlos en voz alta.

—Como decía —prosiguió José—, hace casi medio siglo, Eusebio estaba inmerso en unas maniobras militares correspondientes a su trabajo. En ese día y encontrándose manipulando unos explosivos, un fallo en el dispositivo interno de los mismos provocó un tremendo estallido que causó su muerte en el acto. En el momento del trágico suceso, contaba con 52 años de edad, se hallaba viudo y no mantenía ningún tipo de relación con su único hijo, el cual presentaba una fuerte dependencia a las drogas. El señor Gonçalves había desarrollado una firme vinculación toda su vida con el ámbito castrense, incrementándose esta a partir de la pérdida de su esposa tras larga enfermedad y por los problemas acuciantes que le planteaba su vástago, quien

¹ Véase capítulo 1

apremiado por su adicción tóxica abandonó el hogar paterno al poco de cumplir la mayoría de edad. Consta que incluso dedicaba a la milicia períodos extra sin retribuir, debido tanto a su vocación profesional como a su preocupante situación de soledad. Nunca más volvió a tener noticias de su hijo. Según se recoge en informe redactado por el Ejército, el accidente que causó la defunción del sargento se debió a un defecto en el mecanismo de detonación del explosivo, por lo que no se atribuyó a nadie responsabilidad alguna. Este militar había recibido varias condecoraciones y diplomas por su especial dedicación al trabajo. Estaba considerado como uno de los mejores instructores de los nuevos soldados que se incorporaban a la unidad. Al parecer, la desintegración de su cuerpo al sucumbir, le produjo un intenso trauma, por lo que durante un dilatado tiempo rondó por su cuartel de origen intentando comunicarse con sus antiguos compañeros pero sin obtener respuesta alguna. Finalmente, al comprender su situación y como modo de mantenerse activo en su tarea, se dedicó a adiestrar a espíritus de jóvenes recién “desencarnados”, a quienes les hacía entender su nueva “coyuntura” a través de un aprendizaje muy peculiar, aunque adaptado a sus antiguos esquemas de la milicia en la dimensión física. En la etapa más reciente, dicha actividad se ha visto seriamente limitada, lo que ha provocado en el afectado una nueva toma de conciencia sobre su actual tesitura y la aparición de una fuerte angustia por intentar aproximarse a otras almas, a fin de encontrar una solución a la disposición de hastío vital en la que se ve envuelto. Fin de la actualización, por ahora.

—Es increíble —manifestó el muchacho—. En ese informe incluso se halla reflejado el ambiente de aislamiento que rodea a don Eusebio en su más reciente período.

—Querido João —incidió José—, en esta dimensión llevamos un exhaustivo control de casos como el tuyo o el de nuestro militar. Es nuestro cometido y no renunciamos al mismo ya que lo asumimos libremente. Se pone todo el esfuerzo en examinar aquellas variables que pueden influir sobre los hermanos que se hallan afectados durante ese período de transición que se genera entre la muerte física y su acomodación al plano espiritual. Recuerda que es nuestro trabajo y como tal, intentamos realizarlo con el máximo de los esmeros.

Fue entonces cuando en mitad de aquella absorbente conversación, ocurrió un fenómeno extraordinario. Don Eusebio Gonçalves, el otrora orgulloso combatiente de reluciente uniforme y gran mostacho, alma de porte marcial que ya tan solo con su mirada impresionaba, se arrodilló ante el doctor y rompiendo a llorar como un tierno infante llevó sus manos a su rostro tapando sus ojos.

—José —acertó a decir el sargento entre sollozos que se transformaron con rapidez en secos gemidos—, la verdad ha hablado por su boca. Han pasado tantos años, tanto tiempo cumpliendo con el mismo deber que ya no puedo más. Primero, sobrevino aquel horrible período en el que me costó la misma sangre admitir que aquellos restos de carne desparramados por el monte eran los míos. Fue tal la conmoción que me produjo el tener que reconocer que ya no pertenecía a mi regimiento, que anduve vagando por mi antiguo cuartel como si hubiera perdido la razón. Era tal la naturaleza de mi confusión, que perdí la noción de los días y las noches. Yo, un experto en artillería, tuve que soportar la violencia de una explosión que me desintegró el organismo pero que también turbó mi ánimo hasta el punto de enloquecer. Esa escena tan espantosa desfiló tantas veces por mi imaginación que resultaba una tortura añadida a mi ya lamentable estado. Después, cuando esa película de terror se apartó con lentitud de mi mente, solo hallé consuelo en la misión de mostrar a otros lo que a mí me había ocurrido, a fin de prevenirles para evitar más accidentes en el futuro, pero ni siquiera eso me fue concedido, pues nadie se paraba a escuchar mis explicaciones. Confieso que he llegado ya al límite. Sabio hermano, estoy harto de deambular por esta esfera como un vagabundo que jamás halla casa donde cobijarse de las inclemencias del destino. ¡Haga algo, por favor, se lo suplico humildemente! Debe saber que esto es un suplicio para mi conciencia. Ni siquiera con este pobre chico disfruté de la suficiente motivación para seguir con mi viejo cometido. Ahora me encuentro más solo que nunca, tampoco surgen en mis paseos nuevos reclutas a los que instruir... me siento tan agobiado... tan cansado... tan exhausto... ya no dispongo de fuerzas...

Tal era el sufrimiento del militar y su decaído ánimo que de tanto agacharse y doblar su espalda, hubo un momento en que su cabeza, rodeada por sus temblorosas manos, tocó el suelo mientras que débiles lamentos se dejaban oír de su quebrada garganta.

—¡Levántese amigo! —indicó el médico entretanto le ayudaba con sus brazos a incorporarse—. Su llanto es señal inequívoca de que necesita dar un giro brusco a su trayectoria, hasta ahora marcada por el estancamiento. Mas no será por mucho tiempo. Confíe en los designios divinos, hermano; nadie es desamparado por más tiempo del que puede soportar. Tenga valor y mucha fe. Se lo diré con total sinceridad: si accede a venir a la reunión de esta noche, de la cual habrá sido debidamente informado por este joven, le aseguro que le será dada una oportunidad única para poner fin a su aflicción y abrirse a un nuevo horizonte de posibilidades. Eusebio, tiene usted mi palabra. ¿Qué contesta?

—Sí, desde luego —afirmó Gonçalves con dificultades en el habla—. Le creo. Usted es una persona que genera confianza y eso en mi situación resulta

esencial. ¿Sabe una cosa? Voy a devolverle su gratitud acudiendo a la asamblea que se va a celebrar en el local, como este fiel soldado ya me ha anticipado. Solo una cosa más, querido doctor. ¿Puede aportarme alguna información sobre el paradero de mi mujer y de mi hijo? Hace tanto tiempo que no sé de ellos, que cualquier dato que usted me dé servirá para aliviar mis penas, para aligerar la pesada carga de incertidumbre que hunde mis hombros... se lo suplico...

14. Preparación y desarrollo de la reunión espírita

—No tiene por qué implorar, hermano. Yo le daré gustoso esa información que tanto necesita. No debe preocuparse por ambos. Los dos se hallan en buenas manos, aunque su hijo precisa aún de numerosos cuidados dado el lamentable modo que tuvo de salir de la dimensión física. El faro que iluminaba la nave de su vida se hizo añicos con el temporal que supuso la salida de su madre del lado terrenal. Tiene que saber que él, empeñado en romper con su propio pasado y en olvidar la sombra de su padre, se abrió a nuevos horizontes una vez abandonó su hogar, pero lo único que consiguió fue vincularse de mala manera a otros seres afines con los que compartía una motivación de lo más aciaga: el deseo de evasión de la realidad y el no afrontamiento de las responsabilidades que como ser humano tenía. Escondió en la más profunda de las simas su necesidad de progresar y para acallar la afilada voz de su conciencia que siempre le hablaba, distorsionó sus percepciones y se asoció a otros seres de uno y otro plano, los cuales poseían las mismas y deplorables tendencias que él. Innumerables veces llamamos a la puerta de su alma, para que recapacitara, para que aflojara el cerrojo que le mantenía aislado del entorno, mas todo resultó en vano. Una tarde, traspasó los límites para los que su organismo estaba dispuesto a resistir y en medio de la más irresponsable actitud, abandonó por una sobredosis de sustancias tóxicas su triste discurrir por este planeta. Le puedo asegurar a que día de hoy, todavía no se halla recuperado totalmente de tan macabra acción, pero está siendo tratado por hermanos especialistas en este tipo de casos y que a buen seguro realizarán un acertado trabajo de esclarecimiento sobre su hijo. Sepa que la misericordia del Padre, siempre solícita con las necesidades de los seres, permitirá que reciba desde las alturas nuevas oportunidades de reanudar su camino y una nueva coyuntura en la que por su voluntad y su trabajo pueda evolucionar. En cuanto a su esposa, señor Gonçalves, tan solo tengo palabras de elogio hacia ella, puesto que ha dedicado casi todo su tiempo en la espiritualidad a acompañar y a ocuparse de su hijo, aquel que ustedes compartieron en su existencia. Tal era su pacto con él, que al haber resultado insuficiente su vida física para completar su compromiso debido a su enfermedad, una vez entre nosotros, solicitó con toda humildad continuar con tan bendita actuación, motivo por el que le fue concedido su noble deseo. En tan digna tarea, ella continúa recorriendo su sendero de progreso al que todos estamos llamados, vivamos en una u otra dimensión. Amigo, ha de conocer

que aquí los vínculos de afecto que se generan son mucho más amplios e intensos que en el limitado plano terrenal en el que los seres encarnados se mueven. Ya no importan tanto los antiguos lazos de consanguinidad sino el deber sincero de amor al prójimo, en este caso, a los hermanos que precisan de la ayuda de unos seres que por su libre entrega y por la senda ya transitada, se hallan en total disposición para ejercer una desinteresada labor de tutelaje sobre ellos. Los nudos corporales se diluyen, pero son envueltos por unos más amplios y fuertes, que son los lazos que provienen de lo inmaterial. Esos son los que sobreviven a la muerte. Ella es un buen espíritu en todos los sentidos, sostenido por la recta intención de acometer el bien. Creo que con eso está todo dicho. No tenga la menor duda de que, tarde o temprano, usted podrá contactar con ellos y fundirse en un abrazo de amor imperecedero. ¡Ánimo, Eusebio, eleve su mirada hacia el cielo pues le auguro un futuro de lo más esplendoroso, alejado de la triste coyuntura por la que usted ha caminado últimamente!

—Gracias... gracias... doctor... —acertó a balbucear el militar mientras se apoyaba en el brazo de João para incorporarse—. Le aseguro que le estaré eternamente agradecido por esa información que ha sosegado mi alma.

—Permanezca tranquilo, querido amigo —añadió el médico—. Quizá algún día llegará usted a mi misma situación y entonces será consciente de la dicha que supone el deber cumplido para con el hermano. Ahora y si lo estima oportuno, puede seguir a Humberto y a su “recluta” a la casa de Zilda, su madre. Así ocupará usted su tiempo de forma provechosa y podrá reflexionar sobre todo aquello que vea.

—Así lo haré y que Dios le bendiga —concluyó el sargento.

Transcurrido unos instantes y efectuadas las correspondientes presentaciones del uniformado al dueño de la casa, el médico de urgencias subió a su coche acompañado de dos personajes tan conocidos para nosotros como don Eusebio Gonçalves y nuestro inseparable amigo João. Por fin, llegaron al domicilio de la mamá del chico. El galeno se aproximó al interfono existente en la entrada del edificio y pulsó el botón correspondiente.

—¡Dígame! —respondió Zilda.

—¡Buenos días, señora! Soy el doctor Santos, perteneciente a la unidad de urgencias del Hospital Central. Tengo algún dato novedoso sobre el expediente médico de su hijo João, fallecido hace unos meses en lamentable accidente de tráfico. He tomado la decisión de acudir a su hogar porque me gustaría comunicárselo en primera persona. ¿Podría ser?

—¿Novedades al cabo de tanto tiempo? En fin, usted sabrá. Bueno, suba, le estaré esperando.

La madre, con el pulso acelerado debido a la noticia que le había traído a la memoria el triste hecho del que siempre se acordaba varias veces al día, abrió la puerta de su casa al desconocido visitante.

—Usted debe ser Zilda ¿verdad? —preguntó el doctor mientras le mostraba su ficha identificativa de colegiado.

—Claro que soy yo. Supongo que mi nombre figurará en toda esa documentación.

—En efecto, señora, constan las reseñas de su hijo pero también las relativas a su familia. ¿Podríamos sentarnos, por favor?

—Sí, desde luego. Pase y acomódese.

—La verdad —continuó Humberto—, le seré claro, porque en situaciones como esta me gusta ser directo. Además de dedicarme a la medicina, tengo cualidades de médium. Por su expresión, creo que ya sabe a lo que me refiero. No sé si usted se hará cargo pero lo cierto es que he podido contactar con su hijo. Le hablo con toda la seriedad de la que soy capaz. Si quiere conversar con João, puede acompañarme esta tarde a esta dirección donde podrá comunicarse en total libertad con él. Confío en que como madre, tendrá usted toda la ilusión por realizar esta conexión.

A continuación, Humberto le entregó a la mujer una pequeña tarjeta de presentación en la que figuraban los datos sobre el local donde se llevaban a cabo las reuniones espíritas. La señora se levantó del sillón como impulsada por un resorte y entre delicadas lágrimas que asomaban por sus pupilas, expresó:

—Mire usted, soy una persona creyente, pero ¿pretende usted que crea a la primera persona que acude a mi casa para decirme en mi propia cara que ha hablado con mi João? Si esto se trata de una broma, debe saber que es de pésimo gusto y que resulta muy cruel para un ser como yo, que ha perdido a su hijo más pequeño, a aquel que me hacía la mejor de las compañías en mi soledad. ¿Sabe? Permanezco viuda desde hace mucho tiempo y mis otros “niños” ya tenían edad suficiente y organizaron sus vidas de adultos fuera de este hogar. Si no tiene nada más que aportar, le ruego que abandone mi domicilio y me deje a solas con mi pena que es mucha.

—Por supuesto que la comprendo, doña Zilda. Su reacción no es solo comprensible sino lógica. Tengo conciencia de que todas las personas que desconocen esta posibilidad de contactar con sus seres queridos, lo primero que piensan es que están siendo víctimas de un fraude. Además, no le niego que haya gente malvada y deshonesto que se aprovechen de este tipo de circunstancias y del dolor ajeno para incluso obtener algún tipo de ganancia material. Como ve, este no es el caso. Debo informarle de que ha sido precisamente él, João, el que ha insistido muchísimo en contactar con usted. Para que me crea, se lo voy a demostrar si me lo permite. Luego, usted, con entera libertad, tome la decisión que considere más conveniente. Deme solo la ocasión de convencerla por los hechos, no por simples conjeturas.

Pasados unos segundos de angustiosa incertidumbre, Zilda, ya más serena pero todavía confusa por la tremenda fuerza liberada en el discurso del doctor, se volvió a sentar en el sillón. En una táctica ya configurada de antemano con las mejores intenciones, el médico comenzó a relatar los episodios principales de la vida del chico, desde sus líneas esenciales hasta detalles que evidentemente tan solo eran conocidos por madre e hijo. Como estos datos le habían sido desvelados por João con anterioridad, la asombrada mujer tan solo tenía gestos para asentir con su cabeza a todo lo que entraba por sus oídos, al tiempo que una cascada de lágrimas purificadoras la obligaban a extraer de su bolsillo un pañuelo con el que enjuagarlas.

Mientras tanto, el militar se mantenía atónito ante la conversación que se desarrollaba entre los dos encarnados. El joven, junto a ella, la contemplaba con delicada mirada mientras le acariciaba el pelo en sublime señal de amor, aquella de la que es capaz un buen hijo para con su madre. Aunque trataba de controlar sus potentes emociones ante lo que estaba observando, hubo un momento en que hubo de separarse unos metros de su progenitora pero solo para llorar en lo más profundo de su silencioso ser. Sin embargo, era consciente de que lo que experimentaba en sus adentros, constituían auténticos sollozos de verdadera alegría pues había conseguido su gran objetivo: ver a su mamá, sentirla tan de cerca...

Pasada como una hora desde que se iniciara la charla, fue curioso ver cómo Humberto se despedía de aquella afectada dama con un inusitado abrazo, surgido de la confianza alcanzada entre dos entidades que de nada se conocían. Para facilitar las cosas, el doctor se comprometió a enviar un taxi esa misma tarde a fin de recogerla y trasladarla en el instante convenido al local donde se celebraría la ansiada reunión.

Era ya el mediodía cuando el médico, acompañado del militar y del muchacho, cruzaron con aire radiante la gran puerta de acceso al edificio por el poco antes habían penetrado entre las dudas y la incertidumbre de João por lo

que fuera a suceder. Ahora, todo era satisfacción y sobre todo, esperanza, ante los acontecimientos vitales a los que nuestros dos protagonistas incorpóreos se iban a enfrentar en cuestión de minutos.

A las ocho de la tarde en punto, el doctor Santos extrajo de su pantalón una llave y abrió la entrada de la vivienda donde habían sido convocados los miembros del grupo espírita. Allí se citaban nuestro médico de urgencias, Humberto; el gran conocedor de la filosofía espiritista y adoctrinador, Nelson; la mujer que proporcionaba todo su apoyo emocional y su energía a las entidades inmateriales, Cintia; y por último y muy inquieta, Zilda, la cual había sido advertida por el galeno para que permaneciera tranquila y simplemente, se dejara llevar por la intuición ante los acontecimientos que se desplegaran ante su vista. Del lado “invisible”, concurrían Eusebio Gonçalves, João y el eminente doctor José. Una vez aposentados los diferentes personajes allí emplazados, una figura luminosa de mujer que aparentaba mediana edad penetró en la habitación, ataviada con una larga túnica de un hermoso celeste que cubría sus pies y fue “envolviendo” con un gesto profundamente entrañable al médico espiritual, al sargento y a nuestro joven personaje. Se trataba de la excelsa Angélica, la cual se situó junto a Humberto para acompañarle a lo largo de la reunión.

—Queridos hermanos —abrió la sesión el doctor Santos—, nos hemos reunido hoy para dar apoyo a dos espíritus que por diferentes razones precisan de nuestra ayuda. En este día, el transcurso de la sesión variará su contenido habitual, pues estos dos hermanos ya conocen hasta cierto punto su situación y no se hallan tan confundidos como otros que nos visitan en un estado de intensa perturbación. Sin embargo, ello no impide que podamos auxiliarles en lo que habrá de constituir a partir de ahora su nuevo camino. ¡Llamamos aquí a esta hora de la tarde a Eusebio Gonçalves!

El militar se aproximó junto a la silueta del médico y medianero, a fin de hablar por boca de este.

—Aunque me encuentro bastante nervioso, dadas mis circunstancias, espero poder expresarme con la suficiente claridad como para ser entendido por esta ilustre asamblea donde tan solo veo nobles almas que con su grandeza me hacen sentir muy pequeño. Durante mi última existencia, malograda al parecer hace medio siglo, fui una persona entregada a la milicia pues como podéis comprobar por mi ropaje, suponía mi auténtica pasión. Como sargento del arma de artillería, me vinculé a la misión de adiestrar a los nuevos jóvenes que en aquella época y ya como soldados, debían prestar sus servicios en mi regimiento. Aunque era feliz con mi cometido, la vida me zarandeó con dos golpes tremendos que a duras penas pude encajar. Primero, fue la trágica desaparición de mi esposa Teresinha la que me dejó

desequilibrado, ya que siendo el principal baluarte en el que me apoyaba, me fue arrebatada por una cruel enfermedad. Y segundo, aunque puse todas mis miras en nuestro único hijo que había visto partir a su madre cuando apuntaba a su adolescencia, declaro aquí y sin disimulos, que mi actuación con él concluyó en un completo fracaso. Por un lado, yo no me sentía con ánimos suficientes para acometer la ingente tarea de velar por la supervisión y los pasos de un chico que con una edad tan delicada, había contemplado la extinción de la única luz que podía guiarle en la vida, su progenitora. Por otro, los desvíos y las tendencias negativas que observé en él tan pronto como se inició en la juventud, provocaron que mi labor como padre tomara el rumbo de una cuesta empinada imposible de afrontar con mis exiguas fuerzas. No me importa confesar delante de ustedes, que mi trabajo como militar me colmaba más que el continuo desafío de un joven que sin interrupción, ponía en jaque mi autoridad paterna. Toda esta negatividad acumulada, culminó en el desgraciado accidente que destrozó mi cuerpo en unas maniobras militares y que me causó una turbación inmensa que tardé mucho en superar. Una vez que con mucho esfuerzo y sacrificio comencé a entender que debía desligarme del mundo físico y de mis deprimentes recuerdos, me dediqué según mi vocación a instruir a otros soldados, en este caso, aquellos seres que por una u otra razón eran incapaces, como yo al principio, de admitir que se habían desprendido de su vestimenta carnal. Sin embargo y sin pretender juzgar mi trayectoria hasta este día, estoy aquí para buscar la guía y el consejo de unas personas que como ustedes, a buen seguro sabrán orientarme.

—Eusebio —intervino Nelson—, es cierto que a veces la vida nos conmueve con golpes tremendos que nos hacen replantearnos multitud de cuestiones e incluso dudar de los planes divinos para con nosotros. Pero una cosa es tambalearse por el mazazo encajado y otra bien distinta hundirnos para siempre en el lodazal de las lamentaciones. Por eso, se dice bien que lo verdaderamente importante no es caer, sino como todos los presentes aquí sabemos, volver a levantarnos. Es el sino de nuestra existencia la lucha, el aprendizaje, la superación de retos. Para eso fuimos creados, querido hermano, pues solo a través de los desafíos que nos hacen crecer, es como el ser humano avanza en su camino de progreso. La ruta es larga, nadie lo niega, tiene muchos vaivenes y consta de muchas curvas, pero tarde o temprano hallamos amplias y rectas avenidas donde podemos acelerar nuestro ascenso. Estoy seguro que a partir de ahora, una venturosa travesía le permitirá incrementar la velocidad del vehículo que porta y que no es otro que su propio espíritu, el cual se halla deseoso de contemplar nuevos escenarios y misiones en las que usted pueda demostrar su valía y los talentos que como alma en crecimiento posee.

—Estimado compañero de viaje —tomó la palabra Cintia—. Me gustaría preguntarle por cómo se siente en estos momentos tan importantes. ¿A qué conclusiones ha llegado en esta reciente etapa que le ha tocado vivir?

15. Sublime encuentro

—Sin pretender engañarme más —respondió el sargento—, como a veces lo hacía en el pasado para aliviar mis cargas, mis sentimientos son contradictorios. Reconozco que estoy triste, es como tener la sensación de no haber aprovechado lo suficiente el tiempo. Quizá, si hubiera empleado en vida la mitad de la dedicación y el esfuerzo que invertí en la milicia en haber cuidado más de mi esposa y en haber velado mucho más por reconducir los malos hábitos de mi hijo, todo habría sido diferente. Admito que en la cuestión familiar, tan vital para un ser humano, podría haber obrado con mayor implicación y de una forma más intensa. Creo que antes de perder a mi mujer en aquella terrible enfermedad y a mi vástago por las malditas drogas, arrojé la toalla demasiado pronto. Solo con el paso del tiempo tomé verdadera conciencia de que la indolencia iba matando lo más cercano a mí, lo que más debía valorar ¡Ay, Dios mío! Cuántas veces la voz interior que todos poseemos me avisó de mis errores y hacia dónde iría mi deriva si no hacía nada por modificar mis antiguos esquemas de actitud negligente. Solo el transcurrir de las fechas despejó la terrible ecuación acumulada. Terminé por ser víctima de mis caducos planteamientos; pero a nadie más se le pueden atribuir más responsabilidades que a uno mismo. Vas plantando todas las jornadas pequeñas semillas de indiferencia por la vida y terminas por recoger el fruto amargo de la insensibilidad de la vida hacia ti. Ah, queridos hermanos, si me hubiera comprometido más con los más cercanos y no hubiera puesto tanto empeño en mi trabajo. Y es que la existencia no puso a esas personas tan próximas a mí por casualidad, sino por primordiales razones que solo con los años empecé a valorar en su justa medida. Aunque me cueste admitirlo ante tan digna asamblea y más yo por mi condición de militar, me comporté como un cobarde ante determinadas situaciones íntimas. ¡Cuántas veces escondí los problemas del hogar en vez de afrontarlos a la cara, sin usar esa valentía que precisamente me sobraba cuando pisaba por las mañanas el cuartel! La melancolía y la pena se abaten sobre mí, pues siento de verdad que me quedé a medias y aunque parezca tajante, no me lo perdono. Me fueron otorgados una serie de talentos para mi biografía que tan solo invertí en mi condición profesional, pero aquellos otros que debía emplear con mi familia, los guardé bajo tierra y allí se pudrieron, devorados por los gusanos de mis propias flaquezas. Permanece muy adentro de mí ese resquemor, ese peso sobre mi conciencia por no haber dado más a los míos, pues el afecto también se

muestra con la implicación en las horas comunes. Amigos, la balanza de mi actuación quedó desequilibrada pues solo tenía miras para mi regimiento y no para los seres más importantes que me rodeaban. Estoy en débito con ellos, con mi esposa y con mi hijo; es de tal tamaño la deuda, que de verdad no sé si algún día podré liquidarla. Tal vez por ese motivo, me presento aquí habiendo acabado hastiado de lo que llevaba realizando desde hacía años, aún ya sin soporte físico. Y sin embargo y aunque me perciba abatido y apesadumbrado, me siento afortunado por haber conocido a este chico, a este soldado que ha terminado por instruirme a mí y al que ya no considero un simple recluta sino un amigo más que ha servido de puente para llegar hasta aquí y ante ustedes. De ahí proviene la ambivalencia de la que les hablaba al principio, pues a pesar de mi desolación, el sencillo hecho de concurrir aquí y ante esta reunión, me hace concebir en lo más profundo de mi ser la más bella de las esperanzas. Ese es el presentimiento que tengo.

—Bien, Eusebio —intervino Cintia—, con lo que has expresado, has quitado de mi boca muchas palabras que pretendía trasladarte. Tú mismo has descrito el problema y tú mismo has puesto las bases a su solución. Me alegro por ti enormemente. Has de entender, querido hermano, que el sufrimiento y la tristeza son en muchos casos la antesala a nuevos desafíos. Si el ser humano se adormeciera en su propia satisfacción, no hallaría motivación ni estímulo alguno para avanzar en su camino evolutivo. Y es que el Creador nos situó en esta encrucijada, justamente para progresar, no para acomodarnos. Si no, ¿de qué servirían las ansias del niño por querer empezar a andar y explorar el mundo con sus propias piernas? Solo cuando sentimos ese dolor interno es cuando se inician las preguntas, el cómo y el porqué de la coyuntura a la que hemos llegado. Este mundo físico en el que nos desenvolvemos, está jalonado de constantes pruebas que tan solo impulsan nuestro crecimiento. Si esos retos, muchas veces desgarradores, no existieran, ten por seguro que caeríamos en el más angustioso de los estancamientos. Desde este plano diferente al tuyo en el que temporalmente me sitúo, pero con los mismos objetivos de ascenso, te muestro mi más absoluta solidaridad y sobre todo, te invito a abrazar con renovados bríos los nuevos lances que a partir de estos instantes van a aparecer ante ti. Te aseguro que la misma labor de toma de conciencia que has efectuado es ya un logro importante, pues a cuántos hermanos les lleva siglos reflexionar sobre el sentido de sus vidas y lo que han hecho hasta ese momento. Y es que no se puede afrontar una operación sin conocer antes dónde está la dolencia, cuál es el mal a extirpar. En este aspecto, tú ya has dado un primer paso. Eusebio, no dudes nunca de que a pesar de lo padecido, Dios no otorga a ninguna de sus criaturas más carga de la que puedan soportar. Este es un principio válido que hay que considerar en todo su significado. De no ser así, el plan divino para con el mundo resultaría absurdo pues tendería a hundir en el barro a sus propios moradores. Y en cuanto a tu percepción negativa por no haber dedicado un mayor número de

horas a tu familia, tienes toda la razón, al haber citado antes de forma indirecta la sublime enseñanza del Maestro Jesús cuando hablaba de la parábola de los talentos. En el discurrir que es la vida, cada uno de nosotros sirve más para un aspecto que para otro, ya que cada ser evoluciona a diferente velocidad y en distintas áreas, pero no hay sensación más angustiosa que la de pensar que te has quedado corto a la hora de desarrollar todo el potencial que llevabas dentro. El Padre nos propone una ruta muy clara: Él nos dona su amor y nosotros debemos entregarlo a los que nos rodean. No es posible quedarse a medias en esta tarea, si no queremos sentir el incómodo aguijón de la conciencia en nuestros corazones. Ten por seguro, Eusebio, que la sensación de vacío que experimentemos será proporcional al número de minutos de afecto que hayamos dejado de regalar al otro. Es un argumento tan sencillo en su planteamiento como rotundo en sus efectos.

—Señora —planteó el militar—, no puedo concordar más con su mensaje porque me reconozco de pleno en él. ¿Qué más puedo decir? Una vez aceptados los propios errores, uno se siente liberado para aspirar a nuevas misiones en las que realmente se puedan desarrollar todas aquellas cualidades que llevamos dentro y que a veces tan solo aplicamos a medias, con las consecuencias ya por todos sabidas.

De pronto, se hizo el silencio. Una vez terminada la comparecencia, el militar se retiró a unos metros del doctor que ejercía las labores de medianero. Fue el momento en que la dirigente Angélica tomó la voz a través de la lengua de Humberto.

—Queridos hermanos de uno y otro plano: como ya sabéis, el Creador no deja desamparado a ninguno de sus hijos. Nosotros, como espíritus, no somos más que meros instrumentos de su portentosa inteligencia para cumplir sus designios. En este caso que nos ocupa y referido al señor Eusebio Gonçalves, las altas esferas que nos observan con ternura y atención han tenido a bien enviarnos aquí, a este sitio de reunión y trabajo, a tres de sus emisarios, con el único objeto de recoger a este hermano para indicarle su nuevo destino.

Tan pronto como Angélica cesó en sus palabras, tres entidades ataviadas con uniforme militar de gala se hicieron visibles en torno a la mesa. El que aparentaba mayor edad entre ellos y que portaba una guerrera de color verde, empezó a hablar acercándose a Humberto:

—Estimados hermanos: en primer lugar, me presentaré ante vosotros. Soy el general Andrade y conmigo ha venido el almirante Ferreira así como el general Silva. Nuestro más sincero apoyo por toda la labor que estáis efectuando y en nombre de mis compañeros y de aquellos que nos mandan,

todas las bendiciones para que continuéis con esta ingente tarea que siempre será necesaria y apreciada, pues son infinitas las almas que precisan de vuestra ayuda y dedicación para superar los fuertes traumas a los que se enfrentan una vez despojadas del envoltorio orgánico. El motivo de nuestro desplazamiento no es otro que el de invitar al compañero de profesión, sargento don Eusebio Gonçalves y por los méritos que ha contraído, a desplazarse con nosotros al Estado Mayor del que procedemos y donde le serán encomendados nuevos y sugerentes objetivos de los que ocuparse. ¿Qué le parece a usted el ofrecimiento?

Gonçalves no daba crédito a lo que sus ojos contemplaban. Toda la jerarquía militar se hallaba allí frente a él, para invitarle en aquella estancia a realizar un maravilloso viaje, a cuyo término le serían encargadas nuevas misiones acordes a su categoría personal.

—A sus órdenes, mi general —acertó a decir Eusebio mientras se cuadraba y saludaba a sus superiores—. Será para mí un honor acompañarles en el trayecto y por supuesto, acepto gustoso el compromiso. Estoy convencido de que ustedes sabrán mirar por los intereses de la patria y por los míos, ubicándome en un destino donde pueda desempeñar mis servicios con toda solvencia.

Tras el típico ritual castrense de saludos y más saludos entre los cuatro uniformados, un muy emocionado Gonçalves entendió que había llegado el momento de las despedidas. Tendió su mano con gran cariño a José, le dirigió una cálida sonrisa a Humberto, se inclinó ligeramente ante Angélica a la que presentó sus respetos y por último, se abrazó con fuerza a João.

—Muchacho —expresó el afectado sargento—, hoy me despido de ti aunque quizá algún día volvamos a vernos. Ayer ya superaste tu condición de recluta al mostrarme con tu cariño y aprecio el camino hacia esta bendita reunión que tanto beneficio me ha deparado. No tengo palabras de agradecimiento para lo que has hecho y tu imagen, como último soldado al que adiestré aquí, permanecerá imborrable en mis recuerdos ¡João, te dejo! ¡Buena suerte! Estos señores me esperan.

Tras plantarse ante el joven a un metro de distancia, el sargento llevó su mano derecha con su brazo perfectamente alineado a la frente, para efectuar el característico saludo militar en señal de respeto y de admiración por el chico. Luego, tras unos segundos de mirada vibrante, salió de aquella sala junto a las otras autoridades castrenses que le acompañaron hacia el exterior.

Pasados unos momentos de intenso choque emocional, el doctor Santos volvió a tomar la palabra:

—Continuando con lo que os comentaba antes, el segundo y último espíritu que nos acompaña en esta reunión es el de un joven llamado João. Él “desencarnó” hace tan solo unos meses, siendo estudiante y cursando la enseñanza media, próximo a dar el salto a la universidad. La causa del fallecimiento se debió a las graves heridas sufridas en su cabeza tras un atropello en una de las avenidas de esta ciudad. Ha sido ya informado de quiénes somos y a qué nos dedicamos. No es un alma presa de la confusión como otras que nos visitan. El objeto principal de su estancia entre nosotros es preparar su partida, pero antes de eso y por expreso deseo suyo, ansía saludar a su madre a fin de cumplir la promesa más importante que se hizo a sí mismo nada más cruzar el umbral entre los dos planos y que no era otra que la de contactar con nuestra invitada de hoy, Zilda, para mostrarle cómo se encuentra. Cuando quieras, amigo.

Nuestro protagonista se aproximó a la figura del doctor para efectuar la comunicación. Los ojos y las orejas de la madre estaban abiertos como nunca, como sin saber hacia dónde mirar o dónde escuchar, intentando no perder detalle de todo cuanto pudiera acontecer. Las palpitaciones que apreció en su pecho fueron una clara muestra de que nunca antes en su vida, salvo cuando conoció la muerte de su hijo, se había notado tan agitada como en esos excelsos momentos vividos en la casa espírita.

—¡Mamá, mamá! ¿Cómo estás? Aunque te puedas sentir algo confusa por lo excepcional de la situación, no tengas ninguna duda. Soy tu pequeño João, el de toda la vida. Perdóname si no me expreso todo lo bien que debiera, pero me encuentro tan emocionado que es como si me estuviera desgarrando por dentro. Tengo que hacer un esfuerzo muy grande por controlarme, para que este vehículo vivo de expresión que me han ofrecido resulte útil a mi propósito. Si supieras cuánto he deseado que llegara este momento... tan solo quiero demostrarte con mi mensaje que todas esas cosas que se hablan del más allá y de continuar viviendo tras la muerte son tan ciertas como que te estoy contemplando ahora. Tú también lo estás comprobando, madre, por lo que te pido que desde esta tarde y para siempre, alejes cualquier incertidumbre de tu lado. Soy yo, el niño que se adelantó para tu sorpresa unos días en el parto y siento el mismo amor por ti que cuando te abrazaba todas las mañanas antes de ir a la escuela o cuando me preparabas esos postres que eran mis favoritos y te besaba con toda la dulzura que te merecías. Como los hermanos eran mayores y me llevaban distancia, te dedicaste durante muchos años en cuerpo y alma a mí. ¡Ay, mamá Zilda! No hallo palabras para hacerte llegar lo que de verdad siento y percibo de ti. Qué corto es el lenguaje en este momento tan elevado. El agradecimiento que te debo por todo lo que me diste y tus desvelos por cuidarme, por educarme en las buenas formas, por hacer de mí una persona de bien no han sido estériles. Han dado fruto porque ahora me

siento el ser más dichoso del mundo. He cumplido mi juramento de reunirme contigo. No pienses que me resultó fácil. Al principio me costó un enorme sacrificio admitir lo que me había ocurrido, pero aunque te parezca increíble, ahora sé que nuestros días están contados y que uno no puede sumar ni siquiera un segundo más al instante de su partida. Sin embargo, pese a morir, tan solo cambié de barrio, de vecinos y hasta de vestimenta, pues simplemente la que tenía, ya no me servía. Mamá, somos inmortales, tan solo se modificó el escenario de mis actuaciones. Como ves, sigo viviendo, y mi inteligencia y mis sentimientos continúan funcionando hoy más que nunca. Así son las leyes que rigen aquí. Se renovó el decorado e incluso la obra a recitar, pero el actor sigue siendo el mismo, un hijo que tanto mérito ha de reconocerte. Merced a ese hombre al que has escuchado antes, Eusebio, tuve la oportunidad de ser consciente de mi nueva realidad. Fue muy duro en el comienzo pero cuanto menos quería aceptarlo más amarga se tornaba mi tristeza por dentro, hasta que un celestial día me fue dada la ocasión de conocer a este doctor por cuya boca te estoy hablando. Él me explicó desde un punto de vista más técnico mi coyuntura y fue entonces cuando entendí, que a pesar de no pertenecer ya al plano material, podía seguir asombrándome ante cosas que veía y mensajes que escuchaba; que si quería, podía continuar estudiando tal y como lo hacía cuando tú y yo vivíamos bajo el mismo techo, y sobre todo, que si lo deseaba, podía seguir amando. Ese es el verdadero motor que mueve el Universo y a todos nosotros, como yo te quiero a ti y te querré siempre, allá donde nos encontremos. Esta es la más sublime enseñanza que me llevo conmigo. No hay límites para el amor, mamá, tan solo nuestra voluntad es la que marca el alcance de nuestros afectos y yo hoy, liberado del pesado yugo que suponía el no reconocermelo como habitante de una nueva ciudad, deseo manifestarte mi cariño más sincero desde las profundidades de mi alma y decirte sobre todo, que no debes preocuparte más por mí. Que esas lágrimas que derramas constituyan motivo de alegría, de dicha, porque tu hijo, tu pequeño, desató las cuerdas que le mantenían preso de un pasado de juventud al que ya no podía acceder. Y sin embargo, ya ves, tengo toda la vida por delante, plena de nuevos desafíos esperándome y ante los que me siento preparado. Es tanta la fuerza y mi ilusión, que me siento por dentro como el ser más optimista de la Tierra. Es mi futuro, madre, solo a mí me pertenece. Aunque no puedas palpar mi carne porque la abandoné, sigo pensando en ti y sintiendo por ti. Tan solo espero que cuando salgas de esta habitación, te lleves la felicidad de haber percibido en ti misma la inmortalidad intrínseca de la existencia. Los nudos de amor que establecimos cuando me alumbraste jamás se romperán, porque estamos maravillosamente destinados a querernos y respetarnos, más allá del tiempo y de las distancias que puedan separarnos.

16. Desenlace

—¡Hijo mío, hijo mío! No hallo palabras. Me siento tan turbada y tan feliz al mismo tiempo. Sufrí tanto cuando te perdí que creí volverme loca y sin embargo, la existencia te da tantos golpes que una termina por hacerse dura... pero en el fondo, eso no es posible para mí, yo noto ahora el mismo afecto por ti que el día en que el médico te puso sobre mis pechos, recién nacido. Veo que estás bien, que tienes fe en mejorar, en continuar tu ruta y ante eso, una madre solo puede exclamar ¡Adelante João, sigue tu camino! Tarde o temprano ibas a volar del nido en el que vivíamos y aunque ahora tenga que conformarme con tu memoria y con el recuerdo de tus abrazos, yo me siento bien por ti; te conozco y sé que lo que he escuchado proviene de tu corazón libre, juvenil, de un chico al que le fue arrebatada la vida física pero no la esperanza. Después de esto, ya nada será igual, hijo. Yo mantenía mi particular rebelión por lo acontecido, porque lo percibía como una absoluta injusticia, porque mi dolor había sido estos meses como una herida abierta y horrible que jamás cicatrizaba. Créeme de verdad, porque esto me supuso un resquemor contra los designios de hasta el mismo Dios, tal era mi pena y mi desolación. Sin embargo, esta misma mañana y también aquí en esta habitación he comprendido que estaba totalmente equivocada, que no es lo mismo pararse a pensar en que nuestra alma sigue su vuelo tras la muerte, que contemplarlo directamente como ahora lo estoy haciendo. Ya sé que nuestro amado Jesús habló de la dicha de aquellos que creían sin haber visto. Pero hijo mío, yo no había llegado a ese nivel que citó el Maestro y por eso sufría tanto con tu marcha. Doy gracias al Padre por haberme concedido esta extraordinaria oportunidad. Le estaré agradecida de por vida. Jamás te olvidaré, mi pequeño. Tan solo le pido a Dios que sea el día que sea, me dejen abrazarte para sentirte como cuando venías a mí llorando tras herirte jugando en la calle o dando saltos de alegría cuando habías obtenido una buena nota tras un examen. ¿Lo recuerdas? Hijo, mi alma se eleva hacia el Señor por haberme permitido este reencuentro.

A un gesto de Angélica, el doctor José se aproximó a la espalda de Zilda y posó sus manos durante unos segundos sobre la cabeza de la misma. Con los canales de la visión espiritual abiertos durante unos instantes por el pase efectuado por el médico, la madre quedó como paralizada ante la prodigiosa vista que se mostraba delante de sus sorprendidos ojos. La dirigente le indicó

al muchacho que se aproximara a su querida progenitora para consolarla. Así lo hizo. Zilda siguió los pasos que uno a uno iba realizando João hasta acercarse a ella, para sentir luego suavemente cómo las manos de su hijo se situaban sobre sus hombros y un dulce beso que le pareció celestial, era depositado con mimo en su mejilla derecha, haciéndola sentir en esos momentos el ser más dichoso del planeta.

—¡Que Dios te bendiga mamá! —le susurró João en las orejas.

—¡Y a ti, hijo mío, y a ti también! —respondió la mujer mientras a duras penas y temblorosa—, levantaba su mano diestra para notar como un ligero cosquilleo en su palma cuando rozó los dedos del benjamín de su casa.

En esos momentos tan cruciales de la tarde, ella pudo levantar sus pupilas y contemplar por fin el rostro de su querido João, ya sin cicatriz alguna en su cabeza, el uniforme blanco impecable de José y la resplandeciente túnica celeste índigo de Angélica. Esta última, satisfecha y junto a Humberto, atendía a la escena sonriente y con una expresión amorosa incomparable.

Tras unos minutos de emotivo silencio y recogimiento, en los que cada uno de los asistentes tomó conciencia de lo sucedido, el doctor Santos retomó la palabra:

—Queridos hermanos: agradecemos a nuestra querida Angélica la posibilidad de haber celebrado esta reunión tan especial, en la que una vez más y bajo las radiantes vibraciones del Maestro Jesús y la comprensiva mirada del Padre, hemos podido cumplir con los objetivos previstos de auxilio al prójimo que nos impulsan en nuestro compromiso de progreso. Gracias a todos por vuestros esfuerzos y que Dios nos bendiga para avanzar en esta lucha de superación en el día a día. ¡Se levanta la sesión!

Así y de este modo, llegó la ocasión de las despedidas.

—Recuerde, Zilda —añadió Humberto—. Siempre estaremos a su disposición. Si algún día precisa de nuestra ayuda o incluso quiere acompañarnos en el grupo de estudio, tan solo tiene que meditarlo y decírnoslo. Debemos apoyarnos los unos a los otros.

—Gracias, gracias de todo corazón a los tres y por supuesto a los otros espíritus. Cintia, Nelson, doctor Santos, jamás podré olvidar lo sucedido en esta casa. Ha sido una experiencia tan fuerte, tan intensa, que me marcará para siempre. La oportunidad de contemplar la vida desde otra perspectiva se ha abierto ante mí y las enormes consecuencias de esto están por evaluar.

Un inmenso abrazo unió a las cuatro almas que se decían adiós. Conforme salían del local, tomaron direcciones diferentes. Junto a ellos, no perdían detalle de la escena nuestros queridos José y João. Al poco, estos dos subieron al coche con Humberto realizando las labores de conductor. Tras unos minutos de traslado por algunas calles de la metrópoli, alcanzaron las afueras de la misma, ya muy cerca de la casa del médico, justo cuando el cielo se ruborizaba por efecto del crepúsculo que anunciaba la venida de la noche. Mas las sorpresas aún no habían terminado.

Nada más descender del auto, João quedó sobrecogido por el espectáculo que vio. Junto a la mansión de Humberto, una espectacular nave en forma rectangular, sin hélices y de aspecto blanquecino, se mostraba. Permanecía allí como estacionada, aunque flotando en el aire, cerca del suelo. Al lado de una compuerta que permitía el acceso a su interior, cuatro personajes se hallaban conversando entre ellos. El joven salió corriendo para aproximarse a la nave y su asombro fue total. Junto a la abertura de entrada, pudo distinguir a los generales Andrade y Silva, así como al almirante Ferreira. Con ellos, su gran amigo Eusebio Gonçalves. Tras fundirse en un abrazo con su querido militar, este le habló con lágrimas en sus ojos:

—Ya ves, muchacho, las cosas de la vida. Todo mi tiempo dedicado a la milicia y ahora mis compañeros han tenido el detalle de recogerme, enviando al Estado Mayor en pleno. Me siento muy halagado por este gesto del Ejército hacia mí, hacia uno de sus más humildes servidores. Bueno, me han dicho que tengo que subir con ellos y que en el punto de destino me asignarán nuevas órdenes acordes a mi expediente profesional y a los méritos contraídos en todos mis años de servicio. ¡Qué feliz me siento, João! No sabes lo que esto supone para mí. Jamás había amado tanto mi existencia. Bien, debo apresurarme y subir ya. Nos despedimos. ¡Cuídate chaval! ¡Quién sabe si con el tiempo no llegarás a ser un magnífico instructor como yo! ¡Que Dios te ampare, amigo!

—¡Adiós, señor! ¡Siempre le recordaré! —gritó el chico mientras que Eusebio se introducía en el aparato, presto a despegar.

A los pocos segundos, José y Humberto comparecieron junto al muchacho y los tres pudieron despedir con sus brazos y sus corazones a Gonçalves, el cual partió con rumbo desconocido al encuentro de nuevas aventuras en pos de su evolución. De manera silenciosa pero segura, la nave se irguió desde el suelo para tras unos instantes de mantenerse suspendida en el espacio, tomar velocidad y desaparecer conforme ascendía en las alturas.

Nuestros tres personajes retornaron nuevamente junto a la entrada del hogar de Humberto.

—Si les soy sincero —manifestó el chico—, por unos momentos me puse bastante nervioso. Intuí de alguna manera que yo podía haber tomado también ese vuelo junto a Eusebio. Era como si percibiera que había llegado el momento final.

—Y no te equivocaste del todo —contestó el doctor Santos—. Hemos alcanzado un punto en el que prolongar tu estancia aquí junto a nosotros, por muy cómodo que te encontraras, tan solo constituiría una pérdida de tiempo. Nuevos retos te aguardan.

—Entiendo —expresó el joven—. Pero ¿dónde se supone que debo ir ahora?

—Eso es precisamente lo que me disponía a comunicarte, querido amigo —respondió Humberto—. No puedo proporcionarte muchos datos, ya que serás informado a su debido tiempo y con más detalle del que yo te pueda aportar. La hermana Angélica me lo anunció ayer, justo cuando acudiste a pasear por la playa. João: has sido asignado a “Nueva Europa”². Ese es tu destino final, por ahora.

—¿Nueva Europa? —comentó nuestro protagonista con cara de admiración.

—No te sorprendas —agregó Santos—. Existen muchas moradas en la inmensa casa de Dios, tal y como Jesús nos dejó dicho. Se trata de una colonia espiritual asociada al planeta Tierra, donde habitan almas como tú y a muchos kilómetros de distancia de aquí, pero donde serás ubicado para proseguir con tu camino evolutivo. Allí recibirás la correspondiente enseñanza y el debido esclarecimiento. Te puedo asegurar que es el lugar ideal para ti y que te adaptarás pronto a su ritmo de trabajo. Creo que ahora gozas de la motivación suficiente para aprovechar la nueva oportunidad que los cielos te brindan.

—¡No sé ni qué decir, queridos hermanos! Todo cuanto provenga de sus pensamientos es bueno para mí, como se ha demostrado hasta ahora. Acepto plenamente lo que ustedes me digan y quedo presto a sus indicaciones.

—Estos requerimientos no proceden de nosotros, João, —comentó Humberto—, sino de la superioridad. Como sucede en el plano físico, las órdenes emanan de una jerarquía. Sin embargo, te aseguro que en la dimensión espiritual no se producen errores de planificación como tan a menudo sucede aquí, sino que las entidades que ascienden en la escala lo son

² Colonia espiritual asociada al planeta Tierra.

por sus conocimientos y por su elevación moral, nada más y nada menos. Ahora, el doctor José te acompañará en viaje hacia “Nueva Europa”. En tu estado actual, no podrías realizar ese largo desplazamiento por tu cuenta. Para disponerte, él va a realizar un “pase” sobre ti a modo de preparación. No te preocupes por nosotros. Estoy convencido de que dentro de un tiempo volveremos a vernos. Estamos tan interconectados y guardamos tantos lazos unos espíritus con otros que tarde o temprano cruzaremos de nuevo nuestros destinos. No sabes cuánto nos alegramos del paso que has dado. Piensa en el trecho avanzado en tan poco tiempo y que a otros les hubiera costado mucho más. Esto debes atribuirlo tan solo a tu fuerte voluntad de mejora, pues al igual que unos se recrean en la parálisis o el estancamiento, otros se afanan por progresar, como ha sido tu caso. Te doy mis bendiciones. Yo, aquí, continuaré con mi trabajo y tú con el tuyo. El mundo ni se para ni descansa, amigo. ¡Que Dios te colme de bendiciones! ¡Te tendré en cuenta en mis plegarias, João!

Tras estrechar sus brazos a modo de partida, el doctor José impuso sus manos sobre nuestro protagonista a lo largo de diversas partes de su “cuerpo”. En pocos segundos, una especie de ancha burbuja de varios metros de altura, se abrió al lado de los tres personajes. Humberto efectuó un gesto con su mano, como señalándole al joven que había llegado la hora más importante. Una intensa y brillante luz provenía del interior del agujero blanquecino que había quedado allí al descubierto, junto a aquella mansión tan llena de paz.

José tomó de la mano al joven y ambos se introdujeron lentamente a través de la puerta de acceso que anunciaba el próximo viaje a la colonia espiritual de “Nueva Europa”. Justo antes de dar su último paso sobre el suelo de un mundo que había pisado en los años de su vida física, João giró su cabeza hacia atrás y se despidió con una cálida sonrisa del galeno que había transformado su existencia en aquella imborrable madrugada, ya tan lejana en el recuerdo, después de las últimas y apasionantes jornadas vividas con tanta intensidad.

Al poco, Angélica se aproximó a la figura de Humberto mientras que la burbuja abierta en el espacio se cerraba paulatinamente.

—Y pensar que este muchacho estará de regreso entre nosotros dentro de un tiempo —comentó la dirigente espiritual.

—Tienes toda la razón, Angélica —respondió el médico—. ¡Ah, bendita ley de la reencarnación!

—Ha sido una tarde memorable —concluyó la mujer—. Dentro de poco, preguntaré a Helga* por el estado de João y por su situación evolutiva. Como dijo el maestro Kardec: “Nacer, morir, renacer y progresar siempre, tal es la ley”.

FIN

*Para una mayor información sobre Helga y la colonia espiritual de “Nueva Europa”, véase la serie de cuatro capítulos “*Luz en la ciudad espiritual*” recogidos en el Blog de Espiritismo “Entreespíritus” y desarrollados por el mismo autor.

Estos son los enlaces:

<http://entreespiritus.blogspot.com.es/2012/01/luz-en-la-ciudad-espiritual-i.html>
<http://entreespiritus.blogspot.com.es/2012/01/luz-en-la-ciudad-espiritual-ii.html>
<http://entreespiritus.blogspot.com.es/2012/01/luz-en-la-ciudad-espiritual-iii.html>
<http://entreespiritus.blogspot.com.es/2012/02/luz-en-la-ciudad-espiritual-yiv.html>

Personajes de la historia

João: protagonista principal del relato. Es el joven que narra los acontecimientos que le suceden tras su muerte física.

Eusebio Gonçalves: militar que se encuentra con João en la dimensión espiritual y que le explica al muchacho lo que le ha sucedido.

Marcelo: amigo íntimo de João desde la infancia.

Elisa: amiga íntima de João desde la infancia, en compañía de Marcelo.

Zilda: viuda y madre de João.

Doctor Humberto Santos: médium y médico de urgencias que tiene la capacidad de hablar y ver a los espíritus.

Doctor José: médico espiritual, tutor de Humberto Santos.

Angélica: dirigente espiritual que conduce un grupo espírita en la metrópoli.

Nelson: miembro del grupo espírita. Adoctrinador.

Cintia: miembro del grupo espírita. Aporta sostén emocional a los espíritus en las reuniones.

General Andrade: militar espiritual.

General Silva: militar espiritual.

Almirante Ferreira: militar espiritual.

Souza: delincuente juvenil de unos veinte años.

Silvia: doctora, compañera de trabajo del médico Humberto Santos.

